

Ismail Kadaré

El Palacio de los sueños



El control total del individuo, para una dictadura perfecta, no puede limitarse al reino de la realidad externa, de lo tangible. Teniendo como finalidad la administración del poder absoluto, una dictadura perfecta necesita presentir, prever y contrarrestar, si hiciera falta, los movimientos de masa que podrían nacer del estado de ánimo del pueblo, un estado de ánimo que, por temor, el pueblo *esconde*.

¿Dónde se manifiesta libremente, irrefrenablemente el malestar de un pueblo? En la parte más íntima de la mente de cada uno de sus ciudadanos, en su inconsciente. Y el inconsciente se expresa en sueños. Es natural, pues que una dictadura perfecta necesite conocer qué sueñan sus ciudadanos. Para ello, se crea un reparto oficial, una dirección general, un ministerio inmenso Palacio de los Sueños. Y, con él, se instaura una vastísima red de información, compuesta por una miríada de agentes que, surcando el territorio de un confín a otro, recogen los sueños de la gente —los sueños inocentes y los culpables, los sueños afiebrados y los más bonitos, las pesadillas y los paraísos oníricos. En cada uno de ellos puede encondarse un elemento, una pista significativa para el poder, por tenue que sea, por insignificante que parezca.

Los sueños así recogidos confluyen en el Palacio de los Sueños, en donde un funcionario rigurosamente adiestrado los clasifica, los

selecciona, los interpreta y los eleva a las instancias superiores. Y los archiva.

Pero los técnicos más avezados escogen periódicamente *un* sueño, el sueño que mejor refleja el estado de ánimo popular, el que con mayor fiabilidad permite presagiar el futuro político del Estado. Y ese sueño llega a los pies del tirano quien, en función de su contenido, mueve sus huestes para favorecer o impedir que el sueño se haga realidad

Ismail Kadaré teje, a partir de esta idea diabólica, una novela en la cual premonitoriamente, que plasmada la realidad escalofriante que ha caracterizado al hasta el día de hoy, no ya su propio país, Albania, sino la historia política de nuestro siglo. Usar la palabra *kafkiana* parecería caer un un lugar común. En realidad se podría hilar más fino y decir: Kafka, sí, pero no cualquier Kafka sino del *El Castillo*, el Kafka desesperado no tanto por la irracionalidad de un universo burocratizado sino, al contrario, por la *racionalidad* insalvable de la eficiencia técnica.

Ismaíl Kadaré

El Palacio de los Sueños

Traducido del albanés por

Ramón Sánchez Lizarralbe

El Palacio de los Sueños

I

La mañana

A través de las cortinas se derramaba la luminosidad turbia de la mañana. Como de costumbre quiso arrebujarse bajo el embozo para prolongar unos instantes más la somnolencia, pero enseguida supo que no sería posible. El pensamiento de que el día que amanecía iba a ser excepcional para él bastó para acabar de despabilarlo.

Poco después, mientras buscaba las pantuflas en el suelo, tuvo la impresión de que su rostro aún abotagado ostentaba una suerte de sonrisa irónica. Abandonaba el sueño para incorporarse al trabajo en el Tabir Saray, el famoso organismo que se ocupaba del dormir y de los sueños, cosa que habría bastado para provocar en cualquiera que se encontrara en su lugar una especie muy particular de sonrisa. Sólo que él estaba demasiado asustado para sonreír verdaderamente.

De la planta baja de la casa ascendía el agradable olor del té y del pan recién tostado. Sabía que su madre y su nodriza, ya vieja, lo esperaban con inquietud, así que se esforzó por saludarlas con la mayor jovialidad.

—¡Buenos días, madre! ¡Buenos días, Loke!

—¡Buenos días, Mark-Alem, ¿cómo has dormido?

En los ojos de ambas se percibía un jugueteo mental semejante al suyo, de algún modo vinculado con su nuevo trabajo. Quizá también ellas, igual que él poco antes, habían dado en pensar que aquella era la última noche en que había podido disfrutar el sueño humano común y corriente. De ahora en adelante, sin lugar a dudas, algo cambiaría.

Desayunó sin pensar en nada concreto, a pesar de lo cual su angustia crecía por momentos. Volvió al primer piso con intención de vestirse pero, en lugar de dirigirse directamente a su dormitorio, entró en el gran salón. El tapiz azul celeste parecía poseer cualidades tranquilizantes. Se acercó a la biblioteca y durante un rato (un largo rato, lo mismo que la noche pasada

ante la vitrina que hacía las veces de botica) estuvo mirando los títulos de los libros. Después su mano derecha se extendió para coger uno de los volúmenes, un pesado folio encuadernado en piel marrón oscura, casi negra. Hacía años que no abría la crónica de la familia. En la portada, bajo las palabras *Los Qyprilli desde sus orígenes*, una mano desconocida había escrito en francés: *Chronique*.

Mientras lo hojeaba, su mirada lograba a duras penas concentrarse en los renglones, cuya escritura cambiaba según las manos que la habían trazado. Era perceptible que la mayoría habían sido manos de viejo o, al menos, de personas en el crepúsculo de su existencia o en vísperas de la desgracia, justo el momento en que surge por sí solo el deseo de dejar testimonio.

El primero de los nuestros, por tanto el fundador de la familia, fue Mehmet Qyprilli de Roshniku, Berat, de Albania Central, nacido en 1575. Fue gobernador de Konya, Trebisonda y Damasco. Más tarde asumió el cargo de gran visir, a condición de que el Sultán no pusiera obstáculos a su tarea de gobierno.

El hijo mayor de Mehmet fue Fazil Ahmedbajá. Igual que su padre ostentó la dignidad de gran visir. Atacó Creta, donde restableció el dominio otomano. Dirigió la campaña contra Hungría. Hizo la guerra a Polonia, por la que conquistó una parte de Ucrania.

Aspiró profundamente. Su mano comenzó a hojear otra vez el grueso volumen, pero sus ojos se detenían sólo en los nombres de los visires y los generales. ¡Todos Qyprilli, gran Dios!, se dijo. Sin embargo él, como un estúpido, había despertado presa del miedo a causa de su nombramiento. Un verdadero estúpido, pensó, incluso algo peor.

Cuando su mirada topó con las palabras *Palacio de los Sueños* supo instantáneamente que había estado buscando aquel nombre a la par que lo eludía. Pero ya era tarde para pasar la página:

Las relaciones de nuestra familia con el Palacio de los Sueños han sido siempre muy complejas. Al inicio, en el período del Yildiz Saray, que no se ocupaba más que de leer en las estrellas, todo había sido más sencillo. Fue más tarde, al ampliarse y convertirse en el Tabir Saray, cuando las cosas empeoraron.

La angustia, que poco antes había disipado aquel cúmulo de nombres y títulos, volvió a condensársele en la boca del estómago.

Continuó hojeando la crónica, pero ahora arrebatadamente y sin orden, como si de las yemas de sus dedos soplara viento.

Nuestro patronímico no es más que traducción directa de la palabra

*albanesa ura** (köprü o qypri) y procede de un puente de tres arcos situado en Albania Central, erigido en la época en que los albaneses aún pertenecían a los cristianos, y en cuyos cimientos había un hombre emparedado. Fue un albañil que había trabajado en la construcción de ese puente, tatarabuelo nuestro de nombre Gjon quien, junto con el recuerdo del crimen, se llevó consigo el apelativo *Ura*.

Mark-Alem cerró con brusquedad el cuaderno y con el mismo ímpetu salió del salón. Pocos instantes después estaba en la calle.

Caía una lluvia helada. Los edificios macizos, con sus grandes portones y ventanales cerrados, tornaban aun más gris el comienzo del día.

Se abrochó el último botón del abrigo ciñéndose el cuello, observó los faroles de hierro de la calle y la escasa aguanieve que flotaba envolviéndolos y sintió un estremecimiento.

Las calles, como de costumbre a aquella hora, estaban repletas de funcionarios que se apresuraban para llegar a tiempo a su trabajo. Dos o tres veces le asaltó la duda de si no habría debido coger un coche de punto. El camino hasta el Tabir Saray resultaba más largo de lo que había imaginado y, además, podía dar un resbalón en el empedrado, cubierto por una pátina de nieve a medio fundir.

Pasaba ante la Banca Central. Más allá se veía una larga hilera de coches de caballos envueltos en la bruma frente a otra edificación igual de maciza; se preguntó qué ministerio sería.

Alguien resbaló delante de él. Mark-Alem presencié cómo en el último instante lograba apenas recuperar el equilibrio para no acabar de caer, se incorporaba rápidamente maldiciendo entre dientes y, mirando ora su capa embarrada, ora el lugar del resbalón, continuaba su camino como si lo persiguieran. Cuidado, se dijo Mark-Alem, sin saber él mismo a quién dirigía su advertencia, si al desconocido o a sí mismo.

En realidad no había razón para inquietarse tanto. No sólo no tenía hora precisa para presentarse sino que ni siquiera tenía la certeza de que fuera necesario que lo hiciera a lo largo de la mañana. De pronto se dio cuenta de que no sabía nada acerca de los horarios del Tabir Saray.

En algún lugar hacia la izquierda, lejos entre la niebla, un reloj dio la hora con un sonido broncíneo, como por su cuenta. Apretó el paso. Hacía rato que llevaba alzado el cuello de piel de la pelliza y, no obstante, su mano

* *Ura*. En albanés, puente.

trazó el movimiento maquinal de levantarlo. La verdad es que el frío no lo sentía en el cuello sino en algún punto entre las costillas. Metió la mano bajo el bolsillo interior y comprobó que llevaba consigo la carta de recomendación.

Los transeúntes le parecieron de pronto más escasos. Los funcionarios están ya en sus respectivas oficinas, pensó con alarma, pero se tranquilizó enseguida: a fin de cuentas, él no tenía nada que ver con las prisas de ellos. Aún no era funcionario.

Le pareció distinguir a lo lejos una de las alas del Tabir Saray. Al acercarse un poco más comprobó que no se había equivocado. Efectivamente era el Palacio, con sus cúpulas pálidas, pintadas de un color que en otro tiempo debió de ser azul, o al menos azulado, y que apenas se distinguía ahora entre el aguanieve que continuaba cayendo. Era uno de los laterales de la edificación, de modo que la fachada principal debía de encontrarse en la calle adyacente.

Atravesó la plazuela semidesierta donde se alzaba una mezquita con un minarete asombrosamente delgado. La entrada del Palacio estaba en efecto en la otra calle. Sus dos grandes alas se perdían entre la llovizna, mientras el cuerpo central parecía arrastrado hacia dentro, como si hubiera retrocedido ante algo. Mark-Alem sintió crecer la angustia en su interior. Una larga hilera de entradas se alzaban idénticas una junto a otra, mas al aproximarse comprobó que no se trataba de entradas sino de portales condenados con los batientes empapados, largo tiempo sin abrir.

Caminó en dirección paralela a la fachada, observando de reojo la hilera de portales solitarios. Un hombre con la cabeza cubierta por una capucha pareció brotar junto a él.

—¿Por dónde se entra?— le preguntó Mark-Alem.

El hombre le señaló con la mano hacia la derecha. La manga de su vestidura era tan ancha que no llegó a tomar parte en el movimiento del brazo. ¡Oh, Dios!, todavía estas vestiduras, pensó Mark-Alem caminando en el sentido que le había indicado la mano delgada extraviada en aquella manga monstruosa. Al poco rato oyó de nuevo unos pasos junto a él. Era otra vez el hombre de la capucha.

—Por aquí— le dijo. —La entrada de los funcionarios es por aquí.

A Mark-Alem le gustó que lo tomara por funcionario. Por fin se encontró ante el acceso. Las hojas de la puerta parecían muy pesadas. Eran cuatro, todas iguales, con recios picaportes de bronce. Empujó una de ellas que, para su sorpresa, se abrió con mucha más facilidad de lo que esperaba, y penetró en una galería helada, cuyo techo altísimo le daba el aspecto del

fondo de un foso. Una larga sucesión de puertas apareció ante él. Las empujó una tras otra hasta que una de ellas cedió, dándole paso a un nuevo corredor, menos frío que el anterior. Detrás de una cristalera divisó por fin gente. Estaban reunidos en círculo y debían de ser conserjes o, al menos, funcionarios destinados al servicio de recepción, pues llevaban una suerte de uniforme color azul pálido, semejante al de las cúpulas del palacio. Le pareció incluso distinguir de modo fugaz en sus atuendos manchas semejantes a las que había creído ver desde lejos en las cúpulas, debidas acaso a la humedad. Mas no tuvo tiempo de fijarse bien en todo ello, pues los individuos uniformados interrumpieron la conversación en la que estaban enfrascados y alzaron los ojos hacia él con gesto inquisitivo. Mark-Alem abrió la boca con intención de saludarlos pero, tan francamente se apreciaba en sus miradas el disgusto por la interrupción que, en lugar de desearles los buenos días, pronunció el nombre del funcionario ante quien debía presentarse.

—Ajá, eso es para un nuevo empleo— dijo uno de ellos. —Primera planta a la derecha, puerta once.

Como todo aquel que traspone por vez primera el umbral de una oficina gubernamental importante, con más razón él, que acudía con el corazón en un puño ante la incertidumbre de si lo admitirían o no, Mark-Alem habría deseado, antes de continuar adelante, intercambiar unas palabras con las primeras personas que encontrara, pero ellos parecían tan impacientes por reanudar la maldita charla interrumpida por su aparición, que echó a andar hacia el corredor interior como si lo fueran empujando.

—Por allí, a la derecha— escuchó a sus espaldas. Sin volver la cabeza, caminó en dicha dirección y sólo el aturdimiento y el temblor frío que le recorría el cuerpo le impidieron sentirse ofendido.

El pasillo era largo y sombrío. Las puertas desembocaban en él por decenas, altas y sin numeración. Contó once y se detuvo. Antes de llamar habría querido preguntar para asegurarse una vez más si era en efecto aquélla la oficina del hombre que buscaba. Pero en el largo corredor no se apreciaba presencia humana. Tomó aliento, extendió la mano y llamó muy quedamente. Del interior no hubo ninguna respuesta. Miró a derecha e izquierda y volvió a llamar, esta vez con más fuerza. De nuevo sin respuesta. Tras la tercera llamada infructuosa empujó la puerta y, para su sorpresa, ésta se abrió sin dificultad. Aterrado quiso cerrarla de nuevo, incluso alargó el brazo para coger la hoja que continuaba abriéndose con un chirrido plañidero, pero en ese instante sus ojos advirtieron que la estancia estaba desierta. Permaneció un rato dudando si entrar o no. Ningún

reglamento o normativa aplicable a un caso semejante acudía a su memoria. La puerta dejó por fin de gemir. Con los ojos inmóviles observó los largos bancos que se alineaban contra la pared en el despacho vacío. Esperó aún en el umbral, después su mano tocó la carta de recomendación en el bolsillo interior, se armó de valor y entró. Al diablo, se dijo. Invocó en la memoria su gran mansión en la Avenida Real, su influyente familia, que se reunía con frecuencia después de cenar en el gran salón con chimenea y, con un movimiento repentino, tomó asiento en uno de los bancos. Por desgracia, el recuerdo de su casa lo abandonó con rapidez, dejando su lugar a la angustia anterior. Sus oídos captaron algo semejante a un rumor de voces de procedencia imposible de determinar. Miró en torno y observó que había otra puerta en el interior de la habitación. Las voces parecían proceder del otro lado. Aguardó un buen rato aguzando el oído, pero el murmullo era tan confuso como al principio. Toda su atención estaba ahora concentrada en aquella puerta, tras la cual le pareció que se estaría caliente.

Apoyó las manos en las rodillas y permaneció largo tiempo así, inmóvil. Comoquiera que fuese, se encontraba ya en el interior de un edificio donde escasas personas habían tenido la oportunidad de entrar. Hasta los ministros, se decía, necesitaban un permiso especial para llegar allí. Volvió dos o tres veces la cabeza hacia la puerta de la que procedían las voces, pero sentía que sería capaz de permanecer horas, incluso días enteros esperando, antes que levantarse para abrir aquella puerta. Esperaría allí sentado en el largo banco, bendiciendo al destino por haberle permitido encontrar aquella antesala. No había imaginado que pudiera suceder de aquel modo, tan sencillamente. A decir verdad, tampoco había sido tan sencillo. Pero bueno, se reprochó a sí mismo, un paseo bajo la lluvia, unos portales cerrados, unos porteros de uniformes verdosos en un vestíbulo desolado, ¿no era por cierto sencillo todo aquello?

Sin embargo, sin saber por qué, suspiró.

En ese momento la puerta se abrió y Mark-Alem se puso de pie. Alguien asomó la cabeza, lo vio y volvió a desaparecer, dejando la puerta entreabierta. Se oyó una voz desde el otro lado.

—Hay alguien en la antecámara.

Mark-Alem no supo cuánto tiempo duró su espera de pie. La puerta había quedado entornada, pero a través de la abertura ya no llegaban voces humanas, sólo un extraño traqueteo. El hombre que salió por fin era de corta estatura. Llevaba en una mano un puñado de papeles sobre los cuales, según le pareció a Mark-Alem, se descargaba toda la atención del funcionario. No obstante miró hacia él inquisitivamente. Mark-Alem sintió el impulso de

pedirle disculpas de algún modo por haberle hecho salir de su despacho, que sin duda estaba caldeado, pero la mirada del hombre bajito era tal que no se atrevió a abrir la boca. Con un movimiento parsimonioso se limitó a extraer del bolsillo la carta de recomendación y se la tendió. El otro alargó la mano e hizo ademán de cogerla, pero al pronto la retiró como si temiera quemarse. Apenas acercó la cabeza al papel. Mark-Alem creyó distinguir en sus ojos una chispa burlona.

—Ven conmigo— dijo el funcionario y se dirigió a la puerta exterior.

Salió al corredor seguido por Mark-Alem. Durante un trecho, éste se esforzó por recordar el itinerario que seguían de modo que pudiera encontrar la salida a la vuelta, pero poco después comprobó que el empeño, además de carecer de sentido, era imposible.

El corredor resultó ser más largo de lo que le había parecido al principio. La iluminación se expandía débilmente desde otros pasillos laterales, por uno de los cuales doblaron por fin. El funcionario llamó a una puerta y entró, dejándola abierta para Mark-Alem. Éste se detuvo indeciso un segundo, pero su guía le hizo una seña de que lo siguiera, así que penetró en el despacho.

Percibió el aroma del fuego antes de sentir su calor. Un gran brasero de cobre estaba instalado en mitad de la estancia. Tras una mesa de madera se sentaba un hombre de rostro ceñudo, extraordinariamente alargado. A Mark-Alem le pareció que sus ojos estaban clavados en la puerta ya antes de entrar él, como si lo estuviera esperando.

El hombre bajito, que ya le resultaba familiar a Mark-Alem, se acercó al otro y le musitó algo al oído. Por la forma en que los ojos del rostro alargado continuaban mirando hacia la puerta, se diría que alguien estuviera llamando a ella sin cesar. Escuchó los susurros del funcionario y murmuró algo a su vez sin mover un solo músculo del rostro. Mark-Alem presintió que todo iba a irse al traste, que la carta de recomendación y las intercesiones de su familia carecían de poder ante aquellos ojos que, por alguna extraña circunstancia, no tenían vínculos más que con la puerta.

Justo entonces le dijeron algo. Su mano, rozando de manera hostil la solapa del abrigo, extrajo la carta de recomendación; de forma instantánea comprobó que su gesto había acentuado la lobreguez de la atmósfera y de inmediato se dijo que quizá había oído mal, por lo que hizo ademán de volver a meterse la carta en el bolsillo; pero la mano del funcionario bajito se extendió precisamente hacia ella. Recuperado el ánimo, Mark-Alem le tendió el papel, mas su alivio fue breve pues el funcionario, igual que la primera vez, no llegó siquiera a tocarlo. Su mano se limitó a trazar un gesto

en el aire, como señalando el camino que debía seguir la carta para llegar donde debía. Completamente aturdido, Mark-Alem acabó por comprender que debía entregarle la carta al otro funcionario, sin duda de rango muy superior al de su acompañante.

Para su sorpresa, el alto funcionario cogió en efecto la carta y, apartando los ojos de la puerta (ya había perdido la esperanza de que pudiera suceder nada parecido), comenzó a leerla. Mientras lo hacía, Mark-Alem no apartaba la vista de él, intentando descubrir algo en su rostro, pero lo que comenzó a suceder en ese instante era terrorífico, más que eso, era una especie de espanto sordo, semejante al que se origina por lo general con los terremotos. En realidad, también aquello guardaba relación con cierta especie de sacudida; el funcionario del rostro sombrío se incorporaba poco a poco de su asiento a medida que leía. Fue precisamente su movimiento, tan parsimonioso y uniforme, lo que aterró a Mark-Alem, pues le asaltó la certeza de que nunca acabaría y de que el imponente funcionario que tenía en sus manos su destino, allí mismo, ante sus ojos, iba a transformarse en un monstruo. Estuvo a punto de gritar: "Basta, ya no quiero el empleo, devuélvame esa carta, pero haga el favor de no levantarse así"; sin embargo, en ese mismo instante el movimiento de incorporación del funcionario llegó a su fin.

Sorprendido, Mark-Alem comprobó que era de mediana estatura. Tomó aliento profundamente, pero su sensación de alivio fue prematura. Por fin de pie, el funcionario comenzó a moverse con el mismo movimiento rutinario. Se dirigía al centro de la estancia. El empleado que había guiado a Mark-Alem parecía conocer de antemano dicho movimiento, pues se había apartado para dejar paso a su superior. Esta vez Mark-Alem sintió verdadero alivio. No era más que el sencillo despliegue de un cuerpo agarrotado por la prolongada inmovilidad, porque padeciera de hemorroides o de artritis, y a él lo había sacado de quicio. En verdad no estaba bien de los nervios últimamente.

Por vez primera en aquella mañana, los ojos de Mark-Alem afrontaron con su aplomo habitual la mirada del otro. El funcionario tenía aún la carta de recomendación en la mano. Mark-Alem esperaba que dijera: "Estoy al corriente de lo tuyo, vas a ser admitido", o, si no tanto, al menos algo esperanzador, una promesa para las próximas semanas o los próximos meses. No en vano sus numerosos primos llevaban dos meses y pico haciendo todas las diligencias necesarias para disponer aquel encuentro. Sin embargo él, Mark-Alem, se había acobardado ante la sola presencia de aquel funcionario, que quizá estaba más necesitado de mantenerse en buenas relaciones con su

poderosa familia, que el propio Mark-Alem con él. Mientras lo observaba sentía tal sosiego que por un instante le pareció que la piel de su cara era incluso capaz de incubar una sonrisa. Y sin duda lo hubiera hecho de no suceder algo fatal e inesperado. De pie, ante él, el alto funcionario dobló con cuidado la carta de recomendación y, justo cuando Mark-Alem esperaba sus buenas palabras, el otro la rasgó en cuatro pedazos. Mark-Alem se estremeció. Abrió la boca para decir algo, o quizá simplemente para afrontar la necesidad de oxígeno, pero por si no bastara la destrucción de la carta el funcionario dio un paso hacia el brasero y arrojó los fragmentos en él. Una fugaz llama juguetona recorrió un instante las brasas adormecidas, que parecían canosas por el velo de ceniza que las cubría. Después se consumió, dejando en su lugar la carta carbonizada.

—En el Tabir Saray no se admiten recomendaciones— dijo el funcionario con una voz que a Mark-Alem le recordó el sonido de un reloj solitario en mitad de la noche.

Estaba paralizado. Ignoraba qué debía hacer, si permanecer allí, irse inmediatamente, protestar o pedir disculpas. Como si fuera capaz de leer su pensamiento, el empleado bajito que le había servido de guía salió con toda tranquilidad de la habitación, dejándole a solas con el funcionario. Estaban ahora frente a frente, a ambos lados del brasero. Pero la situación no duró mucho. Con idéntico movimiento parsimonioso al efectuado para llegar hasta allí, y que a Mark-Alem le había parecido tan interminablemente largo, el funcionario se retiró otra vez a su lugar tras la mesa, pero no se sentó. Se limitó a carraspear un poco como si tuviera la intención de pronunciar un discurso y, mirando unas veces la puerta y otras a Mark-Alem, dijo:

—En el Tabir Saray no se admiten recomendaciones porque tal cosa, es decir, la recomendación, contradice la esencia misma de esta Casa.

Mark-Alem no comprendía nada.

—El fundamento del Tabir Saray radica no en la entrada de influencias exteriores sino en su obstrucción, no en la apertura sino en el aislamiento; así pues, no en la recomendación sino en su opuesto. Sin embargo, desde hoy mismo estás admitido en este Palacio.

¿Qué es esto? se dijo Mark-Alem. Como intentando asegurarse una vez más, sus ojos contemplaron los restos del papel carbonizado sobre las viejas brasas adormiladas.

—Sí, desde ahora mismo estás admitido— repitió el funcionario, que parecía haber percibido la mirada perpleja de su interlocutor.

Tomó aliento, apoyó las dos manos sobre la mesa (sólo entonces

observó Mark-Alem que el tablero estaba repleto de papeles) y comenzó a hablar.

—El Tabir Saray o Palacio de los Sueños, según se lo llama en el lenguaje actual, es una de las instituciones más importantes de nuestro gran Estado imperial.

Calló unos instantes observando a Mark-Alem como si intentara averiguar en qué medida el recién llegado estaba en condiciones de comprender sus palabras. A continuación prosiguió:

—Hace ya largo tiempo que el mundo reconoció la importancia de los sueños y del papel que éstos han jugado y juegan en los destinos de los estados y de quienes los gobiernan. Sin duda habrás oído hablar del Oráculo de Delfos en la Antigua Grecia, de los célebres nigromantes romanos, asirios, persas, mongoles y otros. En los viejos libros se relatan los efectos beneficiosos de sus predicciones cuando sirvieron para evitar las desgracias, igual que el precio que hubo de pagarse cuando no los creyeron o lo hicieron demasiado tarde. En una palabra, se pueden hallar todos los acontecimientos vaticinados y cuyo ocurrir fue o no modificado a partir de la interpretación de sus señales. Esta secular tradición fue, sin lugar a dudas, de gran importancia, pero resulta insignificante frente al formidable mecanismo del Tabir Saray. Nuestro Estado imperial ha sido el primero en la historia del mundo en situar a tan elevada escala la interpretación de los sueños, adjudicándole rango institucional.

Mark-Alem escuchaba embrujado la disertación del funcionario. Aún no estaba bien repuesto de todo lo acaecido durante aquella mañana, cuando esas frases, tan fluidas como enrevesadas, se le venían encima lo mismo que una avalancha para acabar de desbordar el vaso.

—Nuestro Palacio de los Sueños, creado por deseo expreso y directo del Sultán Soberano, tiene como misión clasificar y examinar no ya los sueños aislados de personas individuales las cuales, por una u otra razón, constituían antes una esfera privilegiada y detentaban en la práctica el monopolio de las predicciones mediante la interpretación de los signos divinos, sino el Tabir Total, dicho de otro modo, el sueño de todos los súbditos sin excepción. Se trata de una empresa colosal, ante la que todos los oráculos de Delfos o las castas de profetas y magos de antaño resultan minúsculos y ridículos. La idea concebida por el Soberano de crear el Tabir Total se apoya en el hecho de que Alá lanza su sueño premonitorio sobre la superficie del globo terráqueo con idéntico descuido con que arroja una estrella o un rayo, o acerca de pronto a nosotros un corneta extraído de quién sabe qué ignotas profundidades del cosmos. Así pues, El arroja su

señal sobre la Tierra sin fijarse dónde cae, pues en las alturas donde Él se encuentra no presta la menor atención a estos detalles que para nosotros son vitales. Es tarea nuestra vigilar dónde cae ese sueño, buscarlo entre los millones y miles de millones de otros sueños, tal como se busca una perla extraviada en un desierto de arena. Porque descifrar ese sueño, caído como una chispa perdida en el cerebro de una entre los millones de personas dormidas, puede prevenir la desgracia del Estado y su Soberano, evitar la guerra o la peste, hacer que germinen ideas nuevas. Por eso este Palacio de los Sueños no es una quimera sino uno de los pilares del Estado. Aquí, mejor que mediante ninguna clase de estudio, atestado, informe de inspectores, relación policial o de los gobernadores de los bajalatos, se aprecia la verdadera situación del Imperio. Porque en el continente nocturno del sueño se encuentran tanto la luz como las tinieblas de la humanidad, su miel y su veneno, su grandeza y su miseria. Todo lo que se muestra confuso y amenazante, o lo que pueda llegar a serlo al cabo de los siglos, manifiesta su señal mediante los sueños de los hombres. No existe pasión o pensamiento maléfico, adversidad o catástrofe, rebelión o crimen, que no proyecte su sombra en los sueños antes de materializarse en el mundo. Por eso el Badijá Soberano dispone que ningún sueño, aunque haya sido visto en el más apartado confín del Estado el día más anodino o concebido por el más insignificante siervo de Alá, debe escapar a la vigilancia del Tabir Saray. El otro mandato imperial, aun más importante si cabe, consiste en que el reflejo resultante de la reunión, ordenamiento y estudio de los sueños del día, de la semana o del mes, sea verídico y no deformado. Con ese fin, del enorme trabajo necesario para la elaboración del material, reviste importancia primordial el mantenimiento del más absoluto secreto. El hermetismo del Tabir Saray hacia el exterior. Sabemos a ciencia cierta que fuera de este Palacio existen fuerzas diversas que, por una u otra razón, están interesadas en introducir su influencia aquí, de modo que sus objetivos, ideas o concepciones aparezcan después como supuestas señales divinas depositadas por Alá en los cerebros humanos dormidos. Ésa es la razón de que no se admitan recomendaciones en el Tabir Saray.

Los ojos de Mark-Alem se fijaron involuntariamente en la hoja carbonizada que, una vez consumida, temblaba ahora como un espectro sobre las ascuas del brasero.

—Vas a trabajar en el departamento de Selección— prosiguió el funcionario en idéntico tono. —Habrías podido comenzar en algún otro departamento de menor importancia, tal como suelen hacer los recién llegados, pero tú empezarás directamente en Selección, porque tú eres uno

de nuestros escogidos.

Uno de los ojos de Mark-Alem miró furtivamente el jugueteo de la hoja carbonizada, como si quisiera decirle: ¿todavía no te has esfumado?

—Debes saber que lo primero y principal que se reclama de ti— continuó el otro —es que te atengas al más riguroso secreto. Jamás olvides que el Tabir Saray es una institución completamente cerrada al mundo exterior.

Alzó una de las manos de la mesa y, separando un dedo de los demás, trazó un gesto amenazador en el aire.

—Son muchas las personas y las facciones que han pretendido infiltrarse aquí, mas el Tabir Saray no se ha dejado nunca sorprender. Aislado, se mantiene apartado del ajetreo humano, al margen de las tendencias y de las disputas por el poder, cerrado a todos y sin implicarse con nadie. Puedes hacer caso omiso de cuanto te he dicho antes, pero hay algo, hijo mío, que debes observar siempre, que debes tener siempre presente: la absoluta necesidad de guardar el secreto. Esto no es un consejo. Es el mandato supremo del Tabir Saray... Y ahora, al trabajo. En el corredor puedes preguntar dónde se encuentra Selección. Para cuando tú llegues, estarán advertidos. ¡Buena suerte!

Todavía estaba confuso cuando salió al pasillo. No se veía persona alguna a quien preguntar hacia dónde debía dirigirse para llegar a Selección, así que echó a andar al azar. Aún le zumbaban en los oídos fragmentos de la perorata del alto funcionario. ¿Qué me ocurre?, se dijo dos o tres veces, y sacudió la cabeza pretendiendo deshacerse de ellos. Pero en lugar de abandonarlo, el eco de las palabras continuó persiguiéndole con obstinación. Le parecía incluso que en aquel desierto de pasillos, al estrellarse contra los muros y las columnas, se multiplicaban y adquirían resonancias aun más sombrías. Vas a empezar directamente en Selección porque tú eres uno de nuestros escogidos.

Sin tener conciencia alguna de por qué lo hacía, apresuró el paso. Selección, se repetía una y otra vez aquella palabra y ahora, en la soledad, le sonaba más extraña todavía. Distinguió una silueta en las profundidades del pasillo, sin alcanzar a saber a ciencia cierta si se alejaba o se dirigía hacia él. Quiso decirle algo o al menos hacerle una seña, pero se encontraba demasiado lejos. Apresuró entonces el paso aun más y a punto estaba de echar a correr, de gritar, con tal de alcanzar a aquella persona, que se aparecía ante él en ese instante como la única tabla de salvación en el corredor sin esperanza. Mientras avanzaba de este modo, casi a la carrera, en algún lugar a su izquierda escuchó un murmullo insistente de pasos.

Aminoró la marcha y prestó atención. Los pasos procedían de una galería lateral que desembocaba en el corredor principal. Su sonido era regular y amenazante. Volvió la cabeza y vio a un grupo de personas que caminaban en silencio, con grandes cartapacios en las manos. Las cubiertas de éstos eran del mismo color azul pálido que las cúpulas del edificio y los uniformes de los porteros.

—Por favor, ¿pueden decirme cómo llegar a Selección?— preguntó Mark-Alem con voz temblorosa cuando el grupo pasó junto a él.

—Vuelve por dónde has venido— le dijo una voz ronca. —Se ve que eres nuevo.

Mark-Alem tuvo que esperar a que el otro diera fin a un largo acceso de tos para escuchar que debía regresar al cuarto corredor de la derecha, hasta encontrar las escaleras que lo conducirían a la segunda planta, donde tendría que volver a preguntar.

—¡Gracias, señor!

—No hay por qué darlas— respondió el desconocido. Volvió a oír la tos a sus espaldas, seguida de las palabras:— Me parece que he pillado un buen resfriado...

Necesitó más de un cuarto de hora para encontrar el departamento de Selección. Lo esperaban.

—¿Es usted Mark-Alem?— le preguntó el primer funcionario que encontró allí, sin permitirle siquiera abrir la boca.

Mark-Alem asintió con un gesto de cabeza.

—Venga conmigo. El jefe lo espera.

Caminó dócilmente tras él. Atravesaron unas cuantas salas comunicadas entre sí donde, sentados ante largas mesas, decenas de funcionarios se encorvaban sobre los legajos desplegados. Nadie evidenció la más leve curiosidad por Mark-Alem y su acompañante, cuyos pasos resonaban haciendo crujir el entarimado.

Igual que los otros, el jefe se sentaba tras una larga mesa, frente a dos cartapacios. El hombre que conducía a Mark-Alem se acercó a su superior y le dijo algo al oído. Pero Mark-Alem tuvo la sensación de que no se enteraba de nada. Sus ojos continuaban sorbiendo la hoja escrita de uno de los legajos y Mark-Alem sintió la fugaz intuición de que en el filo de aquella mirada, como una ola moribunda, brotaba la última hilacha de un espanto, cuyo origen debía encontrarse lejos.

Esperaba que su acompañante se inclinara nuevamente sobre el oído del jefe y le repitiera el cuchicheo anterior, pero el otro no tenía intención de hacer nada parecido. Con toda tranquilidad esperaba a que su superior

apartara la vista del expediente.

La espera duró largo rato. Mark-Alem tuvo la insistente sospecha de que el jefe no levantaría jamás los ojos de aquellos papeles y que ellos deberían permanecer allí, de pie, durante horas y horas, quizá hasta que terminara la jornada de trabajo, tal vez más. Continuaba reinando una profunda calma. Aparte del leve murmullo de las hojas al pasar, no se percibía sonido alguno. Notó entretanto que el jefe ya no leía, su mirada permanecía como congelada, desenfocada, flotando sobre el legajo.

Al parecer pensaba en lo que había leído. La meditación duró tanto como la propia lectura. Por fin se frotó los ojos, cual si pretendiera arrancar de ellos un último velo y los alzó hacia Mark-Alem. La moribunda ola de espanto había acabado por extinguirse en ellos.

—¿Tú eres el nuevo?

Mark-Alem asintió. Sin decir palabra, el jefe se levantó y caminó hacia el frente entre las largas mesas. Ellos dos lo siguieron. Atravesaron varias salas, algunas de las cuales a él le parecieron idénticas a las que habían recorrido antes.

Distinguió su lugar de trabajo desde lejos. Sobre una mesa, tras la cual no se sentaba nadie, había un cartapacio cerrado. El jefe se detuvo junto a él y señaló con el dedo un lugar entre la mesa y el asiento vacío.

—Aquí es donde vas a trabajar— dijo. Mark-Alem observó el cartapacio cerrado de cubiertas azuladas.

—Selección dispone de muchas salas como ésta— dijo el jefe dibujando un amplio movimiento con el brazo derecho. —El nuestro es uno de los departamentos más importantes del Tabir. Circula la idea de que la esencia del Tabir Saray es Interpretación, pero eso no es verdad. Los intérpretes presumen de ser la aristocracia de la institución. A nosotros, los seleccionadores, nos miran con cierto menosprecio, por no decir con desdén. Pero debes saber que su envanecimiento carece de fundamento. Cualquiera que tenga dos dedos de frente comprende que sin nosotros, sin Selección, Interpretación no sería más que un molino sin grano. Somos nosotros quienes les proporcionamos la materia prima para su trabajo. Su propio éxito depende de nosotros.

Hizo un nuevo gesto con la mano.

—En fin. Vas a trabajar aquí y podrás comprobarlo por ti mismo. Confío en que hayas recibido ya las instrucciones principales. No te voy a describir hoy toda la estructura de la tarea, no quiero abrumarte de antemano. No te diré más que lo necesario para comenzar. El resto lo aprenderás paulatinamente. Esta de aquí es la primera sala de Selección.

La mano del jefe volvió a trazar un movimiento semicircular.

—Entre nosotros la llamamos la Sala de las Lentejas— prosiguió, — porque aquí se lleva a cabo la primera criba de los sueños. En una palabra, aquí es donde comienza todo. Aquí...

Entornó los ojos como para recuperar el hilo roto de sus pensamientos.

—En fin— dijo poco después. —Para ser más exacto, debo decir que la primera purga la realizan los servicios de las secciones provinciales. Son alrededor de mil novecientas en todo el Imperio, cada una de las cuales posee sus propias subsecciones. Todas ellas, antes de remitir los sueños al Centro, los someten a una purga previa, que de cualquier modo resulta insuficiente. La verdadera selección comienza aquí. Tal como se separa el grano de la paja, así se separan aquí los sueños válidos de los que carecen de valor. Es precisamente esta operación de limpieza la que constituye la esencia de Selección. ¿Comprendes?

Su mirada se enardecía cada vez más. Las palabras, que al principio parecía encontrar con dificultad, aflúan ahora a su boca en mayor cantidad de lo que precisaban sus ideas y él aceleraba sin cesar su parloteo, como si quisiera aprovecharlas todas.

—Ésta es precisamente la esencia de nuestro trabajo— prosiguió — purgar los expedientes de todos los sueños sin valor. Primero los sueños de inspiración privada, que no tienen vinculación alguna con el Estado. Segundo, los sueños inspirados por el hambre o el empacho, el frío o el calor, las enfermedades, etcétera; en una palabra, todos aquellos ligados a la carne del hombre. Tercero, los sueños simulados, es decir los sueños que no han sido tales en realidad sino inventados por gente con ánimo de hacer carrera, tramados por maníacos embusteros o provocadores. Las tres categorías deben ser eliminadas de nuestros expedientes. ¡Esto es fácil decirlo! Pero no resulta tan fácil distinguirlos. Un sueño puede parecerle de carácter íntimo, inspirado por causas banales como el apetito o el reumatismo, cuando en realidad puede poseer un vínculo directo con las cuestiones de Estado, más incluso que el discurso recién pronunciado por un miembro del gobierno. Así pues, para percibir esos matices son precisas experiencia y madurez. Un error en la evaluación y todo se va al garete, ¿me comprendes? En una palabra, al contrario de lo que pueda parecer a algunos, nuestro trabajo exige una calificación especial.

La burla ácida en su tono de voz dejó nuevamente lugar a un discurso más sosegado cuando comenzó a explicarle la actividad concreta que debería desempeñar. Sólo en sus ojos pervivía aún una brizna del espanto primero.

—Como has podido ver, existen otras salas además de ésta. Con el fin de que comprendas mejor la actividad que te incumbe, al principio pasarás un día o dos en cada una de ellas. Después del recorrido, cuando te hayas formado una idea de conjunto de lo que es Selección, volverás de nuevo aquí, a la Sala de las Lentejas, y entonces comprobarás que el trabajo te resultará más fácil. Pero eso no sucederá hasta la semana que viene. Por el momento comenzarás aquí.

Se despezó sobre la mesa, aproximó con una mano el cartapacio y abrió sus cubiertas azuladas.

—Éste será tu primer expediente. Se trata de un contingente de sueños llegados el 29 de noviembre. Léelos uno por uno con cuidado y sobre todo no te apresures. Cuando juzgues que existe la más remota posibilidad de que el sueño no es inventado, déjalo en el montón, no tengas prisa en desecharlo. Después de ti lo examinará un segundo cribador, o controlador según la nueva denominación. Y tras él el siguiente, y así sucesivamente. En realidad, esta sala no se ocupa más que de eso. De modo que... ¡Buena suerte!

Observó un instante a Mark-Alem, le dio la espalda y se marchó. Él permaneció inmóvil durante un rato y después, lentamente, esforzándose por no hacer ruido, movió un poco la silla, se deslizó entre ella y la mesa y, con la misma cautela, se sentó.

Tenía ahora el cartapacio abierto ante él. Así pues, su deseo y el de su familia se había cumplido por fin. Había sido admitido en el Tabir Saray, estaba incluso sentado en una silla, ante su mesa de trabajo, era un verdadero funcionario del Palacio misterioso.

Se inclinó un poco más sobre el expediente, hasta que sus ojos distinguieron las letras, y comenzó a leer con lentitud. En la gruesa hoja de papel se indicaba el número de registro y la fecha. Más abajo, la siguiente nota: "Recibido por Surkurlah. Contiene 63 sueños".

Con los dedos agarrotados pasó la hoja. Al contrario que la primera, la segunda la llenaba un texto denso. Los tres primeros renglones estaban subrayados con tinta verde y aparecían algo separados del resto del texto. Mark-Alem leyó: "Sueño visto por el empleado Jusuf, de la oficina postal de Alaxhehisar, subprefectura de Kerk-kili, baja-lato de Qystendil, el 3 de septiembre del año en curso, hacia el amanecer".

Alzó los ojos del texto subrayado. El 3 de septiembre, pensó algo aturrido. ¿Sería posible que aquello estuviera sucediendo realmente, que él fuera funcionario del Tabir Saray, se encontrara sentado a su mesa, leyendo el sueño del súbdito Jusuf, de la oficina postal de Alaxhehisar, de la

subprefectura de Kerk-kili, bajalato de Qystendil, para decidir su suerte, si su sueño había de ser arrojado al cesto de los papeles o introducido, para continuar siendo analizado, en el formidable mecanismo del Tabir?

La oleada de gozo le causó un estremecimiento en la columna vertebral. Bajó la cabeza de nuevo y comenzó a leer el texto: "Tres zorros blancos en el minarete de la mezquita de la sub-prefectura..."

De pronto lo sobresaltó el resonar de una campanilla. Alzó la cabeza como si lo hubieran golpeado. Miró a derecha e izquierda y quedó boquiabierto. Todas aquellas personas que hasta entonces parecían formar un solo cuerpo con sus asientos, hipnotizados por los expedientes que tenían ante sus ojos, se habían liberado repentinamente del embrujo y se habían puesto de pie, hacían ruido, hablaban, arrastraban las sillas con estrépito, mientras al tintineo de la campanilla continuaba recorriendo las salas de un extremo a otro.

—¿Qué es?— exclamó Mark-Alem. —¿Qué sucede?

—El descanso de la mañana— le respondió su vecino. (¿Dónde había estado hasta entonces?) — El descanso de la mañana— repitió. —Ah, pero tú eres nuevo, aún no conoces los horarios. No importa, enseguida los aprenderás.

Por doquier los funcionarios se levantaban, se movían entre las largas mesas en dirección a la salida. Mark-Alem quiso continuar la lectura, pero era imposible. Lo empujaban por todos lados, le rozaban la silla. No obstante, con cierta obstinación, agachó otra vez la cabeza sobre el expediente, que ahora lo atraía como un imán. "Tres zorros blancos..." Pero justo entonces sintió una voz junto a su oído:

—Abajo hay café y *salep**. Ven, te sentará bien tomar algo.

No alcanzó a ver la cara de quien le hablaba. Pero se levantó de su asiento, cerró el legajo y se dirigió como los demás hacia la salida.

En el largo corredor no había necesidad de preguntar hacia dónde debía dirigirse. Todos caminaban en la misma dirección. Por los pasillos laterales afluía cada vez más gente, que se agregaba a los que iban por el pasillo principal. Mark-Alem se metió entre ellos. Caminaban hombro con hombro. Parecía asombrosa la multitud de funcionarios del Tabir Saray. Eran centenares, puede que millares.

El ruido de los pasos se incrementó en las escaleras. Tras descender una planta volvieron a recorrer un largo trecho, seguido por un nuevo

* *Salep*. Bebida elaborada a partir del tubérculo del satirión, con agua y azúcar.

descenso. Ahora, el murmullo de los pasos se tornaba más apagado, las ventanas eran más estrechas. Tuvo la sensación de que se adentraban en el subsuelo. Caminaban prácticamente pegados unos a otros. Antes de llegar se percibió el olor del café junto al agradable aroma del salep. Encontró en el aroma cierta semejanza con los desayunos de su gran casa, algo que le produjo una oleada de satisfacción. Divisó a lo lejos los largos mostradores, tras los cuales decenas de camareros servían las tazas de café y los tazones de salep, aún humeantes. Se dejó empujar hacia allá. A su alrededor resonaban las voces, se escuchaba el sorbeteo del café o las infusiones, se distinguían toses, carraspeos, el tintineo de las pequeñas monedas. Le pareció que una parte de la gente estaba resfriada, o que ya después de varias horas de completo silencio tuvieran necesidad de aclararse la garganta antes de hablar.

Situado por la fuerza en una de las colas, se encontró bloqueado junto a uno de los mostradores, sin poder avanzar ni retroceder. Se daba cuenta de que los demás lo pasaban, extendían las manos por encima de su cabeza para coger las tazas o entregar el dinero, mas no tenía el menor propósito de irritarse. En realidad no le apetecía ni comer ni beber. Permanecía allí, dejándose zarandear por las olas, sólo por hacer lo mismo que los demás.

—Así no vas a conseguir tomar nada— oyó una voz a su espalda. — Déjame pasar a mí, al menos.

Se apartó de inmediato para dejar espacio al otro. Éste, sorprendido al parecer por la celeridad de su respuesta, volvió la cabeza con aire de curiosidad. Era un rostro largo, rojizo, con enormes mejillas de buen muchacho. Por un instante sus ojos miraron con fijeza a Mark-Alem.

—¿Eres nuevo?

Mark-Alem dijo que sí con un gesto.

—Ya se nota.

Dio aún uno o dos pasos hacia el mostrador y volvió la cabeza hacia él.

—¿Qué vas a tomar, café o salep?

Estuvo tentado de contestar: "Nada, gracias", pero le pareció que resultaría un poco insólito. ¿No estaba allí para hacer lo que todo el mundo y no llamar la atención de nadie?

—Café— dijo en voz baja, exagerando la gesticulación de los labios para que el otro lo entendiera.

Buscaba las monedas en el bolsillo con una mano, pero entretanto su nuevo conocido ya le había dado la espalda y había llegado al mostrador. Mientras esperaba, los oídos de Mark-Alem atrapaban sin querer frases

sueltas de las conversaciones de quienes lo rodeaban. Parecían fragmentos triturados por una gran muela de molino, pero a veces, entre el barullo, captaba palabras, incluso frases enteras que la muela todavía no había logrado pulverizar con su movimiento rotatorio, cosa que, sin duda, lograría al siguiente giro. Escuchaba absorto las frases que lo alcanzaban. No había en ellas una sola referencia a los asuntos del Tabir Saray. Aludían a cuanto era cotidiano y banal, al frío de la calle, la calidad del café, las carreras de caballos, la lotería, la gripe que se había extendido por la capital, pero ni una sola palabra sobre lo que ocurría en el interior de aquel edificio. Se diría más bien que aquella gente trabajaba en la oficina del Catastro o, quién sabe, en algún otro ministerio, pero nunca que fueran funcionarios del famoso Palacio de los Sueños, la institución más misteriosa del Imperio.

Distinguió a su recién conocido bienhechor, que salía de la cola sosteniendo cuidadosamente dos tazas de café.

—Demonios, qué desagradable es esta cola—dijo y, sin entregar la taza a Mark-Alem, caminó hacia delante con los mismos movimientos precavidos, en busca de alguna mesa libre, entre las decenas o centenares de ellas que se distribuían por el sótano. Desnudas y desprovistas de asientos, no servían más que para acodarse mientras se tomaba el café y, sobre todo, para dejar las tazas vacías.

El hombre se detuvo por fin ante una mesa libre con las tazas de café en las manos y las dejó sobre el tablero. Mark-Alem le extendió con azoramiento las monedas que había mantenido hasta entonces apretadas en el puño. El otro hizo un gesto de rechazo con la mano.

—No es necesario— dijo. —Es muy poca cosa.

—Sí, pero...— respondió Mark-Alem entre dientes, —de todos modos...

—Estás invitado, no le des más vueltas.

—¡ Gracias !

Extendió la mano y cogió la taza. En la otra aún sostenía las pequeñas monedas de cobre. —¿Cuándo has sido admitido?

—Hoy mismo.

—¿De verdad? ¡Felicitaciones! Bueno, entonces, tienes suerte...— no supo cómo acabar la frase y se llevó la taza a los labios.

—¿En qué departamento?

—En Selección.

—¿En Selección?— exclamó el otro con sorpresa. Su cara se iluminó aun más. —Has empezado pero que muy bien. Habitualmente, al entrar se empieza por Recepción, incluso más abajo, por Copistería.

Mark-Alem sintió de pronto el imperioso deseo de saberlo todo acerca del Tabir Saray. Algo se había quebrado en su comedimiento.

—Selección es un departamento importante, ¿no es así?— preguntó.

—Sí, bastante importante. Sobre todo para un recién llegado.

—¿Cómo?

—Quiero decir, sobre todo como comienzo para alguien nuevo, ¿me entiendes?

—¿Y de manera general? No para alguien nuevo sino en general.

—Sí... desde luego... también en general es considerado un departamento bastante serio. Yo diría que de primera importancia.

Ahora era Mark-Alem quien no le quitaba ojo.

—Por supuesto hay departamentos más importantes.

—¿Interpretación, por ejemplo?

Sorprendido, el otro apartó la taza de sus labios.

—Vaya, vaya, no eres tan novato como pareces—le dijo sonriendo. —Has aprendido muchas cosas para ser el primer día.

Mark-Alem quiso responderle también con una sonrisa, pero enseguida comprendió que ese deseo era un lujo prematuro. La piel de su cara no había podido desprenderse todavía de la rigidez producida por aquella mañana extraordinaria.

—Desde luego, Interpretación es el fundamento del Tabir Saray—dijo el otro. —... éste es el centro neurálgico, cómo decirlo, el cerebro, pues allí adquiere sentido el trabajo que realiza el resto de los sectores, toda la preparación, el esfuerzo...

Mark-Alem escuchaba enfebrecido.

—¿No se les llama los aristócratas del Tabir? El otro frunció los labios pensativo.

—Sí, precisamente. Si no los aristócratas, algo parecido... Sin embargo...

—¿Qué?

—No vayas a pensar que no hay otros por encima...

—¿Y quiénes son esos otros?— Mark-Alem se sorprendía de su propio arrojito.

Su contertulio lo observó con serenidad.

—El Tabir Saray resulta ser siempre mucho más de lo que parece.

Quiso preguntarle qué sentido tenía aquello, pero el temor a excederse lo contuvo.

—Además del Tabir normal, existe el Tabir secreto— prosiguió el otro, —que se ocupa del tratamiento de los sueños que la gente no envía por

sí misma sino que el Estado debe procurarse por sus propios medios y métodos. Comprenderás que se trata de un departamento no menos importante que Interpretación.

—Por supuesto— dijo Mark-Alem, —sin embargo...

—¿Qué?

—¿No terminan en Interpretación todos los sueños, incluso los que el Tabir secreto se encarga de reunir?

—Sí. De hecho, el resto de los departamentos están duplicados, es decir existen por separado en el Tabir legal y en el Tabir secreto, pero Interpretación es único para el Tabir Saray entero. No obstante, eso no significa que en la jerarquía se sitúe por encima del Tabir secreto en tanto tal.

—Pero quizá tampoco por debajo...

—Puede ser— dudó el otro. —En realidad existe entre ambos una suerte de rivalidad.

—En resumen, ambos departamentos son la aristocracia del Tabir Saray.

Su interlocutor sonrió.

—Ya que te gusta tanto esa palabra, puede decirse que así es.

Sorbió una vez más su taza aunque ya no había café en ella.

—Pero no vayas a creer que son la cumbre. Hay todavía otros por encima de ellos.

Mark-Alem alzó los ojos para comprobar si se estaba burlando o hablaba en serio.

—¿Y quiénes son esos otros?

—Los que se encargan del Sueño Maestro.

—¿Cómo?

—Los encargados del Sueño Maestro o Supra-sueño, según lo llaman últimamente.

—¿Qué es eso?

El otro bajó la voz.

—Quizá no esté bien que hablemos de estas cosas— dijo. —Aunque tú, a fin de cuentas, ya eres un hombre del Tabir Saray. Por otro lado se trata de cuestiones relativas a la estructura, a la administración y no creo que haya en ello ningún secreto, ¿no?

—Eso creo también yo— confirmó Mark-Alem. Su deseo de conocer más detalles era incontenible.

—Te lo ruego, cuéntame algo más— dijo con delicadeza. —Como tú dices, ya soy de la casa: además, mi madre es de la familia Qyprilli.

—¿De la familia Qyprilli?

El asombro en el tono de su contertulio no sorprendió a Mark-Alem. Era algo habitual, cada vez que alguien se enteraba de su procedencia familiar.

—En cuanto dijiste que te habían destinado directamente a Selección supuse que pertenecías a alguna familia próxima al Estado, pero confieso que no hubiera imaginado que fuera tan importante.

—Es mi madre quien pertenece a los Qyprilli precisó Mark-Alem — yo llevo otro apellido.

—Qué más da. Viene a ser más o menos lo mismo.

Mark-Alem lo miró con atención.

—¿Cómo era eso del Sueño Maestro?

El otro tomó aliento pero, como si calculara que tanto oxígeno era excesivo para el bajo volumen de la voz que iba a emitir, dejó escapar una porción de él antes de comenzar a hablar.

—Probablemente ya sepas que todos los viernes, de entre los miles y miles de sueños que nos llegan y son analizados aquí durante la semana, se elige uno, el que se considera más importante, y se lo presenta al Soberano mediante una ceremonia sencilla, pero muy antigua. Es el Sueño Maestro o Suprasueño, al que me refería.

—Algo había oído, pero muy vagamente, como si se tratara de una leyenda.

—Pues ya ves, no es leyenda sino realidad, y en ello trabajan centenares de personas, los encargados del Sueño Maestro.— Durante varios segundos miró fijamente a Mark-Alem. —Un Sueño Maestro...— murmuró poco después. —¿Podría imaginar alguien que uno de ellos, por la importante señal anunciadora que proporciona, resulta a veces más útil al Soberano que un ejército entero de soldados o que toda su legión de diplomáticos?

Mark-Alem quedó boquiabierto.

—¿Entiendes ahora por qué los encargados del Sueño Maestro se encuentran tan por encima del resto de nosotros?

¡Qué gigantesco mecanismo!, se dijo Mark-Alem. El Tabir Saray era realmente mucho más de lo que podría imaginarse.

—No se los ve por ninguna parte— prosiguió su interlocutor. — Incluso toman el café y el salep en un local aparte.

—Aparte...— repitió Mark-Alem.

El otro abrió la boca para continuar su relato cuando el sonido de una campanilla, idéntico al que había anunciado el inicio de la pausa matinal,

cortó bruscamente las conversaciones.

Mark-Alem no alcanzó siquiera a preguntarle qué significaba aquella campanilla, pues quedó claro en un instante. El sonido no había cesado aún cuando aquella masa de gente comenzaba ya a abalanzarse con presteza hacia las salidas. Quienes no habían llegado a tomarse el café o el salep lo hicieron entonces de un trago; otros, que acababan de cogerlo del mostrador y no podían hacer lo mismo porque estaba demasiado caliente, lo dejaban intacto sobre las mesas y se marchaban a todo correr. El contertulio de Mark-Alem, después de saludarlo con la cabeza, le había dado la espalda dejándolo con la palabra en la boca. En el último instante, Mark-Alem hizo un movimiento hacia él para detenerlo, para hacerle una última pregunta, pero entretanto lo empujaron por la izquierda, luego por la derecha y lo perdió de vista.

Al salir, mientras se dejaba llevar por la corriente como un autómatas, recordó que no le había preguntado siquiera cómo se llamaba. Si al menos me hubiera enterado en qué departamento trabaja..., se dijo con pesadumbre. Luego se consoló a sí mismo con la idea de que le sería fácil encontrarlo al día siguiente a la misma hora y volverían a tener oportunidad de conversar.

El flujo de funcionarios se iba reduciendo y Mark-Alem se esforzaba en vano por reconocer alguna de las caras que había visto en Selección. Hubo de preguntar dos veces antes de encontrar su oficina. Entró con paso cauteloso, tratando de pasar inadvertido. En torno se extinguía un último murmullo de sillas arrastrándose. Casi todos habían tomado ya asiento tras las largas mesas. Caminando de puntillas se acercó a su puesto, movió la silla con precaución y se sentó. Permaneció inmóvil unos instantes, después bajó la vista sobre el legajo y leyó: "Tres zorros blancos en el minarete de la mezquita de la subprefectura...", pero al momento volvió a alzar la cabeza, creyendo escuchar una señal extraña, debilísima, casi llorosa, semejante a un pedido de auxilio o a un simple sollozo, llamándolo desde lejos. ¿Qué es? ¿Qué es?, se preguntó y este interrogante inundó todo su ser. Sin que pudiera explicarse la causa, sus ojos fueron a parar a los grandes ventanales, cuya existencia descubría en ese preciso momento. Al otro lado de los cristales, como un ser conocido pero ahora extraordinariamente lejano, distinguió la lluvia salpicada de copos de nieve. Éstos se arremolinaban atolondrados en el seno de la mañana igualmente lejana, cual si pertenecieran a otra vida, de la que quizá le habría sido enviada aquella última señal.

Con un vago sentimiento de culpa apartó los ojos de allí e inclinó la cabeza sobre los papeles, pero antes de reemprender la lectura suspiró

profundamente: ¡Oh, Santo Dios!

II

La Selección

Era martes por la tarde. Aún faltaba una hora para que finalizara la jornada. Mark-Alem alzó la cabeza del legajo y se restregó los ojos. Llevaba una semana trabajando y aún no lograba habituarse a la lectura prolongada. Su vecino de la derecha se revolvió en su asiento, sin interrumpir la lectura. Sobre la larga mesa se oía regularmente el murmullo de las hojas al pasar. Nadie tenía la cabeza levantada.

Transcurría el mes de noviembre. Los expedientes se tornaban cada vez más gruesos. Era el período habitual de incremento en el flujo de sueños. Ésta era una de las principales cosas que había aprendido en el curso de la primera semana de trabajo. Siempre se tenían sueños y los sueños siempre eran enviados y así sería por los siglos de los siglos. Sin embargo había períodos en que aumentaba su número, como también los había en que disminuía. La actual era una fase de afluencia. Llegaban por decenas de miles desde todos los rincones del Imperio. Y así seguirían hasta el fin del año. Los cartapacios se hincharían e hincharían sin cesar a medida que arreciara el frío. Después, pasado el Año Nuevo, se produciría un cierto reflujo hasta la primavera.

Con el rabillo del ojo, Mark-Alem observó una vez más a su vecino de la derecha y después al de la izquierda. ¿Estarían leyendo en realidad o aparentaban hacerlo? Se llevó la mano a la sien y bajó los ojos sobre el papel pero, en lugar de letras no veía más que moscas, moscas perdidas entre la bruma. No, no es posible continuar leyendo, se dijo. Todos los que mantenían las cabezas bajas sobre los cartapacios ya no leían, sin duda alguna sólo lo simulaban. Era verdaderamente un trabajo infernal...

Con la cabeza apoyada en la palma de la mano se puso a recordar cuanto había escuchado aquella semana de labios de los viejos trabajadores de Selección acerca de los flujos y reflujos de los sueños, sobre su

incremento y disminución a merced del paso de las estaciones, la intensidad de las precipitaciones, la temperatura, la humedad o la sequedad del aire. Los veteranos de Selección conocían bien el tema. Sabían del influjo de la nieve, los vientos o los rayos en el incremento de los sueños, lo mismo que conocían el de los temblores de tierra, las fases de la luna o la aparición de los cometas. En Interpretación habría sin duda prestigiosos maestros descifrando los sueños, verdaderos sabios que, ante visiones donde el ojo ordinario no percibía más que juegos locos del cerebro, sabían extraer sentidos secretos y sorprendentes. Sin embargo, en ningún otro departamento del Tabir Saray podía encontrarse a viejos zorros como los veteranos de Selección, capaces de prever la abundancia o la escasez de sueños con la misma sencillez con que los ancianos anticipan los cambios de clima a partir de sus dolores reumáticos.

De pronto, Mark-Alem recordó al hombre que había conocido el primer día. ¿Dónde estaría? Durante varios días, en el descanso de la mañana, lo había buscado con la mirada entre la multitud de empleados, sin lograr localizarlo en parte alguna. Quizá esté enfermo, se dijo. O puede que haya marchado de servicio a alguna provincia lejana. Hasta era posible que fuera uno de los inspectores del Tabir, que pasaban la mayor parte del tiempo recorriendo el Imperio de un extremo a otro, quizá fuera un simple correo.

Trató de imaginar los miles de secciones del Tabir Saray, dispersas por la infinita extensión del Estado, cuyas humildes edificaciones, a veces en forma de barracas, albergaban a dos o tres empleados aun más humildes, verdaderos infelices, miserablemente pagados, que se postraban hasta dar con el rostro en tierra en presencia del más insignificante correo del Tabir, cuando éste acudía en busca de los sueños recolectados, y se tornaban serviles y balbucientes ante él por la única razón de que procedía del Centro. En los confines más ignorados, en las mañanas de lluvia y barro, los pobladores de las subprefecturas se encaminaban, en ocasiones antes del alba, hacia aquellas tristes construcciones con el fin de dar cuenta de sus sueños. Sin molestarse siquiera en llamar a la puerta gritaban desde el exterior: "¡Haxhi!, ¿tienes abierto?"

La mayoría no sabía escribir, por eso acudían tan temprano, antes incluso de pasar por la taberna, para que no se les olvidara el sueño. Y lo describían de viva voz mientras el copista, con los ojos soñolientos, maldiciendo aquel sueño y a su autor, transcribía sobre el papel lo que iba escuchando. Ah, ojalá esta vez tengamos suerte, susurraban algunos al final de su relato. Llevaba largos años circulando la leyenda de un hombre

miserable, vecino de una sub-prefectura ignorada, que por medio de un sueño había salvado al Estado de una terrible catástrofe y, como recompensa, había sido requerido a la capital por el Soberano, quien permitiéndole entrar en Palacio le había dicho: "Elige entre mis tesoros lo que desees, y a la que prefieras como esposa de entre mis nietas, etc." Vaya, ojalá que..., susurraba el hombre y se alejaba por el camino lleno de barro, sin duda hacia la taberna, mientras el copista lo seguía con mirada burlona y, antes de que el otro hubiera llegado a la curva del camino, anotaba sobre la hoja: *nulo*.

A pesar de la consigna terminante de no dejarse guiar por los prejuicios o las consideraciones personales en la evaluación de los sueños, precisamente con esos criterios los funcionarios de los pequeños centros llevaban a cabo la primera purga del material. Conocían bien a los habitantes de su subprefectura y, sin que hubiera acabado de trasponer el umbral, sabían si la persona en cuestión era glotona, borrachina o mentirosa; o si la atormentaba una úlcera. Esto había dado lugar a frecuentes problemas, hasta el extremo de que pocos años atrás se había llegado a adoptar la decisión de quitar a las secciones la atribución de realizar esta primera purga. No obstante, la cantidad de sueños que llegaban directamente a Selección se incrementó de forma tan monstruosa que la disposición fue derogada y, a pesar de los inconvenientes a que podía dar lugar la expurgación por las secciones, ésta fue adoptada como la única solución al problema.

Mas los autores de los sueños no sabían nada de esto. Acudían una y otra vez a preguntar desde la puerta: "Eh, Haxhi, ¿hay alguna respuesta sobre ese sueño mío?". "No, aún no hay ninguna respuesta", respondía Haxhi. "Pero qué impaciente eres. Abdyl Kadir. El Imperio es grande y la administración central, aunque trabaja día y noche, no puede examinar con tanta rapidez la multitud de sueños que se le envían." "Vaya, tienes razón", respondía el interesado, dirigiendo su mirada al horizonte, allá donde, a su juicio, debía encontrarse el Centro. "Qué vamos a saber nosotros de los asuntos del Estado." Y se alejaba sorteando los tocones del camino que conducía a la taberna.

Todo esto se lo había contado a Mark-Alem un inspector del Tabir con quien había coincidido el día anterior tomando café. El inspector acababa de regresar de una de las provincias asiáticas más apartadas y se disponía a partir de nuevo aunque en esta ocasión hacia la zona europea del Estado. A Mark-Alem le fascinó su relato. ¿Sería posible que aquello tuviera un comienzo tan insignificante? Pero el inspector, como si hubiera adivinado su

decepción, se apresuró a aclararle que no era en todas partes así, que a veces las secciones del Tabir Saray resultaban ser edificaciones imponentes, en ciudades formidables de Asia y de Europa, y quienes acudían a entregar allí sus sueños no eran infelices ignorantes de provincias sino personas encumbradas y cultas, provistas de grados, títulos y diplomas académicos, de ideas penetrantes y grandes ambiciones. El inspector se extendió un buen rato sobre el tema, en tanto que Mark-Alem sentía cómo el Tabir Saray se restablecía en su conciencia en toda su grandeza. El inspector se dispuso entonces a referirle más pormenores de sus viajes, pero la campanilla interrumpió su relato y Mark-Alem intentaba ahora completarlo en su imaginación. Pensaba en los pueblos que habitaban la parte oriental del Estado y en los que ocupaban la occidental, los pueblos que tenían muchos sueños y los que tenían pocos, los pueblos que los contaban de buen grado y los que lo hacían sólo por la fuerza, como era el caso de los albaneses (a causa de su origen albanés, Mark-Alem registraba involuntariamente cuanto se decía sobre aquel país). Divagaba acerca de los sueños de los pueblos rebelados, de los que acababan de ser víctimas de grandes matanzas, de los que atravesaban períodos de insomnio. Estos últimos en particular constituían la fuente de serias inquietudes para el Estado, pues tras la vigilia prolongada siempre era de esperar alguna reacción brusca. De ese modo, cuando el Tabir Saray detectaba los primeros signos de insomnio, el Estado adoptaba medidas urgentes para anticiparse al mal. Mark-Alem observó lleno de asombro a su contertulio cuando éste le mencionó el insomnio de los pueblos. "Ya sé que te sonará sorprendente", le había dicho, "pero debes concebirlo dentro de la lógica de lo relativo. Se considera que un pueblo se halla en estado de insomnio cuando su cantidad global de sueño ha disminuido de manera considerable, en proporción a la normal. ¿Y quién mejor que el Tabir Saray puede establecer esa proporción?" "Tienes razón", le contestó Mark-Alem, "así es en efecto". Recordó sus noches en vela durante el último período, pero pronto pensó que el insomnio de un individuo debía de ser radicalmente distinto del insomnio de todo un pueblo.

De nuevo se puso a mirar de reojo a derecha e izquierda. Sus compañeros parecían enfrascados sin excepción en sus cartapacios, hechizados por ellos, como si más que papeles escritos fueran braseros donde ardiera un carbón cuyo efluvio intoxicara. Quizá también yo iré cayendo poco a poco prisionero de ese hechizo, pensó con pesadumbre, y terminaré por olvidarme del mundo y de todo.

Aquella semana, tal como le había indicado su jefe, había pasado media jornada en cada una de las salas de Selección en compañía de un

viejo funcionario, a fin de familiarizarse con el método de trabajo y adquirir alguna experiencia, y después de haber recorrido por fin el ciclo completo de operaciones, hacía ya dos días que estaba de regreso en su mesa, aquélla a la que lo condujeran el día mismo de su ingreso.

Mediante el recorrido de sala en sala, Mark-Alem tomó contacto con el funcionamiento general de Selección. Superado su examen en la Sala de las Lentejas, el cúmulo de sueños sin valor empaquetado en grandes fardos se entregaba al Archivo, mientras los restantes eran clasificados por grupos según la naturaleza de los asuntos con los que guardaban relación: la seguridad del Imperio y del Soberano (complots, traiciones, rebeliones); política interior (esencialmente la integridad del Imperio); política exterior (alianzas, guerras); vida civil (grandes robos, abusos, corrupción); indicios de posible Sueño Maestro; diversos.

La agrupación de los sueños en divisiones y subdivisiones no era cosa fácil. Incluso se había discutido durante largo tiempo si esta actividad debía ser encomendada a Selección o si correspondía esencialmente a Interpretación. En realidad se habría dejado en manos de esta última si no hubiera estado ya tan sobrecargada. Por fin se llegó a una solución de compromiso: verdad es que la clasificación de los sueños se le adjudicaba a Selección, mas su dictamen no sería considerado sino preliminar y con mero valor indicativo. De ese modo, en la cabecera de cada legajo conteniendo el material entregado no se escribía "Sueños relativos a X cuestión" sino "Sueños que pueden ser relativos a X cuestión". Además, aunque Selección mantenía plena responsabilidad para segregar los sueños válidos de los inútiles, en lo que atañe a su clasificación no tenía más que responsabilidad moral. De manera que, en realidad, el cometido esencial de Selección era la criba, la purga. Ésta era su base fundamental, de igual modo que Interpretación era la base del Tabir Saray entero. "¿Comprendes ahora que nosotros controlamos desde aquí las vías de acceso por donde penetra todo el material?", le dijo el jefe de su departamento el día en que regresó al puesto de trabajo inicial. "Probablemente tú pensarías al principio que, dado que en el proceso de purga se inicia el trabajo de Selección y ya que te habíamos adscrito a él, éste debía ser por lógica el más irrelevante. Espero que ahora hayas entendido que éste es el fundamento mismo de toda la actividad y nunca destinamos a él a los principiantes. Si hicimos contigo una excepción es porque tú eres uno de nuestros escogidos."

Tú eres uno de nuestros escogidos. Mark-Alem se había repetido decenas de veces aquella frase, como si a fuerza de repetirla pudiera alcanzar a penetrar su contenido. Pero era de una condición tal, hermética

por todos sus flancos, enigmática, pulida como un muro en el que no se encuentra punto alguno al que aferrarse para intentar saltarlo...

Volvió a restregarse los ojos. Quería reemprender la lectura, pero se sentía incapaz. Las letras le parecían rojizas, como un reflejo de fuego o de sangre.

Había apartado unos cuarenta sueños que consideraba sin valor. La mayoría le parecieron inspirados en las preocupaciones cotidianas, mientras una parte eran, a su juicio, inventados aunque no estaba bien seguro. ¿Debía volver a leerlos? En realidad los había repasado dos o tres veces uno por uno, a pesar de lo cual no alcanzaba a convencerse plenamente. El jefe le había indicado que, cuantas veces albergara alguna duda, debía dejar el sueño para el siguiente expurgador, marcándolo con un signo de interrogación, pero ya había hecho esa maniobra con gran número de ellos. A decir verdad había desestimado muy pocos sueños como inservibles y, si no era capaz de decidirse siquiera en relación con aquellos cuarenta, el jefe tendría derecho a pensar que, con tal de no arriesgarse, les pasaba todos los sueños a los demás. Ahora bien, él desempeñaba asimismo esa función y, por tanto, su tarea fundamental consistía en seleccionar los sueños y no en dejarlos para que otros decidieran. En efecto, ¿qué ocurriría si todos los expurgadores, haciendo dejación de sus responsabilidades, dejaran pasar la mayor parte de los sueños a Interpretación? Ésta acabaría por bloquear la admisión o se quejaría a la Dirección. Y la Dirección investigaría las causas. Ah, qué dilema, suspiró para sí. Bueno, a fin de cuentas, que ocurra lo que tenga que ocurrir, pensó, y con cierta irritación, apresuradamente, como si temiera arrepentirse, escribió en la cabecera de cuatro o cinco hojas la anotación: "sin valor" y bajo ella su rúbrica. Mientras escribía sobre las hojas siguientes la misma calificación sentía un gozo vengativo pensando en aquellos lerdos desconocidos que, enfermos del vientre o de almorranas, lo habían torturado esos dos días con sus sueños descabellados, los cuales, quizás, ni siquiera eran productos de sus propias mentes sino que se los habían escuchado a otros. Idiotas, asnos, embusteros, los insultaba para sus adentros, mientras escribía la fórmula condenatoria sobre las hojas correspondientes. No obstante, su mano se fue tornando progresivamente más lenta hasta quedar por fin inmóvil sobre el papel. Espera un momento, se dijo ¿es que te has vuelto loco? No precisó más de un minuto para que su excitación volviera a ceder su lugar a las dudas.

En verdad no era tan sencillo: por culpa de aquellos estúpidos desconocidos podía buscarse la ruina. Los funcionarios de todos los departamentos sin exceptuar a ninguno, pero, sobre todo, los de Selección

temblaban ante la sola palabra "verificación". Había oído decir que era frecuente que el autor de un sueño, enterado de algún acontecimiento real, escribiera al Tabir Saray pretendiendo haber profetizado dicho hecho por medio de su sueño. Se buscaba entonces el sueño, se lo hallaba por medio del número de registro que se adjudicaba en Recepción, se extraía del Archivo y, si era tal como su autor decía, se buscaba a los culpables de que no hubiera sido tomado en cuenta. Podía ser que los responsables resultaran ser los intérpretes, pero también podían ser los seleccionadores, por haber desestimado el sueño como inservible y en ese caso su falta era considerada de mayor gravedad: el error de un intérprete que no logra descifrar con acierto la señal era más disculpable que el del seleccionador incapaz de detectar la simple existencia de dicha señal.

Maldito trabajo, se dijo Mark-Alem, sorprendido por ese arranque de rebeldía de su conciencia. Después de todo, ¡al diablo! Escribió "sin valor" en una de las hojas, pero ante la siguiente volvió a detenerse. De forma maquinal, como no sabía qué hacer con aquella hoja que le quedaba entre las manos, comenzó a releer el texto escrito en ella: "Un terreno abandonado al pie de un puente; una especie de solar de éstos donde se arrojan las basuras. Entre los desperdicios, el polvo, los pedazos de lavabos rotos, un pequeño instrumento musical, de aspecto insólito, que sonaba por sí solo en medio del desamparo, y un toro que, enfurecido al parecer por el sonido del instrumento, bramaba a los pies del puente."

Cosa de artistas, dijo para sí Mark-Alem; algún músico resentido que se ha quedado sin trabajo. Comenzó a escribir "sin valor" en la hoja. Sólo había escrito "si...", cuando su mirada resbaló sobre los primeros renglones que le habían pasado inadvertidos y donde estaba anotado el nombre del autor del sueño, la fecha y la profesión. Para su sorpresa, el autor del sueño no era músico sino vendedor de verduras en la capital. ¡Qué es lo que me sale ahora!, se dijo, sin poder apartar los ojos del papel. ¡Venir un maldito mercachifle a confundirme! Y además era de la capital, por lo que le sería fácil quejarse... Borró cuidadosamente lo que había escrito y agrupó el sueño con los válidos. Idiota, murmuró una vez más para sí, mirando de soslayo por última vez la hoja del sueño, como alguien a quien se hace un favor inmerecido. Mojó la pluma en el tintero y, sin releer su contenido, escribió "sin valor" en varias hojas más. Una vez extinguido su arrebató de irritación recuperó la medida. Le quedaban aún ocho sueños, de aquellos que en una primera consideración había calificado de inservibles. Los examinó uno por uno con calma y, con excepción del primero, que apartó con los válidos, dejó el resto donde estaba. Había que ser demasiado torpe

para no percibir su inspiración en los conflictos familiares, el estreñimiento o la continencia sexual forzada.

La jornada parecía no terminar nunca. Aunque ya le escocían los ojos, atrajo varias hojas del cartapacio de los sueños sin revisar y las colocó ante sí. Tenía la impresión de que se fatigaba más aparentando leer que haciéndolo de verdad. Escogió las hojas que contenían los textos más cortos y, sin prestar atención alguna a su remitente, leyó uno de ellos: "Un gato negro con la luna entre los dientes corría perseguido por la multitud, dejando en su huida el rastro sangriento del cuerpo celeste desgarrado".

Vaya, éste sí era un sueño del que merecía la pena ocuparse. Antes de incluirlo entre los válidos, lo leyó una vez más. Era verdaderamente un sueño serio, cuyo análisis sería gratificante. Pensó que, fuera como fuera, el trabajo de los intérpretes, aun siendo en extremo difícil y delicado, estaba lleno de interés, sobre todo tratándose de sueños como aquél. Él mismo, a pesar del cansancio, sintió cómo crecía su deseo de interpretarlo. Incluso no le pareció demasiado arduo. A partir del hecho de que la luna es el símbolo del Estado y de la religión, el gato negro no podía representar sino una fuerza hostil que actuaba en su contra. Un sueño así tiene todas las probabilidades de ser declarado Sueño Maestro, pensó. Se fijó en el remitente. Procedía de una lejana ciudad del extremo europeo del Imperio. Es de donde llegaban los sueños más hermosos. Lo leyó por tercera vez y le pareció aún más atrayente y significativo. Un aspecto que le parecía en particular interesante era la presencia de aquella multitud, la cual lograría desde luego dar alcance al gato negro y le arrebataría la luna de las fauces. Sin lugar a dudas, algún día terminará por ser un Sueño Maestro, se dijo y contempló con una sonrisa la hoja de papel corriente en que estaba escrito el sueño, como quien mira a una muchacha por el momento vulgar, pero a quien aguarda un destino de princesa.

Era curioso que experimentara alivio. Pensó leer aún dos o tres hojas más, pero desistió para no borrar la placentera impresión que le había proporcionado el sueño de la luna. Volvió la cabeza hacia las grandes cristaleras, tras las cuales estaba cayendo el crepúsculo. Ya no deseaba ocuparse de nada más. Su única aspiración consistía en que finalizara pronto la jornada. Aunque la luz se debilitaba rápidamente, las cabezas de los funcionarios continuaban inclinadas sobre los cartapacios. Estaba casi convencido de que, aun cuando cayera la noche y con ella las tinieblas eternas, aquellas cabezas no se alzarían jamás de allí, sin antes oír el sonido de la campanilla anunciando el final del trabajo.

Al cabo terminó por sonar. Mark-Alem recogió con presteza los

papeles. En torno se escuchaba el ruido de los cajones que se abrían para guardar en su interior los legajos. Cerró el suyo con llave y, aunque fue uno de los primeros en abandonar la sala, todavía precisó un cuarto de hora para llegar al exterior.

En la calle hacía frío. Después de atravesar los accesos en grandes grupos, los funcionarios se dispersaban en distintas direcciones. En la acera de enfrente, como todas las tardes, una multitud de mirones observaba la salida de los funcionarios del Palacio de los Sueños. Entre las grandes instituciones estatales, incluyendo al Palacio del Seyhul-Islam y las oficinas del Gran Visir, el Tabir Saray era el único que despertaba la curiosidad de la gente hasta el punto de que cientos de transeúntes se detenían a diario a esperar la salida de los empleados. En silencio, con las solapas alzadas para defenderse del frío, la gente observaba a los misteriosos funcionarios que tenían en sus manos el cometido más enigmático del Estado; los contemplaban con ojos perplejos como si intentaran descubrir en sus rostros las huellas de los sueños que se esforzaban en descifrar y no abandonaban su puesto hasta que las pesadas puertas del gran Palacio se cerraban chirriantes.

Mark-Alem apretó el paso. Las farolas de las calles aún no alumbraban, pero sin duda lo harían antes de que llegara a la calle donde vivía. Desde que había empezado a trabajar en el Tabir Saray, las calles sin iluminar le producían cierto desasosiego.

Las calles estaban llenas de gente. De cuando en cuando pasaban carruajes con las ventanillas cubiertas por cortinas. El pensamiento de que en ellas viajaban sin duda hermosas cortesanas que se dirigían a citas secretas le arrancó un suspiro.

Al llegar a su calle los faroles estaban efectivamente encendidos. Era una calle tranquila, residencial, una parte de cuyas construcciones estaba rodeada de pesadas verjas de hierro forjado. Los asadores de castañas se disponían a marcharse. Algunos habían metido ya en los sacos las castañas, los cucuruchos de papel y el carbón, y esperaban al parecer que los braseros de hojalata agujereada se enfriaran un poco más. El policía de la calle lo saludó con respeto. Su vecino, el oficial retirado Beç bey, borracho como una cuba, salía del café de la esquina en compañía de dos amigos. Al ver a Mark-Alem le murmuró unas palabras. Cuando se cruzaron sintió sus ojos clavados en él con curiosidad temerosa. Apretó el paso. Desde lejos comprobó que había luz en las dos plantas de su casa. Habrá invitados, se dijo, y no pudo evitar un estremecimiento. Al acercarse un poco más, vio junto a la puerta un carruaje ostentando el emblema de los Qyprilli, la *Q* tallada en las dos portezuelas de madera. Y, en lugar de tranquilizarlo, lo

inquietó todavía más.

Le abrió la puerta la vieja sirvienta de la casa, Loke.

—¿Qué hay?— le preguntó Mark-Alem, señalando con la cabeza hacia las ventanas iluminadas del primer piso.

—Han venido tus tíos.

—¿Es que ha sucedido algo?

—No, nada. Han venido de visita.

Respiró aliviado. ¿Qué me está pasando?, pensó mientras caminaba a través del patio hacia la puerta interior. Siempre le había inquietado encontrar su casa con todas las luces encendidas cuando regresaba tarde, pero nunca se asustó tanto como aquella noche. Debe de ser por el nuevo trabajo...

—Han venido a verte esta tarde dos amigos tuyos— le decía Loke caminando tras él. —Me dijeron que fueras a verlos mañana o pasado mañana a ese... ese... clob o clab, o como diablos se llame.

—El club.

—Eso es, el club.

—Si vuelven a venir, díles que estoy muy ocupado y no tengo tiempo.

—Bien— dijo la servidora.

Desde el vestíbulo, Mark-Alem percibió un agradable olor a comida. Antes de entrar en el salón se detuvo un minuto sin saber por qué. Por fin abrió la puerta y entró. En la enorme estancia, cubierta por completo de alfombras, se apreciaba el aroma familiar del fuego. Habían venido dos de sus tíos maternos, el mayor con su mujer, y el menor. Estaban también dos de sus primos, ambos viceministros, que lo visitaban con frecuencia. Los saludó por turno uno por uno.

—Pareces cansado— le dijo su tío, el mayor.

Mark-Alem se encogió de hombros, como diciendo, "Qué le vamos a hacer, es el trabajo". Era perceptible que habían estado hablando de su cargo antes de que llegara. Miró a su madre, que permanecía sentada con las piernas recogidas junto a uno de los grandes braseros de cobre. Ella le sonrió muy levemente y sólo entonces sintió él que se liberaba por completo de la angustia. Se sentó en un extremo del diván, esperando el momento en que la atención se apartara por fin de su persona. Así fue, pasados escasos instantes.

El mayor de sus tíos reanudó el relato de algo que Mark-Alem había interrumpido al parecer con su llegada. Era gobernador en una de las zonas más lejanas del Imperio y, cuantas veces acudía por motivos de su función a la capital, traía de allí abundantes y brutales relatos que a Mark-Alem le

parecían idénticos a los que había narrado durante la visita precedente. Su mujer, de aspecto endeble y rostro satisfecho, escuchaba con atención el relato de su marido y miraba alternativamente a los presentes como si les dijera: "¿Os dais cuenta dónde vivimos?" No cesaba nunca de quejarse del clima de aquella tierra, del trabajo agobiante de su marido, y en sus palabras se percibía un constante y sordo resentimiento hacia su cuñado, el mediano de los tres hermanos, el Visir, según todos le llamaban. Como ministro de Asuntos Exteriores, ostentaba el puesto más encumbrado entre los Qyprilli, y ella, en su fuero interno, lo culpaba por no haberse interesado lo suficiente para que su hermano regresara de una vez a la capital.

El tío menor escuchaba con una sonrisa displicente a su hermano. Mientras el mayor de los tres le parecía a Mark-Alem como un bronce envuelto en una leve capa de la aspereza y el fanatismo de la vida de provincias, sentía por el contrario una creciente inclinación por el menor. Rubio, de ojos claros, con bigotes rojizos y aquel nombre germano-albanés, Kurt, decían de él que era la oveja negra de la familia Qyprilli. A diferencia del resto de sus hermanos nunca se había molestado en perseguir un puesto de importancia, muy por el contrario, siempre se lo encontraba en actividades un tanto sorprendentes que por otra parte abandonaba con rapidez: desde la oceanografía a la arquitectura, incluyendo la música, su más reciente afición. Solterón empedernido, montaba a caballo en compañía del hijo del cónsul austriaco y, según se decía, intercambiaba cartas de amor con numerosas y misteriosas damas; en una palabra, llevaba una vida tan placentera como estéril y desde luego opuesta a la de sus hermanos. Mark-Alem soñaba con imitarlo, pero presentía que iba a ser incapaz. Recobrada por completo la serenidad, mientras escuchaba distraído la conversación de sus dos tíos, Mark-Alem imaginaba el carruaje que los había traído y ahora los esperaba fuera, aquel carruaje que, cuantas veces se aparecía ante él, le producía una sensación de alegría y terror a un tiempo, pues con él habían llegado siempre hasta su casa lo mismo las buenas noticias que los desastres.

El "Palacio", tal como los miembros de la familia denominaban la residencia principal de los Qyprilli, poseía numerosos carruajes, pero eran todos idénticos y para Mark-Alem constituían uno solo, la carroza del júbilo y la fatalidad, con aquella *Q* esculpida en las portezuelas, que portaba desde la residencia principal al resto de los hogares de la gran familia igual el esplendor que el luto. Se había tratado repetidas veces de aquella *Q*, de sustituirla por una *K*, de acuerdo con la ortografía oficial otomana de su apellido —*Köprülü*—, mas la familia se había opuesto siempre y habían

conservado la *Q* junto con el resto de las letras del apellido, según el alfabeto de la lengua albanesa.

—De modo que has entrado en el Tabir Sarayse dirigió a él su tío mayor, que había terminado al fin su relato. —Por último te decidiste.

—Lo decidimos todos juntos— intervino su madre.

—Habéis hecho bien— aprobó el tío. —Un trabajo estimable, un lugar importante. Que tengas éxito.

—Ojalá— añadió la madre. —¡Dios te oiga!

Sus dos primos se incorporaron a la conversación. Escuchándolos, Mark-Alem recordó los interminables debates acerca de su futuro empleo que concluyeron con su entrada en el Tabir. Si alguien ajeno a la familia los hubiese escuchado habría quedado con la boca abierta: ¿tanta minuciosidad era precisa para determinar el empleo de un vástago de los Qyprilli?, la ilustre familia que había dado al Imperio, no sólo cinco primeros ministros sino una infinidad de ministros, almirantes, generales, dos de los cuales habían dirigido las campañas de Hungría, otro la de Polonia y un tercero la invasión de Austria; la familia que incluso ahora, en su relativa decadencia, continuaba siendo uno de los pilares del Imperio, la primera que había planteado la idea de reorganizar el inmenso Estado, transformándolo en EEUUO (Estados Unidos Otomanos), la única familia, además de la dinastía imperial, que figuraba en el *Larousse*, en la letra *K*, en los siguientes términos: *Köprüllü: antigua familia albanesa de la que cinco de sus miembros fueron de 1656 a 1710 grandes visires del Imperio Otomano*, la familia a cuya puerta llamaban medrosos altos funcionarios del Estado para demandar protección, ascensos o intercesión para lograr clemencia.

Así podía parecer a primera vista, sorprendente y en cierto modo increíble, pero para quienes conocían más a fondo la historia de los Qyprilli no era ni mucho menos sorprendente. Hacía alrededor de cuatrocientos años que aquella gran familia, rodeada siempre de un halo de gloria, parecía condenada a padecer una desgracia perpetua. Había en su historia tanta luz como tinieblas, tantos altos dignatarios, ministros, gobernadores, primeros ministros como condenados a prisión, decapitados, desaparecidos sin dejar rastro. "Nosotros los Qyprilli somos igual que esas gentes que labran la tierra y habitan a los pies del Vesubio", decía bromeando Kurt. "Igual que ellos viven a la sombra del volcán y son enterrados en cenizas cuando entra en erupción y se desborda, de idéntico modo nosotros somos periódicamente víctimas de la ira del Soberano a cuya sombra vivimos. Y, tal como esa gente —pese a las repetidas calamidades que el volcán le ocasiona— retorna a sus fértiles y peligrosas laderas y restablece en ellas la vida cuando ha

vuelto la calma, también nosotros, a pesar de los castigos que nos impone el Soberano, permanecemos a su sombra y le servimos fielmente."

Desde la infancia recordaba Mark-Alem cierto ir y venir de los sirvientes por la gran mansión antes de que despuntara el alba, los cuchicheos tras las puertas, a sus tías que con el rostro aterrorizado llamaban al portón exterior, días enteros pasaba bajo la amenaza de nuevas funestas, expectante, angustiado, hasta que la calma retornaba con el llanto consolador por el condenado en algún rincón apartado; y después la vida continuaba como antes, a la espera de un nuevo período de esplendor o de una nueva calamidad. Porque, según se decía, en la familia de los Qyprilli, los hombres se encaramaban a los más encumbrados puestos o se hundían en la desgracia, no había caminos intermedios.

"Por fortuna tú, al menos, no llevas el apellido Qyprilli", le repetía su madre, sin excesiva confianza en sus propias palabras de consuelo. Era su único hijo y, desde que muriera su esposo, la sola preocupación de su existencia había consistido en encontrar el modo de proteger a Mark-Alem de la cara fatal del destino de los Qyprilli. La tarea la había hecho más sabia, más autoritaria y, sorprendentemente, más hermosa. Durante largo tiempo, por su propia cuenta había decidido mantener alejado a su hijo de la carrera administrativa. Sin embargo, cuando el muchacho creció y terminó los estudios, su decisión le fue pareciendo cada vez más carente de sentido. En la familia de los Qyprilli no había lugar para desocupados; de buen o de mal grado era preciso encontrarle un empleo. Un empleo con las máximas posibilidades de promoción y las mínimas para ir a parar a la cárcel. Se discutió largamente el asunto en el seno de la familia, se habló y se volvió a hablar de la diplomacia, el ejército, la corte, la banca, la administración, se sopesaron una por una las ventajas y los inconvenientes de cada opción, las posibilidades de ascenso y las de caída, se evaluó uno por uno cada puesto. Rechazado uno por parecer inadecuado o más peligroso se elegía otro, para, después, por idénticas causas, renunciar al segundo y hallar un tercero, que, en principio, parecía distinguirse de los dos anteriores, pero luego, tras un análisis más profundo, se llegaba a la conclusión de que precisamente aquel empleo, en apariencia tranquilo, resultaba más peligroso que todos los demás, y entonces se volvía otra vez al primero, aquél del cual al principio, habían dicho: "¡Oh, no, cualquiera menos ése!", y así sin solución de continuidad, hasta que por fin su madre, cansada de aquello, dijo: "Que vaya donde quiera, no se puede eludir lo que está escrito".

Entretanto, justo cuando se disponían a dejar la decisión en manos del propio Mark-Alem, su tío mediano, el Visir, que hasta entonces no se había

mezclado en el asunto, expresó al fin su parecer. Lo que propuso sonó al principio como algo descabellado, algo que forzosamente debía ser acogido con una sonrisa aunque la sonrisa se desvaneció pronto en el rostro de todos, dejando paso a cierto estupor. ¿El Palacio de los Sueños? ¿Pero cómo? ¿Por qué razón? Después, poco a poco, cuanto más lo pensaban, tanto más natural les iba pareciendo. ¿Por qué no en el Tabir Saray? ¿Qué tenía de malo? No sólo no tenía nada de malo, por el contrario era mucho mejor que aquellos otros empleos plagados de trampas. ¿Pero acaso no había peligros allí? Desde luego, desde luego, pero en cualquier caso eran peligros de ensueño en un mundo de sueños, comprendes, como dicen los viejos cuando se encuentran en un aprieto: ¡Dios mío, haz que no sea más que un sueño!

Y eso fue lo que sucedió. Poco a poco, la idea del ministro arraigó en el ánimo de la madre de Mark-Alem. "¿Cómo no se me había ocurrido antes?", decía. El Tabir le parecía un hallazgo providencial para su hijo. Aparte de tratarse de una institución que ofrecía ilimitadas posibilidades de hacer carrera, la madre de Mark-Alem se sentía atraída en especial por su carácter indeterminado, nebuloso. Allí la realidad se desdoblaba, se penetraba de inmediato en el terreno de lo irreal, y era esta vaguedad lo que para ella constituía un inmejorable ambiente donde pudiera refugiarse su hijo en tiempos de adversidad.

El resto de la familia era de la misma opinión. Además, decían, si el Visir lo había propuesto, no era porque sí. En los últimos tiempos el Tabir Saray estaba jugando un creciente papel en los grandes asuntos de Estado y los Qyprilli, con su natural inclinación a considerar con cierta ironía las viejas instituciones tradicionales, habían subestimado en alguna medida el Palacio de los Sueños. Años atrás, fueron precisamente ellos quienes, según se decía, ante la imposibilidad de cerrarlo, habían debilitado de manera notable su influencia. Pero en los últimos tiempos el Soberano le había restituido el poder de antaño.

Mark-Alem se fue enterando de todo esto de forma paulatina, en el curso de las interminables conversaciones acerca de la colocación que más le convenía. Como es natural, cuando se decía que los Qyprilli se habían mostrado un tanto negligentes con el Tabir, no significaba ni mucho menos que no dispusieran de gente suya en él. Habrían dejado de ser hacía mucho quienes eran si hubieran cometido semejante insensatez. Sin embargo, aplicados al parecer a otros resortes del Estado y, sobre todo confiando en que lograrían neutralizar de nuevo el aliento de la "institución chocha", tal como la llamaban burlonamente entre ellos, habían relajado su atención al respecto. Era lo que ahora se esforzaban en reparar. Tenían gente de

confianza allí, sin duda decenas de personas, "pero es bien distinto contar con alguien de la propia sangre", le había dicho el Visir a su hermana, la madre de Mark-Alem. Era ostensible su nerviosismo ante el problema aunque ella tuvo la impresión de que le preocupaba más de lo que dejaba traslucir. Sin duda había algo que no le había contado.

Esa conversación se produjo dos días antes de que Mark-Alem se presentara en el Tabir Saray. Durante aquella temporada, su nombre y el del Palacio de los Sueños se habían tornado inseparables. Y he aquí que continuaban apareciendo juntos, hecho este que le hacía el asunto desagradable. Confiaba en que cambiaran de tema cuando se sentaran a cenar. Mas, por suerte, no hubo de esperar hasta entonces. En realidad se continuó hablando del Tabir Saray, pero sin que su nombre se viera involucrado. Esto le impulsó a escuchar con más interés la charla.

—En cualquier caso, ahora puede afirmarse que el Tabir Saray ha recuperado plenamente su autoridad de antaño— dijo uno de los primos.

—Pues yo, a pesar de ser un Qyprilli, nunca creí que su autoridad pudiera ser fácilmente quebrantada— respondió Kurt. —No es sólo una de las más antiguas instituciones del Imperio; a mi juicio, al margen de su exótica denominación, es la más temible.

—Pero no es la única; existen otras— le contradijo el primo.

Kurt sonrió.

—Pero el terror que inspiran es demasiado ostensible— respondió — El temor que provocan se percibe de lejos, como una nube negra. Mientras que con el Tabir Saray las cosas son bien distintas.

—¿Y por qué, según tú, es temible el Palacio de los Sueños?— intervino la madre de Mark-Alem.

—¡Oh, pero no en el sentido en que debes estar pensando!— dijo Kurt, mirando de soslayo a Mark-Alem. —Yo me refería a otra cosa. En mi opinión, de todos los mecanismos del Estado, el Palacio de los Sueños es el más ajeno a la voluntad de los hombres. ¿Entendéis lo que quiero decir? Es el más impersonal de todos, el más ciego, el más fatal, por tanto también el más estrictamente estatal.

—Pues a mí me parece que, si bien en cierta medida, puede asimismo ser dirigido— se interpuso el otro primo. Era calvo, con una mirada en la que la inteligencia se expresaba de forma peculiar: sus ojos estaban semiapagados, se diría que consumidos por esa misma inteligencia, de la que parecía dispuesto a desprenderse al menos en parte.

—Pues yo afirmo que se trata de la única institución de nuestro Estado mediante la cual la zona oscura de la conciencia de todos los súbditos esta-

blece contacto con él— dijo Kurt. Miró a todos sucesivamente, como intentando averiguar qué efecto causaban sus palabras. —Es cierto que las multitudes no gobiernan— prosiguió, —pero poseen un mecanismo por medio del cual influyen en todos los asuntos, en las vicisitudes y hasta en los crímenes del Estado, y ese mecanismo es el Tabir Saray.

—¿Quieres decir que todos ellos tienen responsabilidad en cuanto sucede, y que eso produciría en ellos cierto sentimiento de culpa?— preguntó el primo.

—Sí— le respondió Kurt. —En cierta medida, sí—añadió con decisión.

El otro sonrió, pero en sus ojos semicerrados no pudo distinguirse más que un destello de la sonrisa, como la luz por debajo de una puerta.

—Al margen de eso, en mi opinión es la institución más absurda del Imperio— dijo.

—Sería absurda en un mundo lógico— afirmó Kurt. —Pero en este mundo nuestro, a mí me parece perfectamente normal.

El primo comenzó a reír a carcajadas, pero al reparar en el rostro adusto del gobernador, sofocó poco a poco la risa.

—Pues por todas partes se dice que las cosas son más complicadas que eso— intervino el otro primo. —Nada es nunca tan sencillo como parece. ¿Quién puede hoy saber lo que fue en realidad el Oráculo de Delfos? Sus archivos se han perdido. O para ser más exacto se los hizo desaparecer. La misma admisión de Mark-Alem no ha sido tan fácil...

La madre de Mark-Alem, con mirada extraordinariamente atenta, se esforzaba por no perder detalle.

—Será mejor que dejemos esta conversación—intervino el gobernador.

¿Mi admisión no ha sido fácil?, se dijo Mark-Alem y en su memoria se sucedieron fragmentos de aquella primera mañana en que fue al Tabir como la más indefensa criatura del mundo, mezclados con las últimas y monótonas horas de su trabajo en Selección. ¡Y pensar que él cree que he entrado allí para conquistar el Tabir!, pensó, burlándose con amargura.

—Dejad de una vez ese tema— insistió el gobernador.

En ese momento, Loke anunció que la cena estaba servida y todos se levantaron para dirigirse al comedor.

En la mesa, la mujer del gobernador comenzó a contar algo sobre las costumbres de la provincia que administraba su marido, cuando Kurt, sin excesiva consideración, la interrumpió.

—He invitado a unos rapsodas de Albania para que vengan— dijo.

—¿Cómo?— exclamaron dos o tres voces.

Era evidente que aquel "cómo", significaba: "¿Cómo se te ha ocurrido una idea semejante? ¿Por qué? ¿Qué nuevo desatino es éste?"

—Anteayer hablé con el cónsul austriaco— prosiguió, —¿y sabéis lo que me dijo? Vosotros los Qyprilli sois hoy la única familia aristocrática de Europa y seguramente del mundo, a quienes se dedica una canción de gesta.

—Ah— exclamó uno de los primos, —ya comprendo.

—Según él, la epopeya que está dedicada a nosotros es comparable a Los Nibelungos de los alemanes— y añadió: —Si a una gran familia alemana o francesa se le cantara en la actualidad la centésima parte de lo que se nos dedica a nosotros en los Balcanes, lo proclamaría a los cuatro vientos como el mayor de los orgullos y de los milagros. Y sin embargo apenas si nos acordamos de ello. Eso es lo que me dijo.

—Está claro— insistió el primo. —Sólo hay una cosa que no consigo entender: has hablado de unos rapsodas albaneses, ¿no es así? Si de lo que se trata es de la epopeya que todos conocemos, ¿qué pintan aquí los rapsodas albaneses?

Kurt Qyprilli lo miró a los ojos, pero no respondió. El tema de la epopeya era tan viejo en las discusiones familiares como las costosas vajillas, antiguos regalos de los distintos soberanos, que cada generación heredaba de la anterior para transmitírselas a la siguiente. Mark-Alem había oído hablar de ella desde niño. Al principio se había representado la *epos* (así se la llamaba) como algo alargado, un ser intermedio entre el dragón y la serpiente, que habitaba lejos, en alguna montaña nevada y a cuyo cuerpo, lo mismo que el de los monstruos fabulosos, estaba atado el destino de su familia. Pero al crecer, poco a poco había comprendido, aunque no con demasiada claridad, el significado de la epopeya. En realidad tuvo cierta dificultad para entender cómo los Qyprilli podían vivir en la capital imperial y gozar en ella de tan encumbrada posición mientras allá lejos, en los prodigiosos Balcanes, en una provincia llamada Bosnia, se cantaba una epopeya en su honor. Aún más incomprensible resultaba para su mente el hecho de que aquella canción de gesta no se cantara en el país originario de los Qyprilli, Albania, sino en Bosnia y además, no en su lengua materna sino en serbio. Una vez al año, durante el mes del Ramadán, venían los rapsodas desde Bosnia. Se alojaban varios días en casa de los Qyprilli y entonaban sus largos cantares, acompañados de un instrumento musical que producía un sonido quejumbroso. Era ésta una tradición que duraba ya cientos de años y que las nuevas generaciones de Qyprilli no habían osado abandonar ni alterar. Reunidos en el salón de recepciones escuchaban la voz

reptante de los rapsodas esclavos, sin entender una sola palabra de lo que decían excepto su apellido, que ellos pronunciaban *Çupriliq*. Después los rapsodas recibían la remuneración habitual y se marchaban, dejando tras de sí una sensación de vacío, de enigma no resuelto, que durante varios días provocaba en los dueños de la casa suspiros sin motivo aparente, semejantes a los que provoca un cambio de clima repentino.

Sin embargo corría la voz de que el Soberano envidiaba a los Qyprilli precisamente a causa de esa epopeya. Decenas de divanes y poemas diversos habían sido compuestos para su glorificación por los poetas oficiales, pero en parte alguna se le había dedicado una canción de gesta semejante a la de los Qyprilli. Se decía incluso que esa envidia era una de las principales causas de que el Soberano castigara una y otra vez con sus rayos a la ilustre familia. Pero ¿por qué no le regalamos la epopeya al Sultán y nos libramos de una vez por todas de sus castigos?, dijo en cierta ocasión el pequeño Mark-Alem, después de escuchar los suspiros de los mayores. "Calla", le contestó su madre, "la epopeya no es algo que pueda regalarse, me entiendes, es como las alianzas o las joyas familiares, una de esas cosas imposibles de obsequiar por mucho que lo pretendas".

—Es como Los Nibelungos, eso es lo que me dijo— insistió Kurt con aire pensativo. —Todos estos días no he parado de hacerme esa pregunta que con tanta frecuencia se ha formulado en nuestra casa. ¿Por qué han compuesto los esclavos una epopeya en nuestro honor, mientras nuestros compatriotas, los albaneses, guardan silencio al respecto en las suyas?

—Eso es bien sencillo— respondió uno de los primos. —Callan porque esperaban algo de nosotros y quedaron defraudados en sus esperanzas.

—Según tú se trata de una especie de reproche.

—Tómalo como quieras.

—Para mí es perfectamente comprensible—intervino el otro primo. —Es un viejo malentendido entre nuestra familia y los albaneses. A ellos les resulta difícil concebir las dimensiones imperiales de nuestra familia o, para expresarme con mayor precisión, no parecen tener para ellos el menor valor. Se muestran despectivos con lo que han hecho y continúan haciendo los Qyprilli a lo largo del Imperio, en el seno del cual Albania no es más que una ínfima porción. Lo único que les interesa es que lo hagamos por esa pequeña porción, por Albania. Han estado siempre esperando de nosotros alguna intervención trascendental.

Abrió los brazos como hacen quienes intentan expresar: "Bueno, así son las cosas".

—Algunos consideran a Albania presa de la desgracia, otros, en cambio la ven protegida por una buena estrella— dijo el otro primo. —Pero yo creo que su suerte desborda ese dilema. En cierto modo se parece a nuestra familia. Ha visto cómo caían sobre ella tanto los favores como los rigores del Sultán.

—¿Y cuáles han sido más numerosos?— preguntó Kurt. —¿Los favores o los rigores?

—Resulta difícil decirlo— le respondió el primo. —No se me olvida algo que me dijo un judío: "Cuando los turcos se abalanzaban sobre vosotros, blandiendo sus lanzas y sus espadas, vosotros, los albaneses, pensasteis con toda razón que venían a conquistaros, pero en realidad no hacían más que ofreceros como presente un Imperio entero".

—Ja, ja— estalló Kurt.

Los ojos separados del primo parecieron emitir su último brillo.

—Pero como todo regalo de un loco, fue entregado con brutalidad, con sangre incluso— añadió.

—Ja, ja, ja.— Volvió a reír Kurt, esta vez con más fuerza.

—¿De qué te ríes?— se interpuso el hermano mayor, el gobernador. —El judío estaba en lo cierto. Los turcos se repartieron el poder con nosotros, tú lo sabes tan bien como yo.

—Naturalmente— dijo Kurt, —los cinco primeros ministros pertenecientes a nuestra familia bastan para confirmarlo.

—Eso no fue más que el principio— dijo el hermano mayor. —Más tarde los siguieron centenares de altos funcionarios.

—Yo no me reía de eso.

—Se te ha consentido demasiado— dijo el gobernador en tono airado.

Los ojos de Kurt se inflamaron en su interior.

—Los turcos nos aportaron a los albaneses—prosiguió el primo para atraer la atención sobre él —aquello de que carecíamos: grandes extensiones.

Pero también grandes complicaciones— dijo Kurt. —La vida de un hombre queda perturbada para siempre una vez que se encuentra atrapada en los engranajes del poder, pero eso no tiene parangón con el drama de un pueblo entero prisionero de ese mecanismo.

—¿Qué significa eso?

—¿No acabáis de decir que los turcos se repartieron el poder con nosotros? Pero repartirse el poder no significa sólo apropiarse de la parte correspondiente de los galones y los tapices. Yo diría que eso sólo llega después. ¡Repartirse el poder significa antes que nada repartirse los crí-

menes!

—Kurt, no se puede hablar así.

—En todo caso fueron los turcos quienes nos proporcionaron nuestras verdaderas dimensiones—continuó el primo. —Y nosotros se lo agradecemos maldiciéndolos.

—Nosotros no; ellos— intervino el gobernador.

—Sí, perdón, ellos, los albaneses de entonces.

Se produjo un silencio tenso, en medio del cual Loke sirvió los dulces.

—Un día conquistarán verdaderamente la independencia, pero entonces perderán todas esas enormes posibilidades— continuó el primo. —Perderán esta extensión gigantesca sobre la que pueden volar como el viento, se encerrarán en ese estrecho territorio suyo, sus alas se trabarán y chocarán con una u otra montaña, como las aves cuando les falta espacio para remontar el vuelo: se marchitarán, se anquilosarán y al fin se preguntarán ¿qué hemos ganado? Levantarán entonces los ojos en busca de lo que perdieron, pero ¿acaso podrán volver a encontrarlo?

La esposa del gobernador suspiró profundamente. Nadie tocaba los dulces.

—No obstante, por el momento guardan silencio sobre nosotros— objetó Kurt.

—Algún día nos comprenderán— dijo el gobernador.

—También nosotros deberíamos escucharlos a ellos— respondió Kurt.

—¡Pero si tú mismo has dicho que guardan silencio sobre nosotros!

—Escuchemos su silencio.

El gobernador soltó una carcajada.

—Estás hecho un excéntrico— afirmó entre las risas. —Ya te lo dije, la vida de la capital te está echando a perder. Un año de servicio en alguna provincia lejana no te sentaría nada mal.

—Dios no lo quiera— murmuró entre dientes la madre de Mark-Alem.

La risa del gobernador disipó el leve encono que había planeado durante unos instantes sobre la mesa y todos extendieron los tenedores hacia las fuentes con dulces.

—Si he invitado a unos rapsodas albaneses—dijo Kurt, —es porque quería saber de qué trata la epopeya albanesa. El cónsul austriaco, que ha leído parte de ella, me ha dicho que la había encontrado mucho más hermosa que lo que conoce de la bosnia.

—¿De verdad?

—Sí— dijo Kurt. Sus ojos parpadearon como heridos por el resplandor del sol en la nieve. —Evocan terribles persecuciones a través de las cumbres, combates singulares, secuestros de muchachas, cortejos nupciales que viajan hacia bodas cargadas de peligros, kruq* helados en la nieve y petrificados por haber cometido faltas durante el camino, caballos ebrios de vino, caballeros cegados arteralmente sobre monturas también cegadas que erran por las montañas como en una pesadilla, cuclillos que anuncian la desgracia, golpes en la noche a la puerta de posadas sorprendentes, un macabro reto a un muerto para batirse en duelo con un vivo que da vueltas a la tumba acompañado por doscientos mastines, los lamentos del muerto que no consigue alzarse de la tumba para enfrentarse a su enemigo, hombres y divinidades mezclados que disputan, se golpean, se casan unos con otros, alaridos, combates, maldiciones estremecedoras y, sobre todo ello, un sol frío que más ilumina que calienta...

Mark-Alem escuchaba fascinado. Una añoranza desconocida y sorprendente de aquella lejana nieve invernal, donde él nunca había estado, invadió todo su ser.

—Pues ésa es la epopeya albanesa de la que nosotros estamos ausentes— dijo Kurt.

—Oh, si es tal como nos la has descrito, resultaría verdaderamente difícil imaginar que nosotros apareciéramos en ella— dijo uno de los primos. —Sería lo más parecido a un delirio trágico.

—Pues en la epopeya eslava sí aparecemos—dijo Kurt.

—¿Y no es eso suficiente?— replicó el primo de mirada apagada. —Tú mismo has dicho que somos la única familia viva de Europa y quizá del mundo, que forma parte de la canción de gesta de un pueblo. ¿No te basta con eso? ¿Pretendes que aparezcamos en la de dos pueblos?

—Tú me preguntas si me basta con eso, y yo te respondo: en absoluto.

Los dos primos sacudieron las cabezas indulgentemente. Su hermano mayor sonrió.

—Desde luego eres sorprendente— dijo, —siempre serás el mismo.

—Cuando vengan los rapsodas— insistió Kurt, —os invitaré a todos a escucharlos. Entre otras cosas, cantarán la vieja *Balada del puente de tres arcos*, de donde deriva el nombre de nuestra familia...

Mark-Alem escuchaba boquiabierto.

—Cantarán esa famosa balada— prosiguió Kurt, —mas esta vez en su versión albanesa. —Aún no le he dicho nada al Visir, pero confío en que no

* *kruq*: integrantes del cortejo nupcial que conducen a la novia a casa del novio.

habrá ningún inconveniente para que los alojemos. Habrán de recorrer un largo camino, con la dificultad adicional de que deberán llevar escondidos sus instrumentos musicales. Pero merece la pena...

Continuó hablando con pasión. Volvió a referirse al vínculo existente entre su familia *aquí* con la epopeya balcánica *allí*, así como a las relaciones entre la administración y el arte, entre lo efímero y lo eterno, entre la carne y el espíritu.

—De todos modos, digas lo que digas entre estas paredes, guárdate de repetirlo ante cualquier otro— le recomendó su hermano mayor, cuyo rostro estaba nuevamente sombrío.

En torno a la mesa se impuso unos instantes el silencio, que los últimos tintineos de los tenedores sobre la porcelana de los platos tornaba aún más tenso.

Con el propósito de relajar la tirantez, el gobernador se dirigió a Mark-Alem en tono jovial:

—Y tú, sobrino, dime, en los últimos tiempos no te animas a participar en ninguna conversación. Según parece estás metido de pies a cabeza en el mundo de los sueños.

Mark-Alem se sintió enrojecer. La atención de todos estaba nuevamente concentrada en él.

—Trabajas en Selección, ¿no es así?— prosiguió. —El Visir preguntó ayer por ti. Decía que en el Palacio de los Sueños la verdadera carrera empieza en Interpretación, pues sólo allí se lleva a cabo un trabajo realmente creativo que permita la manifestación de las capacidades personales de cada uno. ¿No te parece?

Mark-Alem se encogió de hombros, como queriendo expresar que él no había intervenido en la elección del departamento en que trabajaba. Pero en la mirada del mayor de sus tíos le pareció atrapar un fulgor oculto.

Aunque el gobernador bajó rápidamente los ojos sobre el plato, a la madre de Mark-Alem tampoco se le había escapado aquel brillo inusual. Con interés y alarma comenzó a prestar atención a lo que se decía sobre el Tabir Saray, donde participaban todos, a excepción de su hijo.

A excepción de él..., que era justo quien se encontraba dentro del Tabir. Su cerebro trabajaba febrilmente. ¿Acaso había estado velando por su hijo para terminar arrojándolo a un cubil de fieras, que tras una atrayente denominación no ocultaba sino un mecanismo ciego, fatal e implacable, tal como lo acababan de definir?

Con el rabillo del ojo observaba el perfil demacrado de su hijo. ¿Cómo lograría orientarse su Mark-Alem en aquel caos de sueños, entre

aquellas madejas de brumas oníricas, entre el delirio y los confines de la muerte? ¿Cómo había consentido ella que se metiera en semejante infierno?

A su alrededor proseguía la conversación sobre el Tabir Saray pero él se sentía demasiado cansado para prestar atención. Kurt y uno de sus primos discutían si el restablecimiento del poder del Palacio de los Sueños era un índice de la crisis actual del superestado Otomano o se trataba simplemente de una casualidad, mientras el gobernador no cesaba de murmurar: "Bueno, bueno, dejad de una vez ese tema".

Por fin los invitados se levantaron para tomar el café en el salón. Se marcharon tarde, hacia la medianoche. Mark-Alem subió con paso lento a su habitación, en el primer piso. No tenía sueño, pero eso no le inquietaba en absoluto. Le habían dicho que todos los nuevos funcionarios del Tabir Saray padecían habitualmente de insomnio durante las dos primeras semanas de trabajo. Después el sueño se recuperaba.

Se tendió en el lecho y mantuvo los ojos abiertos largo rato. Se sentía poseído por una gran serenidad. Era un insomnio sin padecimiento, regular y frío. Y no era sólo su insomnio lo que había cambiado. Todo lo relativo a su persona había experimentado una transformación. El gran reloj de la esquina dio las dos. Se dijo que como mucho allá hacia las tres o las tres y media lograría conciliar el sueño. Pero aun en el caso de que lo lograra ¿de qué cartapacio habría de escoger los sueños para aquella noche?

Éste fue su último pensamiento antes de que el sopor se apoderara de él.

III

La Interpretación

Mucho antes de lo que esperaba, antes de que la primavera hubiera dado señal alguna de su proximidad (él creía que al menos aquella primavera e incluso el verano, debería pasarlos en Selección), mucho antes, pues, de que se dejara sentir la nueva estación, Mark-Alem fue transferido a Interpretación.

Un día, cuando todavía no había sonado la campana del descanso matinal, le comunicaron que debía presentarse en las oficinas de la Dirección General. Pero, ¿por qué?, preguntó él y al instante se arrepintió: le pareció distinguir una sonrisa irónica en las comisuras de los labios del mensajero. Era evidente que en el Tabir Saray no se preguntaba jamás ese género de cosas.

Mientras caminaba por el pasillo, toda suerte de dudas y sospechas se agolpaban en su cerebro. ¿Habría cometido algún error en su trabajo? ¿Acaso alguien surgido del último confín del Imperio andaba llamando a las puertas, de oficina en oficina, de visir en visir, en busca de su sueño arrojado injustamente a la papelera? Se esforzó en recordar los sueños que había descartado los últimos días sin estar muy convencido de su decisión, pero ninguno de ellos acudía a su memoria. Aunque quizás no se tratara de eso. Puede que lo llamaran por algo completamente distinto. Por lo demás, así sucedía siempre: cuando lo requerían, era sin excepción por causa de algo que nunca habría imaginado. ¿Violación del secreto? ¡Pero si apenas se había reunido con sus amigos desde su ingreso en el Tabir Saray! A medida que preguntaba por los pasillos para encontrar el camino iba adquiriendo la creciente certeza de que ya había estado alguna vez en aquella ala del palacio. Pensó que quizá era sólo una impresión, producida por el hecho de que todos los pasillos del edificio eran muy semejantes pero, cuando por fin se halló en la habitación del brasero y vio que tras una mesa de madera se

sentaba el hombre del rostro alargado, cuyos ojos miraban continuamente a la puerta, se cercioró de que las oficinas de la Dirección General eran precisamente aquéllas a las que había llamado el día de su llegada al Tabir Saray. Absorto en su trabajo, había olvidado por completo su existencia, ni siquiera en ese momento conocía la función que realizaba en el Palacio de los Sueños aquel hombre de rostro alargado que lo había recibido entonces. ¿Sería uno de los numerosos subdirectores o se trataría del director general en persona?

De pie ante él, completamente paralizado por la angustia, Mark-Alem esperaba a que el otro le dirigiera la palabra. Pero los ojos del funcionario continuaban mirando la puerta, a la altura del picaporte y, aunque Mark-Alem ya conocía su costumbre, por un instante creyó que esperaba a alguien más antes de notificarle por qué lo había mandado llamar. Pero el funcionario apartó por fin los ojos de la puerta.

—Mark-Alem...— dijo en voz muy baja.

Lo invadió un sudor frío. No sabía qué hacer, si decirle "a su disposición, aquí estoy", o cualquier otra fórmula de acatamiento, o simplemente aguardar a pie firme su mandato. A estas alturas estaba convencido de que lo había convocado para darle alguna noticia desagradable.

—Mark-Alem— repitió el otro. —Tal como te dije el día de tu llegada, *tú eres uno de nuestros escogidos*.

¡Oh, Dios!, exclamó para sí Mark-Alem. De nuevo aquella frase atemorizante que había creído no tener que volver a escuchar.

—*Tú eres uno de nuestros escogidos*— insistió el otro, —y por eso de hoy en adelante vas a ser transferido a Interpretación.

Sintió que le zumbaban los oídos. Sin la intervención de su voluntad, su mirada fue a parar al brasero situado en mitad de la estancia cuyas ascuas, medio cubiertas de ceniza, le parecieron animadas por una sonrisa cínica, como la que despliega cierta gente entornando los ojos. Eran las mismas brasas que habían carbonizado su carta de recomendación aquel día inolvidable, y que ahora creyó aletargadas como signo de menosprecio.

—Tienes razón al no manifestar ninguna muestra de entusiasmo— escuchó Mark-Alem la voz del superior y al instante pensó: ¿Qué es lo que me impide reaccionar? La verdad es que no sentía ninguna alegría aunque se creía obligado a expresar algún agradecimiento, tanto más cuanto que había llegado allí paralizado por la angustia. Abrió la boca para decir algo, pero la voz del funcionario lo interrumpió. —Te comprendo. El hecho de que no experimentes ninguna alegría es buena muestra de que eres consciente de la

responsabilidad que trae consigo tu nueva actividad. Interpretación es considerada con acierto el centro neurálgico del Tabir. Las remuneraciones son más altas, pero el trabajo es asimismo más difícil. A veces será preciso que hagas horas extraordinarias. Además, y esto es lo esencial, la responsabilidad es mayor. No obstante debes apreciar el favor de que eres objeto. No olvides que el camino hacia las cumbres del Tabir Saray pasa a través de Interpretación.

Por primera vez posó su mirada en Mark-Alem, pero no en el rostro sino en algún lugar en mitad de su cuerpo, a la altura donde debería estar el picaporte si Mark-Alem hubiese sido una puerta.

El camino hacia las cumbres del Tabir Saray pasa a través de Interpretación, se repitió Mark-Alem. Se disponía a decir que quizá no fuera apto para una labor tan delicada como el descifre de los sueños cuando el otro, como si hubiese adivinado sus intenciones, se le anticipó.

—La interpretación de los sueños en el Tabir Saray es difícil. Muy difícil incluso. Nada tiene que ver con la explicación simplista que suele darles el vulgo: serpiente igual a mal presagio, corona buen augurio y otros estereotipos semejantes. Tampoco tiene nada en común con los libros vulgares de interpretación. La interpretación del Tabir es de otro nivel, mucho más elevado que todo eso. En ella actúan otra lógica, otros símbolos y combinaciones de símbolos.

Con mayor razón no soy yo adecuado para ese trabajo, quiso decir Mark-Alem. Si se había espantado creyendo que habría de vérselas con los símbolos tradicionales, la idea de tener que manejar una simbología nueva lo hacía sentirse aun peor. Se dispuso por fin a abrir la boca, pero el director volvió a impedirselo:

—Te preguntarás cómo vas a ingeniártelas para aprender el manejo de las claves del descifre. No temas, hijo mío, lo aprenderás, muy rápidamente además. Igual que tú, con vacilaciones y sin gran confianza en sí mismos, comenzaron su trabajo quienes más tarde se han convertido en el orgullo de Interpretación. Dos semanas, a lo sumo tres, te bastarán para hacerte con los conocimientos precisos. Después —le hizo señas de que se acercara y Mark-Alem dio un paso hacia la mesa— no tendrás necesidad de más. Sería hasta nocivo que aprendieras más de antemano pues correrías el riesgo de convertirte en un descifrador mecánico. La interpretación es ante todo una actividad creativa. No debe exagerarse en el aprendizaje de los arquetipos y los símbolos. Lo esencial es dominar unos cuantos principios, como en álgebra. E incluso éstos no deben ser utilizados con rigidez, de lo contrario este trabajo carecería de sentido. La interpretación de altura comienza justo

donde acaba la rutina. La combinación de los símbolos, ahí es donde debes concentrar tu atención. Y un último consejo: todo el trabajo en el Tabir constituye un gran secreto, pero Interpretación es el secreto de los secretos. No lo olvides. Y ahora, en marcha y a tu nuevo trabajo. Ya están avisados acerca de ti. ¡Buena suerte!

Mark-Alem salió empujando con aire ausente la puerta sobre la que los ojos del funcionario ya habían quedado inmóviles. Caminó durante un rato por los corredores con las ideas difusas, hasta que de pronto recordó que debía encontrar el departamento de Interpretación. Los pasillos estaban por completo desiertos. Debía de haber pasado ya la hora del descanso matinal mientras él se encontraba con el alto funcionario, de lo contrario no tenía sentido tanta quietud. Lo reconocía, era el sosiego que sobrevenía siempre tras el descanso. Caminó un largo trecho con la esperanza de cruzarse con alguien a quien preguntar. Mas no se veía a nadie. A veces creía oír pasos ante él, o a un costado, en un recodo del pasillo, pero cuando llegaba al lugar en cuestión los pasos parecían perderse en la distancia, quizás en la planta superior, o puede que en la inferior. ¿Y si me paso así toda la mañana?, pensó con zozobra. Dirían que ya el primer día me presento al trabajo con retraso. Su inquietud crecía por momentos. Debía haber preguntado al vicedirector, director general o lo que fuera, cómo se llegaba allí.

Continuó caminando. A veces, los pasillos le resultaban familiares, otras completamente desconocidos. No se oía siquiera el ruido de una puerta al abrirse. Subió al piso superior por las amplias escaleras, a continuación volvió a bajar, para descender otra planta poco después. En todas partes lo mismo: silencio y vacío. Sintió que si aquello duraba se pondría a gritar. Debía encontrarse entonces en un ala muy apartada del Palacio, pues los pilares del corredor le parecieron ligeramente aplastados. De pronto, en el instante en que se disponía a regresar por donde había venido, en el extremo más alejado del pasillo, justo donde éste iniciaba un recodo, le pareció distinguir a una persona. Caminó en aquella dirección. El hombre permanecía inmóvil ante una puerta. Antes de que Mark-Alem pudiera acercarse lo suficiente para dirigirle la palabra, el otro le hizo una señal de que se detuviera. Mark-Alem le obedeció.

—¿Qué es lo que buscas?— lo increpó en voz alta el desconocido. —Aquí está prohibido el paso.

—Busco Interpretación— respondió Mark-Alem. —Llevo una hora dando vueltas.

El hombre lo miró con expresión de desconfianza.

—¿Trabajas en Interpretación y no sabes cómo se va?

—Me acaban de destinar allí. Pero no sé dónde está.

El otro continuó observándolo con gesto receloso.

—Vuelve por donde has venido— dijo por fin, —camina por el corredor principal hasta la claraboya grande. Asciende allí un piso y toma la galería de la derecha. Encontrarás Interpretación delante de ti, justo enfrente.

—¡Gracias!— dijo Mark-Alem y volvió sobre sus pasos.

Mientras caminaba, con el fin de no olvidarse, repetía para sí las palabras de su guía: el corredor principal hasta la gran claraboya, un piso más arriba, la galería de la derecha.

¿Qué podría ser el hombre que lo había ayudado?, se preguntaba. Por el aspecto parecía un centinela, pero qué podía estar guardando en ese universo sordomudo... Aquel Palacio estaba decididamente repleto de misterios.

Desde lejos, le pareció distinguir una luminosidad extraviada, derramándose desde la gran claraboya que remataba la escalera. Tomó aliento, aliviado.

Hacía casi tres semanas que trabajaba en Interpretación. Las dos primeras las había pasado junto a los viejos maestros, aprendiendo uno tras otro los secretos del descifre de los sueños, hasta que un día el jefe lo llamó y le dijo:

—Ya has aprendido bastante, Mark-Alem. De hoy en adelante tendrás tu propio cartapacio.

—¿Tan pronto?— se sorprendió Mark-Alem. —Pero ¿estoy verdaderamente en condiciones de trabajar yo solo?

El jefe sonrió.

—No te acobardes. Así es como han empezado todos. Además, ahí tienes al supervisor de la sala. A la menor duda puedes acudir a él.

Llevaba ya cuatro días trabajando su propio expediente. Nunca se había sentido tan confuso. Comparado con el actual, el trabajo en Selección, que antes le parecía fastidioso, le resultaba ahora un juego: jamás habría imaginado que la actividad en Interpretación fuera tan infernal.

Le habían entregado un expediente calificado de fácil: "Vida civil, corrupción", y él pensaba a veces: ¡Oh, Dios!, si con un expediente así me da vueltas la cabeza, ¿qué será cuando me pongan delante el de los complots contra el Estado?

El legajo estaba repleto. Había leído alrededor de sesenta sueños y apartado unos veinte que al principio se había sentido capaz de descifrar. Sin embargo, cuando volvió sobre ellos por segunda vez le parecieron, por el contrario, los más impenetrables. Entonces, del grupo de los sesenta eligió otros que, del mismo modo, le habían parecido en principio desentrañables, pero después de una o dos horas de cavilaciones, se ensombrecieron, oscurecieron, ennegrecieron ante sus propios ojos, hasta convertirse en verdaderos enigmas.

¡Imposible!, gritó quién sabe cuántas veces para sí. ¡Voy a volverme loco! Llevaba cuatro días y aún no había descifrado enteramente ningún sueño. Cada vez que tenía la impresión de que algún elemento adquiriría sentido, enseguida se apoderaba de él la duda y lo que poco antes creía comprensible, se tornaba entonces impenetrable. ¡Pero esto es una locura, todo esto es pura locura!, se repetía tapándose la cara con las manos. La angustia ante la posibilidad de cometer un error lo asaltaba sin cesar. En ciertos momentos tenía la certeza de que en aquella labor no se podían cometer más que errores y que sólo por pura casualidad podría alguien llegar a una conclusión acertada.

En ocasiones se apoderaba de él un desasosiego febril. No había presentado aún ningún sueño descifrado. Y sus superiores podían tomarlo por un inútil o bien por alguien en extremo timorato. Pero, ¿de qué manera se las ingeniaban los demás para rellenar hojas enteras con su escritura? ¡Oh, Dios! ¿cómo es posible que parezcan tan serenos?

En realidad, cada descifrador poseía la facultad de apartar aquellos sueños que resultaban a su juicio inexplicables, que les eran asignados entonces a los descifradores de dificultades, los maestros de la interpretación, si bien no era posible transmitir a *Interpretación difícil* la mayor parte de los sueños.

Mark-Alem se frotó las sienes pretendiendo expulsar de allí la sangre que se le había agolpado y se resistía a circular. Los símbolos se precipitaban por docenas en su cabeza: la serpiente y la columna, el humo, la novia coja, la nieve. Se mecían en una danza desenfadada en el interior de su cerebro, desalojaban de él las representaciones normales del mundo, las sustituían por sus movimientos frenéticos y disparatados. Pase lo que pase, a este sueño voy a darle la primera interpretación que se me ocurra, se dijo colocando ante sí una de las hojas. Adelante y que la suerte me acompañe.

Era el sueño del escolar de un colegio religioso de la capital: dos hombres habían encontrado un viejo arco iris caído. Lo habían puesto en pie trabajosamente, le habían limpiado el polvo, uno de ellos se había aplicado a

repintarlo, pero no había modo de que el arco iris volviera a la vida. Por fin, los dos hombres lo habían dejado caer y se habían marchado a toda prisa.

Vaya, se dijo Mark-Alem, apretando la pluma entre los dedos. Quiso empezar a escribir pero su arrebato de valor ya se había esfumado. A pesar de todo se dispuso a hacerlo. Sin pensarlo bien, o mejor dicho, enmendando en ese mismo instante su primera explicación del sueño, escribió al pie: Advertencia de... y alzó al instante la pluma del papel. Advertencia de... Advertencia de... ¡Dios mío! pero de qué puede advertir esta pesadilla, estuvo a punto de gritar. Si esto es un lamento, si esto es una locura... Borró las palabras "advertencia de...", y con furor empujó la hoja hacia el montón de sueños imposibles de interpretar. No, era mejor que lo expulsaran cuanto antes del trabajo, a mezclarse en aquel desvarío. Se sostuvo la frente con las manos y permaneció en esta postura con los ojos entornados.

—Mark-Alem, ¿qué te ocurre?— oyó la voz atiplada del supervisor de la sala. —¿Te duele la cabeza?

—Sí, un poco.

—No te inquietes, le sucede a todo el mundo al principio. ¿Necesitas ayuda?

—Gracias. Dentro de un rato iré yo mismo a pedirle algunas explicaciones.

—¿Ah, sí? Muy bien. He estado todos estos días esperando que lo hicieras.

—No quería importunarlo por cualquier cosa.

—Oh, no tengas ningún escrúpulo. Mi obligación consiste en ayudarte.

—Dentro de una hora— dijo Mark-Alem, —le llevaré algo con toda seguridad, aunque...

—¿Aunque qué...?

—No estoy del todo seguro. Quizá mis interpretaciones sean erróneas de pies a cabeza, si es que no son verdaderas bobadas.

El supervisor sonrió alejándose.

—Te espero— contestó.

Ahora ya no tengo escapatoria, se dijo Mark-Alem. Ahora, quiera o no quiera, deberé cumplir con mi trabajo igual que los demás. Adelante, se dio ánimos, salga lo que salga, y buscó la hoja de un sueño donde aparecía un grupo de hombres vestidos de negro que saltaban una zanja, alejándose después por un campo nevado. El sentido del sueño le pareció de pronto nítido: un grupo de funcionarios, cometida una acción contra el Estado, logran superar las dificultades que surgen ante ellos y caminan por un

campo nevado, que simboliza la caída de un gobierno.

Escribió a toda prisa esta explicación, pero no había terminado la última frase cuando se dijo: ¡pero si esto resulta casi un complot contra el Estado! Releyó su explicación y comprobó reconfortado que así era en verdad: algo semejante a un complot. Pero su expediente era el de *Vida civil* y la corrupción. Se le desplomaron las manos de desesperación y soltó la pluma. Para una vez que creía haber hecho algún progreso, se encontraba con un nuevo fracaso. Pero, espera, se dijo. Quizá no sea ni mucho menos así. Después de todo, sólo un paso separaba la corrupción del complot contra el Estado, con mayor razón si, como era el caso, los implicados eran funcionarios. Además, ¡ah, qué torpeza no haberlo pensado antes!, claro, además, la clasificación de los sueños no era más que aproximativa y nada se oponía a que en el cartapacio de *Vida civil* se encontraran sueños relativos a los grandes asuntos del Estado. Le habían repetido infinidad de veces que en el Tabir se consideraba digna de encomio la actitud de quienes buscaban con audacia señales de importancia incluso allí donde en apariencia no había más que signos ordinarios. Sí, sí, recordaba perfectamente bien esta recomendación. Se hablaba incluso de que muchos Suprasueños habían salido de los expedientes más vulgares.

Se sintió revivir. Antes de que se enfriara su entusiasmo, cogió uno tras otro cuatro sueños que ya había leído varias veces y, en un abrir y cerrar de ojos, escribió la correspondiente interpretación en cada hoja. Estaba satisfecho y se disponía a ocuparse de la hoja del quinto sueño, cuando un impulso inexplicable lo llevó a buscar nuevamente el primero y a leer la interpretación que había escrito al pie. La duda se apoderó al instante de él. ¿No me estaré confundiendo, no tendrá este sueño una interpretación distinta?, se repetía. Poco más tarde le pareció tener la completa seguridad de que la interpretación era equivocada. Un sudor frío le inundó la frente y con ojos mortecinos miraba aquellos renglones que su mano había garabateado poco antes con tanta celeridad y que ahora le parecían ajenos, hostiles. ¿Qué debía hacer? Al pronto se dijo: al diablo, ¿quién le va a prestar tanta atención a este sueño entre las decenas de miles que pasan por aquí?, y se aprestaba a dejar la hoja tal cual estaba, pero a último momento su mano volvió a retirarlo. ¿Y si alguien descubría el error? Con mayor motivo tratándose de un sueño que delataba a funcionarios del Estado. Además aquello podía llegar a saberse por algún medio en los círculos oficiales, y lo peor es que alguien podía tomarlo como una acusación contra sí mismo o contra su propio círculo. Investigarían quién había sido el autor de aquella interpretación y si llegaban a enterarse dirían: "Mira, mira, un

advenedizo recién entrado en el Tabir Saray, un tal Mark-Alem, con el primer sueño que interpreta pretende cubrir de fango a los altos servidores del Estado. No perdáis de vista a esa serpiente venenosa."

Cogió la hoja de la mesa con tanto arrebato como si temiera que alguien pudiera ver lo que estaba escrito en ella. Debía hacer algo para enmendar aquel desatino antes de que fuera tarde. Pero, ¿qué? Por su cabeza pasó la idea de hacer desaparecer el sueño sin más, pero enseguida recordó que cada expediente llevaba anotado en la cubierta el número de sueños que contenía. Sólo eso le faltaba, ir a parar a la cárcel como un malhechor. Otra cosa, se dijo, otra solución. Era preciso encontrar otra salida. Ah, si no se hubiera apresurado, si no se hubiera lanzado sobre la pluma como un insensato, ahora podría darle al sueño una explicación completamente distinta. Un impulso diabólico lo había empujado a teñir de negro aquella hoja para su propia desgracia. Y ahora todo estaba perdido. Pero, espera, se dijo sin apartar los ojos de su escritura que ya le resultaba odiosa, espera un poco, quizá no todo esté perdido. Cuando hubo leído la hoja por tercera vez, le sorprendió que no se le hubiera ocurrido antes. Un alivio inesperado se extendió desde sus sienes descendiendo por la garganta hasta los pulmones. A fin de cuentas, las correcciones eran una cosa muy habitual sobre un texto. Lo haría de tal modo que no llamara la atención, que pareciera un mero intento de precisar la frase, como mucho una corrección de estilo. Bastaba con añadir otro verbo. Leyó quién sabe cuántas veces más la frase: "Un grupo de funcionarios, cometida una acción lesiva contra el Estado...", y por fin, con mano temblorosa, tras la palabra "cometida" añadió "impedida" y corrigió el tiempo del verbo. La frase resultó con un sentido completamente opuesto: "Un grupo de funcionarios, tras haber impedido que se cometiera una acción lesiva contra el Estado...". Lo volvió a leer una vez, dos veces más y todo le pareció en regla. La corrección no saltaba demasiado a la vista. Y aunque lo hiciera, podía tomarse por un simple descuido en el curso de la escritura, enmendado por su autor al releerla. Tomó aliento aliviado. Bueno, finalmente, ya estaba hecho... (Mark-Alem, después de cometer una acción contra el Estado...). Miró en torno con terror. ¿Y si alguien hubiese advertido sus manejos? Qué locura, se dijo. El empleado más próximo, que trabajaba en su misma mesa, se encontraba tan lejos que no podría distinguir ni el título del expediente, mucho menos lo que él escribía. Qué suerte tener una caligrafía tan menuda, pensó luego y de nuevo suspiró con alivio. Ahora, superada aquella conmoción, podía descansar un poco. ¡Un trabajo diabólico aquél!

Echo un vistazo de soslayo a la sala. Los funcionarios trabajaban

sosegadamente, sumergidos en sus cartapacios. Ni el rasgar de las plumas se oía. Aquí y allá, alguno dejaba su asiento y con paso precavido, esforzándose por hacer el menor ruido posible, trasponía la puerta. Sin duda descendía al Archivo, para consultar interpretaciones de sueños semejantes a los que tenían entre manos, hechas con anterioridad, algunas de épocas pasadas, por descifradores ilustres. Gran Dios, suspiró Mark-Alem observando esas decenas de cabezas inclinadas sobre sus expedientes.

En los cartapacios se encontraba el sueño del mundo, ese océano de pavor sobre cuya superficie se afanaban en vislumbrar algunos signos perdidos, algunas señales. ¡Infortunados de nosotros!, gimió.

Se impuso la lectura de algunas hojas más, pero su cerebro estaba embotado. Sus ojos leían el texto de los sueños, pero él estaba ausente. Soldados con el rostro velado. Miles de zapatos en una plaza y sobre ella una cuerda tendida atravesándola. De nuevo la nieve, pero esta vez en el interior de grandes arcones, junto con la dote de... un hombre. ¡Vaya un cerebro trastornado!, pensó Mark-Alem y, repentinamente, con un sentimiento extraño semejante a la nostalgia, recordó su primer sueño en el interior de aquel Palacio. Tres zorros blancos sobre el minarete de la mezquita de la subprefectura. Un hermoso sueño, transparente, diáfano. ¿Dónde podría encontrarse ahora, entre aquel océano pavoroso? Vaya, exclamó y atrajo hacia sí una de las hojas. Debía descifrar al menos un par de ellos antes del descanso: pero la campanilla sonó cuando aún no se lo esperaba, interrumpiendo el trabajo, de modo que cerró el legajo.

En el sótano donde se tomaba el café y el salep imperaba la animación acostumbrada. Era el único lugar donde Mark-Alem tenía la oportunidad de sostener alguna charla, ya fuera con gente conocida o desconocida. En Selección había permanecido poco tiempo, por tanto no eran muchos sus conocidos de ese departamento, y aun más escasos los que llegaba a encontrar en el café. Además, aun cuando se topaba con ellos le producían una extraña sensación; le resultaban distantes, pertenecientes a una fase remota de su vida. Prefería entablar conversación con algún desconocido. En Selección no se había sentido ni un solo día satisfecho y puede que ésta fuera la razón de que eludiera el encuentro con sus empleados. En Interpretación los días habían transcurrido igualmente aburridos y sombríos, a excepción del presente en que por fin había logrado hacer algo. Quizá fuera ésta la causa de que, a diferencia de otras ocasiones, en que acostumbraba a bajar con el espíritu amargado, ese día se encontraba de mejor talante.

—¿Dónde trabajas?— le preguntó como al descuido al hombre frente

al cual había encontrado un espacio libre en la mesa cubierta de tazas vacías. El aludido se envaró de inmediato igual que ante un superior.

—En la Copistería, señor.

Mark-Alem no se había equivocado. Saltaba a la vista que era un funcionario recién admitido, igual que él mismo lo era un mes atrás.

—¿No estarás enfermo?— le preguntó después de sorber el café, asombrándose a sí mismo de su seguridad. —Estás muy pálido.

—No, señor— respondió el otro, depositando al instante el tazón de salep sobre la mesa. —Pero... tenemos mucho trabajo y...

—Sí, por supuesto— lo atajó Mark-Alem con el mismo tono trivial, sin que él mismo alcanzara a comprender de dónde procedía. —Sin duda nos encontramos en un período de afluencia de sueños.

—Sí, sí— confirmó su interlocutor cabeceando con tanta energía que Mark-Alem tuvo la impresión de que unos cuantos cabeceos más bastarían para que su endeble cuello se quebrara. —¿Y usted?— le preguntó, un tanto apocado.

—En Interpretación.

Los ojos del hombre se iluminaron por dentro, con esa suerte de sonrisa que parece significar: ya decía yo...

—Tómate el salep, se va a enfriar— dijo Mark-Alem al advertir que no se atrevía a alzar el tazón de la mesa.

—Es la primera vez que tengo la oportunidad de encontrarme con un señor de Interpretación. ¡Me siento tan honrado! ¡Y conmovido!

Dos o tres veces cogió el tazón y otras tantas lo volvió a dejar donde estaba, sin atreverse a acercárselo a los labios.

—¿Hace mucho que trabajas en el Palacio?

—Dos meses, señor.

Pues en dos meses has conseguido quedarte en los huesos, pensó Mark-Alem. ¿Cómo quedaría él al cabo de ese tiempo?

—Hemos tenido mucho, mucho trabajo últimamente— afirmó el de Copistería sorbiendo finalmente el salep. —Hemos estado haciendo horas extras todos los días.

—Salta a la vista.

El otro sonrió como diciendo: "¿Acaso es culpa mía?"

—Resulta que las cámaras de incomunicación están junto a nuestra oficina y, cuando necesitan copistas durante los interrogatorios, nos mandan llamar a nosotros.

—¿Cámaras de incomunicación?— lo interpeló Mark-Alem. —¿Qué es eso?

—¿Acaso no lo sabe?— se extrañó y Mark-Alem se arrepintió al instante de su pregunta.

—Nunca he tenido nada que ver con ello— murmuró, —aunque algo he oído decir.

—Están prácticamente pegadas a nuestro departamento.

—¿No serán las que se encuentran en esa ala del Palacio vigilada por centinelas?

—Justamente— respondió el hombre con satisfacción. —Los centinelas están justo a la entrada. ¿De modo que ha estado allí?

—Sí, he pasado, pero por otros asuntos.

—Dos pasos más allá están nuestras oficinas, por eso cuando tienen necesidad de copistas acuden a nosotros. ¡Oh, este trabajo es verdaderamente infernal! En este momento hay uno allí sometido a interrogatorio permanente desde hace cuarenta días.

—¿Qué ha hecho?— indagó Mark-Alem, acompañando a su pregunta de un bostezo para darle un aire menos premeditado.

—¿Cómo que qué ha hecho? Está bien claro lo que ha hecho— y miró con insistencia a Mark-Alem. —Es el autor de un sueño.

—El autor de un sueño, ¿y qué?

—En esas salas, como puede que sepa, se encierra a los autores de sueños que el Tabir Saray juzga necesario convocar para pedirles explicaciones adicionales en torno al sueño que han enviado.

—Ah, sí, algo creo haber oído— respondió Mark-Alem y a punto estuvo de volver a bostezar, pero entretanto distinguió por primera vez cómo se enfriaba el ardor en los ojos del copista.

—Quizá no debiera haber hablado de algo que se considera secreto, como todo aquí, pero ya que usted, tal como dijo, trabaja en Interpretación, imaginé que estaba al tanto de estas cosas.

Mark-Alem rió.

—¿Te arrepientes de haber hablado? En efecto, trabajo en Interpretación y conozco secretos mucho más importantes que los que has mencionado.

—Naturalmente, naturalmente— concedió el otro, cuya expresión recuperaba el entusiasmo anterior.

—Aparte de eso— añadió Mark-Alem bajando la voz— yo pertenezco a la familia Qyprilli, de modo que no temas que...

—Oh, señor, me lo decía el corazón... Oh, gran Dios, qué suerte que se haya dignado a cambiar unas palabras conmigo.

—¿Y cómo va el asunto de ese hombre encerrado en la cámara de

incomunicación?— lo interrumpió Mark-Alem. —¿Progresas?, tú eres el copista, ¿no es así?

—Sí, señor, allí he estado trabajando todos estos días. De allí vengo ahora. ¿Qué cómo va ese asunto? Pues, cómo le diría... Han llenado ya cientos de páginas con su declaración. Es comprensible que esté derrumbado, pero no es culpa suya. Es un hombre anodino, de una subprefectura perdida del extremo oriental. Ni se le había pasado por la cabeza que vendría a parar al Tabir por mandar aquel sueño suyo.

—¿Y qué tiene ese sueño para ser tan importante?

El otro se encogió de hombros.

—Ni yo mismo lo sé. A primera vista parece sencillo, pero algo debe de tener para que le den tanta importancia. Dicen que Interpretación lo ha devuelto para un esclarecimiento complementario. Y ahí lo tiene, lleva ya qué sé yo el tiempo y sigue sin aclararse nada, cada vez se embrolla más el asunto.

—No lo comprendo, ¿qué es lo que se le puede pedir al autor de un sueño?

—Es difícil decirlo, señor. Yo tampoco lo entiendo muy bien. Lo que le reclaman son unas precisiones minuciosas, sorprendentes. Es comprensible que no esté en condiciones de darlas. Ha pasado tanto tiempo desde que tuvo el sueño... Por otro lado, después de tantos días aquí encerrado, no sabe ni dónde está. Lógicamente, a estas alturas, en su memoria no queda ni rastro del sueño.

—¿Es frecuente que venga gente así?— preguntó Mark-Alem.

—No creo. Dos o tres al año, no más. De lo contrario la gente se asustaría y lo pensarían antes de enviar sus sueños.

—Claro. ¿Y qué se va a hacer con él ahora?

—Continuará el interrogatorio hasta, hasta...— el copista extendió los brazos, —no tengo ni idea hasta cuándo.

—Vaya. Resulta sorprendente— comentó Mark-Alem. —De modo que no es ninguna trivialidad enviar sueños al Tabir Saray. Un buen día puede llegarte una citación para que te presentes.

Quizás el hombre habría dicho aún algo más, pero en ese momento sonó la campana y los dos, después de saludarse, se separaron.

Mientras subía las escaleras, Mark-Alem no lograba apartar de su memoria cuanto había escuchado del copista. ¿Qué sentido tenían aquellas cámaras de incomunicación? En apariencia eran algo demencial, absolutamente inexplicable, pero no debía de ser así. Sin lugar a dudas era una especie de encarcelamiento. Pero ¿por qué? Lógicamente, a estas alturas

no queda ni rastro del sueño en su memoria, había dicho el copista. Ésa debía de ser la verdadera razón del confinamiento del infeliz: hacerle olvidar su sueño. Interrogatorios agotadores día y noche, declaraciones interminables, reclamación de supuestas precisiones acerca de unas imágenes que, por su propia naturaleza, jamás pueden ser precisas, hasta que el sueño se descompusiera y se perdiera definitivamente en la memoria de su autor. En una palabra, un lavado de cerebro, pensó Mark-Alem. O un "desueño", si pudiera utilizarse una palabra así, lo mismo que se dice descolocar por lo contrario de colocar, o demente como opuesto a mente. Cuanto más lo pensaba más se convencía de que ésa era la única explicación. Eran, al parecer, chisporroteos de ideas peligrosas que el Estado, por una u otra razón, debía aislar, lo mismo que se aísla el microbio de la peste hasta neutralizarlo.

Había llegado a lo alto de las escaleras y caminaba ahora por el largo corredor en compañía de decenas de funcionarios, que eran sucesivamente engullidos por las puertas abiertas a ambos lados. A medida que se aproximaba a la sala de Interpretación sentía que lo abandonaba la pasajera seguridad experimentada en la cafetería, igual que toda seguridad fundada en la sumisión de otro. En su lugar comenzó a sentir nuevamente la opresión de la angustia, lenta, rítmica, a la par que él recuperaba su verdadera condición de funcionario anónimo, perdido en el gigantesco mecanismo.

Vio desde lejos su mesa con el cartapacio encima y caminó para sentarse ante ella como ante la orilla del sueño del mundo, de cuyas tinieblas surgían olas negras amenazantes, procedentes de quién sabe qué profundidades. ¡Oh, Dios!, suspiró, ¡protégeme, Dios Todopoderoso!

El tiempo había empeorado aun más. Aunque encendían desde por la mañana las estufas de cerámica alimentadas con carbón, las salas continuaban estando heladas. No comprendía de dónde procedía aquel frío glacial. ¿No lo adivinas?, le había dicho un tipo con el que se había topado tomando café en el sótano. Emanan de los cartapacios. De ahí es de donde nos vienen todos los males, muchacho. Mark-Alem había aparentado no escucharlo. ¿Qué otra cosa esperas que surja de los territorios del sueño?, continuó el otro. Son prácticamente los mismos que los de la muerte. ¡Desdichados de nosotros, que debemos trabajar con esos cartapacios...! Mark-Alem se había ido sin decir palabra. Quizá fuera un provocador, pensó más tarde. Cada vez estaba más convencido de que el Tabir Saray estaba repleto de tipos singulares y de toda clase de secretos.

Qué es lo que no había escuchado durante aquel tiempo acerca del Tabir y lo que allí dentro se hacía: a primera vista parecía que los funciona-

rios no hablaban de ello, pero pasaban los días y de una frase susurrada en el café, de otra oída casualmente en el pasillo, en la puerta de salida o en la mesa del vecino, poco a poco, de modo imperceptible, se construían en su memoria mosaicos enteros que no se borraban con facilidad. Por ejemplo, ciertas voces afirmaban que el sueño individual, como visión privada de cada persona, no era más que una fase transitoria de la humanidad, que llegaría un tiempo en que los sueños perderían esa cualidad e, igual que los gestos u otras acciones del hombre, también los sueños se tomarían perceptibles para todos. En una palabra, así como una planta o un fruto permanecen durante cierto período bajo tierra, hasta que les llega el tiempo de brotar y salir a la superficie, también las visiones oníricas del hombre se encontraban por el momento sumergidas en el interior del sueño, mas eso no significaba que siempre fuera a ser así. Un buen día saldrían a la luz del sol, ocuparían su lugar junto al pensamiento, la experiencia y la acción humanas; en cuanto a si sería conveniente o no, si el mundo mejoraría o empeoraría cuando sucediera, sólo Dios lo sabía.

Otros afirmaban que el Apocalipsis no era sino el día en que los sueños saldrían de la cárcel del dormir, pues la resurrección de los muertos que la gente concibe de forma trivial y metafísica, se produciría precisamente de ese modo. ¿No eran acaso los sueños mensajes enviados por ellos? Esta reivindicación secular de los muertos, este ruego, lamento, protesta, llámese como se quiera, será un día tomada en cuenta.

Había también quienes, aun admitiéndolo, lo explicaban de manera del todo opuesta. La salida a la superficie de los sueños, decían, al ámbito de nuestro mundo, no representaría sino su consunción, su muerte. Es así como los vivos romperían definitivamente con las angustias de los muertos, y por tanto con el pasado, ruptura que algunos consideraban una desgracia y otros una liberación, un verdadero rejuvenecimiento del mundo.

Todas estas especulaciones extenuaban el cerebro de Mark-Alem. Más obsesionantes, sin embargo, eran aquellos días interminables y carentes de color en que no se hablaba de nada ni sucedía nada, y él se veía obligado a trabajar inclinado sobre el expediente, pasando de un sueño a otro sueño, como a través de la bruma, que en ocasiones parecía disiparse, pero que en general era opaca y cargada de tristeza.

Era viernes. Los encargados del Sueño Maestro debían desempeñar aquel día una actividad febril. Sin lugar a dudas, el Sueño Maestro habría sido escogido ya y se dispondrían a llevarlo al Palacio del Soberano.

Afuera, la carroza con el emblema imperial esperaba hacía tiempo, rodeada de guardias. El Suprasueño partiría, pero incluso después de su

marcha el departamento continuaría presa de la ansiedad, o al menos de la curiosidad por saber cómo sería acogido el sueño en el Palacio del Sultán. Habitualmente el eco les llegaba al día siguiente: el Badijá había quedado satisfecho, o bien el Badijá no había dicho nada y, en ocasiones incluso el Badijá se mostraba descontento. Pero esto último sucedía rara vez, muy rara vez.

De cualquier manera, los días en ese departamento eran más animados y discurrían de modo distinto. La semana pasaba con rapidez cuando se esperaba la llegada del viernes. Pero el resto del tiempo era tedioso, monótono, gris.

Y si embargo, pensó Mark-Alem, todos soñaban con ser transferidos a Interpretación. ¡Si supieran cómo se arrastran las horas aquí! Y para colmo, aquella angustia permanente flotando por doquier (desde que habían encendido las estufas, Mark-Alem tenía la sensación de que la angustia olía a carbón).

Se inclinó sobre el cartapacio y prosiguió la lectura. Ya se había familiarizado en cierta medida con el trabajo y lograba encontrar con mayor facilidad una interpretación para los sueños. En pocos días daría fin a su primer expediente. No le quedaban más que unas cuantas hojas. Leyó algunos sueños fastidiosos que hablaban de agua sucia, negra, de un gallo enfermo que se había hundido en el cieno y de un reumatismo escapado del cuerpo de un asistente a una cena de infieles. Qué escoria, se dijo y soltó la pluma. Era como si el desperdicio hubiera quedado para el final. Su mente se trasladó de nuevo a las salas de los encargados del Sueño Maestro, tal como se evoca, en un ambiente en particular aburrido, la casa en que se llevan a cabo los preparativos para una boda. No había visto nunca aquellas salas, ni siquiera tenía idea de en qué ala del Palacio se encontraban aunque tuviera la convicción de que, contrariamente a las demás, dispondrían de grandes ventanales hasta el techo, por los que penetraría una iluminación solemne, ennobleciendo a las personas y a las cosas.

Bueno, murmuró para sí Mark-Alem y volvió a alzar la pluma. Se propuso trabajar sin interrupción hasta que sonara la campanilla anunciadora del final de la jornada. Le habían quedado dos hojas para terminar la interpretación del contenido total del expediente. Lo mejor sería leerlas y desembarazarse de aquella entrega de una vez por todas.

El ruido de los empleados abandonando las mesas y dirigiéndose a la salida lo rodeaba por todas partes. Poco después, cuando se restableció por fin la calma, sólo quedaban en la sala quienes habían decidido trabajar fuera de horario. Mark-Alem sintió que lo poseía el vacío dejado por los

funcionarios al marcharse. Era el mismo vacío que había experimentado cuantas veces se quedaba después de finalizada la jornada normal, pero ¿qué iba a hacer para evitarlo? Era aconsejable hacer de vez en cuando horas extraordinarias por propia iniciativa, aparte de los casos de permanencia obligada. Se había resignado ya a perder aquella tarde. Hizo una profunda inspiración, un suspiro en realidad, y comenzó a leer una de las dos hojas. Vaya, se dijo cuando hubo leído el primer renglón. ¿Dónde había visto antes aquel sueño? Un terreno abandonado lleno de basuras junto a un puente y un instrumento musical... Estuvo a punto de lanzar un grito de sorpresa. Era la primera vez que se tropezaba con un sueño que hubiera pasado por sus manos cuando trabajaba en Selección. Se alegró como si encontrara a un viejo conocido, volvió la cabeza a ambos lados con el deseo de compartir con alguien aquella coincidencia, pero eran muy escasas las personas que quedaban en la sala y el más próximo se encontraba al menos a diez pasos.

Estimulado aún por el pequeño acontecimiento comenzó a leer el texto del sueño, al principio sin acabar de concentrarse, con creciente atención después. No lograba extraer de él ninguna significación especial aunque no se inquietó por ello. A primera vista muchos sueños parecían carentes de sentido, como una pared lisa donde no se encuentra un asidero al cual aferrarse, pero bastaba accionar un pequeño resorte para que se descubriera de pronto una cara oculta del sueño. Terminaría también por encontrar la clave de éste. Tenía ya cierta experiencia en su trabajo. El solar repleto de basuras, el viejo puente, el instrumento musical desconocido y el toro enfurecido. La simbología era en verdad abundante, mas no llegaba a establecer su trabazón interna. La relación entre los símbolos de un sueño solía ser más importante que los símbolos mismos. Probó a vincularlos por pares: el puente con el toro, el instrumento musical con el terreno abandonado, después el puente con el instrumento musical, el solar con el toro, de nuevo el toro con el instrumento musical. Parecía surgir cierto significado de la última relación: toro-instrumento y música-puente. Sin embargo resultaba ilógico: un toro (una fuerza brutal incontrolada), excitado por la música (astucia, secreto, propaganda incesante), destruiría el viejo puente. Si en lugar del puente hubiera una columna, el muro de un castillo o cualquier otro símbolo del Estado, el sueño podría tener sentido, pero el puente no representaba nada parecido. En general éste era símbolo de algo beneficioso para la gente, como fuentes, caminos... Pero, espera un poco..., se dijo, y sintió que una intensa opresión le cortaba el aliento. ¿No era el puente el origen mismo de su apellido...? ¿Y si fuera un presagio...?

Volvió a leer el texto y su respiración recuperó el ritmo normal: el

toro no se abalanzaba en absoluto sobre el puente. Se limitaba a rondar por el terreno abandonado.

Vaya un sueño delirante, se dijo. La alegría por haberlo encontrado en su legajo fue sustituida por el desdén. Ahora recordaba que ya entonces, cuando lo leyó en Selección, le había parecido carente de sentido. ¡Cómo no lo había arrojado al cesto de los papeles! Mojó la pluma en el tintero y se dispuso a escribir sobre la hoja: "Indescifrable", pero la mano se detuvo un instante en suspenso. ¿Lo dejaba para volver a leerlo al día siguiente? ¿Consultaba con el supervisor? En realidad aunque la consulta estaba admitida, no estaba bien vista si se recurría a ella en exceso. Se estaba poniendo nervioso. Lo mejor sería que acabara de una vez con aquel expediente, ya lo había retenido demasiado tiempo...

Cogió el último sueño y lo resolvió a toda prisa, para regresar sobre el que había dejado pendiente. Dudaba, preguntándose si debía escribir sobre él la palabra "indescifrable", entregar el cartapacio y marcharse, cuando el jefe de Interpretación entró en la sala. Cambió unas palabras con el supervisor, después echó una ojeada en derredor como si contara a los que se habían quedado y volvió a dirigirse al supervisor.

—Tú, y tú— se escuchó la voz de este último cuando el jefe se hubo marchado. Mark-Alem volvió la cabeza, —y vosotros dos allí. Y tú, Mark-Alem. Todos vosotros os quedaréis esta tarde a trabajar. Me acaba de comunicar el jefe la llegada de un expediente con carácter de urgente, cuyo descifre debe quedar terminado hoy mismo.

Nadie dijo una palabra.

—Mientras traen el cartapacio id a tomar algo a la cafetería— añadió el supervisor. —Puede que nos veamos obligados a permanecer hasta muy tarde.

Uno tras otro salieron de la sala. Por los corredores se escuchaban aquí y allá los chasquidos de las llaves y de los picaportes de las puertas. Salían los últimos rezagados.

La cafetería parecía desolada a hora tan tardía. Los escasos dependientes con los rostros crispados por la fatiga, una parte de las mesas apartadas a un lado para hacer la limpieza, todo aquello envenenaba el ánimo. Mark-Alem pidió un tazón de salep y un panecillo, y fue en busca de un lugar en el rincón más apartado. No quería que nadie lo importunara. Tomó pausadamente la infusión, mordisqueando con desgana el panecillo y después salió con andares lentos, sin volver la cabeza a derecha ni a izquierda.

Durante un rato caminó aturdido por la galería interminable de la

planta baja. Aún no había oscurecido, pero todo se iba sumiendo en la penumbra. Por la gran claraboya de la rotonda se derramaba la última iluminación del día. No tenía por qué apresurarse y podía dar un paseo hasta allí, antes de encerrarse en la irritante sala de trabajo. Todavía se oía el crujido de alguna puerta al cerrarse. La galería estaba completamente desierta y de pronto experimentó cierta satisfacción ante la oportunidad de deambular en soledad por aquel vacío colosal, al fondo del cual la claraboya irradiaba una luminosidad que, incluso sin el polvo de los cristales, habría resultado grisácea.

Mark-Alem había llegado hasta la rotonda y se disponía a regresar, tras alzar la cabeza bajo el ventanal como desde el fondo de un abismo, cuando le pareció sentir un ruido en aquel silencio absoluto. Se detuvo y prestó atención. Parecía ruido de pasos aproximándose de forma progresiva. Quizá sean los guardias que vigilan el cierre de las puertas, pensó y decidió marcharse, mas algo se lo impidió. El ruido llegaba ahora hasta él desde más cerca, a través de un corredor adyacente que desembocaba en la galería principal. Se pegó a la pared y permaneció a la espera. ¡Oh, Dios!, exclamó para sus adentros cuando en la encrucijada apareció un grupo de personas portando a hombros un ataúd negro. Ellos ni siquiera se fijaron en él y desaparecieron inmediatamente en la prolongación del pasillo lateral. El autor del sueño llegado de provincias, se dijo, mientras los pasos se perdían en la distancia. Miró a su alrededor. Se encontraba justo en el mismo lado lugar donde aquel día se había topado con el vigilante de las cámaras de aislamiento. Dios mío, sin duda era él.

Un tormento corrosivo que crecía con rapidez se apoderó de su ser mientras subía las escaleras. Se había acordado varias veces del desdichado autor del sueño, pero nunca habría imaginado que su destino pudiera llevarlo a ese final trágico. En la cafetería había buscado con la mirada repetidamente, con la esperanza de hallar al copista y preguntarle por la suerte de aquel hombre, si lo habían liberado por fin o aún lo mantenían allí. Pero, por lo visto, el infeliz no había logrado olvidar del todo su sueño. O quizás estuviera previamente establecido que todos los convocados al Tabir Saray terminaran de ese modo. ¡Monstruoso!, pensó, asombrándose a sí mismo de su inesperado furor. No te basta con lo demás, necesitas devorar también a los seres humanos...

Sobre la mesa vio un nuevo expediente, depositado al parecer allí por el supervisor en su ausencia. Lo hojeó casi con odio y comprobó que no contenía más de cinco o seis hojas. Debía analizarlas todas aquella misma tarde. Habían encendidos las lámparas de la sala. El frío se había acentuado,

quizá porque nadie le hubiera echado carbón a la estufa desde temprana hora de la tarde. Cuando se disponía a iniciar la lectura del primer sueño se dio cuenta de que el texto llenaba toda la hoja, incluso, cosa en extremo poco frecuente, continuaba en la siguiente. Pasó la hoja para apreciar la extensión del relato de aquel sueño y entonces comprobó que tampoco terminaba en la página segunda ni siquiera en la tercera, hasta que, para su asombro, descubrió que las seis páginas del expediente no contenían más que la descripción de un único sueño. Era la primera vez que caía en sus manos un texto tan largo. Debe de ser un sueño verdaderamente singular, pensó, y comenzó a echarle una mirada, sin fijarse siquiera en las anotaciones acerca del nombre y la dirección del autor del sueño. Iba a tener que pasarse toda la tarde con aquel largo delirio, sin duda indescifrable, producto a todas luces de una terrible noche de angustia.

El sueño era en verdad así, delirante. Por lo general los delirios se los adjudicaban a los intérpretes más calificados. Se decía incluso que tiempo atrás, tanto en Selección como en Interpretación, eran agrupados en un cartapacio especial que se denominaba precisamente "Cartapacio de los delirios". Pero más tarde, por razones no demasiado claras (se decía que la verdadera razón consistía en la tendencia a considerar esos cartapacios como el *non plus ultra*), se abolió esta práctica y desde entonces los delirios se distribuían, de acuerdo con su contenido, entre los distintos grupos de sueños. No obstante, a la hora de dividir el trabajo, los interventores de las salas velaban por que su análisis e interpretación les fueran confiados a los funcionarios más expertos. Mark-Alem no sabía cómo interpretar el hecho de que le hubieran adjudicado uno. ¿Como una muestra de excesiva confianza en sus facultades por parte de los directivos del departamento o quizá como un acto malintencionado? Entretanto iba leyendo el texto con creciente fruición. El sueño era en verdad extraordinario. Comenzaba con una partida de espantapájaros que recorrían una estepa abonada con la carroña pestilente de tigres muertos en el siglo XI. Toda la primera página del texto estaba dedicada a la descripción del avance de los espantapájaros los cuales, al parecer, proferían insultos contra el volcán Krtoh... rtoh... krt... (su nombre no cesaba de derrumbarse al igual que su ladera occidental), mientras sobre la estepa brillaba una estrella demente. Después, el autor del delirio, que se encontraba en las proximidades, en sus esfuerzos por meterse bajo tierra, había tropezado con el atisbo de un día luminoso cual un diamante, escondido por no se sabe quién bajo el barro, un día del tiempo universal, un fragmento indisoluble, indestructible hasta por el fuego. El resplandor de esta esquirra de día surgida entre el barro lo deslumbró y, de

ese modo, cegado, se encontró de pronto en el infierno.

Qué locura, se dijo Mark-Alem con el ánimo desconcertado. No obstante prosiguió la lectura. La siguiente parte del texto estaba dedicada a la descripción del infierno, pero un infierno distinto de la concepción habitual, poblado no de personas sino de estados muertos, cuyos cuerpos se hallaban torpemente tendidos unos junto a otros: imperios, emiratos, repúblicas, monarquías constitucionales, confederaciones. Hum, se dijo, vaya, vaya. En contra de lo que había creído al inicio, el sueño parecía ser, dejando a un lado otros aspectos, peligroso. Volvió la hoja en busca del nombre del valeroso remitente y leyó: *Sueño visto en la segunda mitad de la noche del 19 de diciembre por el huésped X en la Posada de los Dos Robertos (Bajalato de Albania Central)*. ¡Ah, el pájaro ha conseguido escabullirse!, pensó, no sin cierta sensación de alivio. (En su imaginación se dibujó fugazmente el ataúd cubierto de tela oscura, que viajaba sin duda en aquellos momentos hacia el gran cementerio de la capital.) Ha presentido la trampa y a último momento ha puesto tierra por medio, se dijo. Se arrellanó en su asiento y continuó la lectura. Los estados muertos y descendidos a los infiernos no eran sometidos a ningún padecimiento de los que habitualmente se imagina les son impuestos a las personas. Por lo demás, este infierno poseía la peculiaridad de que se podía volver a salir de él y regresar sobre la Tierra. Y así, un buen día, estados muertos tiempo atrás, considerados cadáveres por todos, podían alzarse lentamente y reaparecer sobre la faz del mundo. Únicamente, igual que los actores antes de salir a escena para interpretar un nuevo papel, también a ellos se les daban los retoques de maquillaje necesarios, se les cambiaba el nombre, los símbolos y la bandera aunque en esencia continuaban siendo idénticos a sí mismos. Vaya, vaya, murmuró de nuevo Mark-Alem. Acostumbrado desde la infancia a las conversaciones sobre el Estado y los asuntos de gobierno, captó de inmediato el designio del autor del sueño. Era evidente que, con excepción del principio, el sueño era inventado. Encontró extraño que a Selección le hubiese pasado inadvertido el hecho. O puede que lo hubieran dejado pasar a propósito... Más, ¿con qué objeto? ¿Y por qué adjudicárselo precisamente a él? Encima, de aquel modo, con tantas prisas y fuera de horario. Sintió un estremecimiento en la columna vertebral, sin que por ello sus ojos abandonaran la lectura del texto. "Vi el Estado de Tamerlán, al que estaban repintando para cubrirle las manchas de sangre, pues se preparaba para volver a salir a la superficie. Más allá vi el Estado de Herodes, al que sometían a idéntica operación. Según me dijeron, aquélla sería la tercera vez que aparecía sobre la Tierra y volvería a hacerlo quién sabe cuántas veces, des-

pués de ser abatido en apariencia."

Con dedos temblorosos, Mark-Alem apartó las hojas. La provocación era manifiesta. Pero él no iba a caer en aquella trampa. Encontraría el modo de burlarlos. Tomaría la pluma y escribiría en el espacio reservado a su dictamen: sueño inventado con propósitos de provocación contra el Estado, con tal o cual fin, conteniendo esta y aquella alusión. Sí, justo así lo escribiría. Los estados contemporáneos, incluyendo el Imperio Otomano, no eran otra cosa, según el remitente del delirio, que viejas estructuras sangrientas, enterradas por el tiempo, para retornar después como espectros.

A Mark-Alem le gustó esta formulación, hasta levantó la pluma para escribirla en seguida, pero al instante se apoderó de él la duda: si le dijeran, ¿cómo es que estás tan al corriente de estas cosas, Mark-Alem? Dejó la pluma en su lugar. Bajo ningún concepto debía exponerse hasta tal punto. Mejor sería redactar de forma más sencilla la explicación del delirio. Sueño inventado que apesta a provocación, remitido con intenciones malévolas, cosa que evidencia asimismo la ausencia del nombre y dirección de su autor.

Así es como lo escribiría aunque, por otra parte, no tenía por qué precipitarse. Todos los que se habían quedado a trabajar permanecían aún allí. Miró alrededor. La luz pálida de las lámparas tornaba aun más triste el aspecto de la sala, con los escasos funcionarios dispersos aquí y allá. El frío era cada vez más intenso. Habría sido preferible no quitarse la pelizza. ¿Cuánto tiempo deberían permanecer todavía allí? Observó que sólo dos de sus compañeros estaban escribiendo. El resto, lo mismo que él, sostenía la cabeza entre las manos y meditaba. ¿Les habrían entregado a ellos sueños ordinarios o delirios como a él? Cabía dentro de lo posible que únicamente el suyo lo fuera. Los delirios eran escasos, como tiburones atrapados por casualidad en las redes repletas de peces comunes. Aun así, quizá todos fueran iguales. El hecho de que hubieran llegado de aquel modo, repentinamente, a una hora tan tardía, a punto de finalizar la jornada... Algo debía de haber en todo aquello. Mark-Alem volvió a estremecerse.

Uno de los dos funcionarios que había estado escribiendo se levantó por fin, se acercó al supervisor y, una vez que le hubo entregado su expediente, se marchó. Mark-Alem volvió a empuñar la pluma, pero pensó que aún le sobra tiempo y la volvió a dejar. Redactar la explicación no le llevaría más de un cuarto de hora, mejor sería quedarse un rato más. Toda clase de pensamientos sombríos se agitaban en su cabeza.

Media hora después se marchó otro funcionario. Mark-Alem sentía los pies helados y la idea de que también las manos se le iban enfriando y de que si permanecía más tiempo así corría el peligro de no poder siquiera

manejar la pluma lo hizo salir por fin de su enfrascamiento y ponerse a escribir. Mientras lo hacía escuchó que alguien más abandonaba la estancia, pero no alzó la cabeza para comprobar quién era. Cuando hubo acabado de escribir, vio que en la sala, además del supervisor, sólo quedaban otros tres funcionarios. Esperaré a que se vaya uno y después me levantaré, se dijo. Su pensamiento, sin explicación aparente, fue a parar a aquel hospedaje con su sorprendente nombre: *Posada de los Dos Robertos*, donde había sido concebido o urdido aquel delirio. Intentó imaginar al viajero de rostro pálido que, por la mañana temprano, una vez depositado el sobre cerrado en el buzón de correos adosado quizá a la vieja puerta de la fonda, se había alejado con una sonrisa diabólica en los labios.

El crujir de una silla le arrancó bruscamente de sus pensamientos. Se había marchado otro. Cuando ya no quedaban más que dos funcionarios aparte del propio Mark-Alem, a éste le pareció que sería preferible que él, como el más nuevo en el trabajo, se marchara, si no el último, al menos el penúltimo. De modo que esperó a que saliera otro. Ahora me levantaré, se dijo por fin, cuando quedó efectivamente con la única compañía del penúltimo funcionario. Probablemente el supervisor no esperaba sino que terminaran cuanto antes.

Se levantó y cerró el legajo. Debía de ser muy tarde. A juzgar por el aspecto de su cara, el supervisor estaba tan cansado como los demás. Mark-Alem se le acercó, le entregó el documento y en voz baja le dijo: "¡Buenas noches!".

—Buenas noches, Mark-Alem. ¿Sabes por dónde salir? A estas horas todas las puertas del Tabir están cerradas.

—¿Ah, sí?— Era la primera vez que escuchaba cosa semejante. —Entonces, ¿cómo se sale?

—Por el patio trasero, por Recepción. Seguro que no has estado nunca allí, pero es fácil de encontrar. A esta hora sólo están encendidos los faroles de los pasillos y las galerías que conducen allí. No tienes más que seguirlos.

—¡Gracias!

Salió al pasillo y vio que, en efecto, era así: los faroles estaban encendidos únicamente en un sentido. Caminó en esa dirección escuchando el eco de sus pasos, que le parecía completamente diferente en aquella soledad. ¿Y si me perdiera?, se dijo dos o tres veces. Quizá habría sido mejor salir en compañía de algún otro funcionario que conociera el camino. Cuanto más se alejaba, más lo poseía la sensación de inseguridad. Desde el corredor principal, siempre siguiendo los faroles encendidos, dobló por un paso lateral y de nuevo desembocó en una galería extraordinariamente larga.

Todo desierto. La pálida iluminación de los faroles se perdía en la distancia. Descendió un par de escalones y se encontró en otra galería muy estrecha rematada por una bóveda. Los faroles, aunque más escasos y más pálidos ahora, se alineaban delante de él. Cuánto más va a durar esto, se dijo. En determinado momento tuvo la intuición de que tras el siguiente recodo de la galería se daría de bruces con el grupo de hombres que llevaba a hombros el ataúd del autor del sueño, que quizá vagaban aún por los corredores del inmenso edificio sin encontrar la salida. Si continuó deambulando así mucho tiempo voy a volverme loco. ¿Debía detenerse a la espera, quizá, quién sabe, de que apareciera alguien y le indicara el camino, o debía volver sobre sus pasos, hacia Interpretación, para salir con los demás? Esta última idea le pareció más razonable, pero la duda la desplazó al instante: ¿y si no lograba encontrar el camino? El diablo sabía si aquellos faroles escuálidos conducían verdaderamente a donde debían.

Siguió caminando. Sentía la boca seca aunque se esforzaba por serenarse. A fin de cuentas, aun cuando se extraviara de veras, tampoco iba a ser ningún desastre. No se encontraba ni en mitad del campo ni en el bosque sino en el interior del Palacio. Eso pensaba, pero la sola idea de tener que quedarse allí le producía pavor. ¿Cómo iba a pasar la noche entre aquellos muros, aquellas salas, aquellos sótanos repletos de sueños y delirios aberrantes? Era preferible estar en el campo helado o en un bosque infestado de lobos. ¡Cien veces preferible!

Apretó el paso. ¿Cuánto tiempo hacía que caminaba? De pronto le pareció escuchar una algarabía lejana. Se detuvo. ¿Será que me zumban los oídos?, se preguntó y continuó el camino. Poco después el vocerío se repitió, más audible esta vez aunque no le resultó posible averiguar su procedencia.

Siempre siguiendo la hilera de faroles encendidos, descendió un par de escalones y se encontró en otro corredor que debía de pertenecer a la planta baja. Las voces se perdieron unos instantes y al poco volvieron a oírse, esta vez más próximas. Con el oído alerta, Mark-Alem caminaba a paso vivo, temeroso de perder aquel sonido que ahora le parecía su única esperanza. En realidad, el rumor se debilitaba unas veces y otras subía de tono, pero en todo caso no se extinguía. En una ocasión hasta creyó tenerlo muy cerca, pero enseguida volvió a llegarle lejano. Caminaba casi a la carrera, sin despegar la mirada del fondo del corredor donde se dibujaba un rectángulo turbiamente iluminado desde el exterior. ¡Gran Dios, imploró, debe de ser la salida trasera!

Era en efecto así. Se aproximó aun más y se convenció de que aquello

era una puerta. Tomó aliento aspirando profundamente y sus miembros se liberaron al instante de la tensión, tanto que sintió cómo le flaqueaban las piernas. Avanzó tambaleante en dirección a la abertura por donde penetraba en el corredor, junto con el aire fresco, la algarabía que había venido escuchando. El cuadro que se desplegó brutalmente ante sus ojos al llegar al umbral de la puerta era más que asombroso: el patio trasero del Palacio, salpicado de una luz artificial muy distinta de la interior, una luz inquieta, desnuda, que la niebla sofocaba en unos lugares y atizaba en otros, enlodándola contra el empedrado mojado, sobre el cual se agitaban personas, caballos, carruajes, algunos de éstos con los faroles encendidos, otros no, en completo desorden, se diría que alumbraba una pesadilla. La lividez de la niebla y sobre todo los relinchos de los caballos que la surcaban en todas direcciones conferían a la iluminación desgajada de los faroles una apariencia casi sobrenatural.

Mark-Alem se quedó clavado en el vano de la puerta, sin dar crédito a sus propios ojos.

—¿Qué es esto?— le preguntó a alguien que pasaba con un manojo de escobas en los brazos.

El interrogado volvió la cabeza con sorpresa, pero percibió en su pelliza el emblema del Tabir y respondió con voz cordial:

—Los portadores de sueños, *aga*, ¿no los ve?

Eran ellos en verdad. ¿Cómo no se le había ocurrido? Allí estaban, con sus pellizas de piel y las botas embarradas, igual que los carruajes, también cubiertos de barro y ostentando todos el emblema del Tabir en la trasera.

Su mirada se detuvo sobre el extremo derecho del patio, en un sobradillo alumbrado por dentro, del que entraban y salían los portadores de sueños. Allí debía de encontrarse el departamento de Recepción que, según se decía, trabajaba día y noche. Sin reconocer la causa que lo impulsaba caminó por el empedrado mojado y resbaladizo —entre el ajeteo de los hombres y las caballerías, una parte de las cuales buscaban espacio para estacionarse—, se acercó al sobradillo y penetró bajo su techumbre. Allí la algarabía era mayor que en el patio. Contra largos mostradores, decenas de portadores de sueños, que al parecer habían finalizado los trámites en las ventanillas de entrega o que esperaban a que les llegara el turno, tomaban café o salep, comían panecillos con *qofte*^{*}, cuyo agradable aroma inundaba la estancia.

* *Qofte*. Especie de albóndigas.

Se aventuró entre las rudas espaldas de los hombres cubiertos con pellizas de cuero que deambulaban descuidadamente en torno, mascullando, riendo y maldiciendo en voz alta.

Allí estaban, aquéllos eran los famosos portadores de sueños que él había imaginado cuando niño como correos celestiales, recorriendo los senderos del Imperio sobre sus carrozas azules. Una parte de ellos tenían manchadas de barro no sólo las botas sino incluso los codos y hasta los hombros de sus pellizas, salpicadas quizá durante sus esfuerzos por enderezar el carruaje o el caballo derribados. En sus rostros doloridos se percibían las huellas del cansancio y la falta de sueño. También su forma de hablar, como todo en ellos, era radicalmente distinta de la de los empleados de las oficinas del Tabir: ruda, un tanto desvergonzada, plagada de expresiones fuertes, lo mismo que los guisos picantes. Extraviado entre aquella batahola, Mark-Alem se dedicaba a escuchar retazos de las conversaciones. Allí se podían recoger noticias de todo el Imperio. Los correos relataban las peripecias de sus viajes, las disputas con los obstinados funcionarios de provincias, con los bebedores compañeros de hospedaje, con los guardias de los puestos de control en las rutas de los bajalatos donde se producían disturbios.

Una voz ronca atrajo la atención de Mark-Alem y, sin volver la cabeza para ver a su dueño, se esforzó por escuchar sus palabras. Los caballos se negaban a seguir, relataba la voz. Relinchaban, echaban espumarajos, pero se negaban a dar un paso adelante.

—Estaba completamente solo en la estepa, a la salida de Jenisheher, una localidad perdida, donde acababa de recoger un puñado de sueños, cinco en total, reunidos a lo largo de un mes, imaginaos qué lugar perdido era. Así que mis caballos no querían andar. Los fustigué a latigazos, les di en el lomo hasta hacerles sangrar, pero ni aun así se movían de donde estaban, como suelen hacer cuando se topan con un cadáver en el camino. Eché una mirada alrededor. No veía más que la estepa desierta, ni tumba ni rastro de ella por ningún lado. Mientras discurría qué hacer, pensé de pronto en los sueños que me acababan de entregar en Jenisheher. Me dije que a lo mejor eran ellos la causa de que los caballos no anduvieran. Como que el sueño y la muerte son casi la misma cosa... Sin pensarlo más abrí la mochila y saqué el legajo con los sueños de Jenisheher. Me apeé del carruaje, dejé los papeles en el campo a cierta distancia, volví a subir, azuzé a los caballos y echaron a andar como si tal cosa. Diablo de asunto, me dije: pues ésa es la causa. Volví a parar, regresé al lugar donde había dejado el legajo, pero en cuanto lo metí en la carroza los caballos volvieron a negarse a dar un paso,

echando espumarajos y relinchando lo mismo que antes. ¿Qué podía hacer? He transportado miles de sueños, pero jamás me había sucedido una cosa igual. Decidí regresar a Jenisheher, sin los sueños, claro. Los dejé a mitad de la estepa y me fui. En cuanto llegué comenzó la bronca con el responsable de la sección del Tabir. Yo le decía: "No puedo llevarme tus sueños, ven a verlo tú mismo, en cuanto meto tu legajo en el coche los caballos no dan un paso más...". Y aquel cabeza dura me gritaba: "¡Hace cinco semanas que no viene nadie a recoger nuestros sueños y ahora llegas tú y quieres marcharte sin ellos; me quejaré, mandaré una carta a la Dirección General, al mismísimo Seyhul-Islam". "Quéjate a quien te dé la gana", le dije, "a mí no me obedecen los caballos y no voy a dejar de llevar el resto de los legajos por culpa de tus cinco sueños sarnosos". Lo que faltaba para que el cabeza de chorlito se me echara encima: "¡Claro, eso es lo que pensáis de nuestros sueños, a vosotros lo que os gusta son los sueños de las cortesanas y de los artistas de la capital, en cambio los nuestros, naturalmente, os parecen groseros. Pero el Gobierno ha dicho que son los nuestros los verdaderos sueños porque surgen de lo profundo del Imperio y no de lechuguinos blandengues." La inmundicia que pudo escupir por la boca... Me sacó de quicio y sólo Dios sabe cómo me contuve y no lo sacudí con el látigo hasta ponerle la espalda más mullida que un cojín. La verdad es que no lo golpeé, pero qué es lo que no le dije. Estaba hecho una furia con el retraso y aproveché la ocasión para desahogarme con él. Lo insulté a él, a su ciudad, que no valía para mí ni lo que las callejuelas de una aldea, a su asquerosa subprefectura habitada por una partida de borrachos y de débiles mentales, incapaces siquiera de soñar cosas soportables, pues sus sueños espantaban hasta a los caballos. "Si dependiera de mí", continué diciéndole, "después de aquello le arrebataría a Jenisheher el derecho a hacer analizar sus sueños al menos durante diez años". Se puso hecho un basilisco y echaba por la boca más espuma que mis caballos. Me dijo que mandaría un informe a quien correspondiera con todo lo que había dicho, pero yo lo amenacé con que, si él hacía eso, yo informaría de los insultos que había lanzado contra el Tabir Saray. "¿Cómo?", aulló. "¿Yo insultar al sagrado Tabir Saray? ¿Cómo te atreves a decir eso?" "Sí, lo has insultado", le dije, "has dicho que es una guarida de cortesanas y de lechuguinos blandengues". Entonces, el muy imbécil, pasó de la rabia a los ruegos y a los lamentos. "No me busques la ruina, *aga*", decía, "tengo mujer e hijos, no me hagas eso...".

Un coro de carcajadas ahogó durante unos instantes las palabras del correo.

—¿Y después?, ¿qué pasó después?— preguntó alguien.

—¿Después? En éstas llegaron el subprefecto y el imán. Alguien les había avisado de la bronca. Cuando se enteraron de cómo era la cosa comenzaron a rascarse la cabeza, sin saber qué decisión tomar. No se atrevían a obligarme a que me llevara sus sueños, pues eso era lo mismo que mantenerme allí por la fuerza. Sabían que los caballos no arrancarían nunca si cargaban con el legajo. Por otra parte, tampoco podían admitir que los sueños de su jurisdicción fueran tan malvados que bloquearan los movimientos de los correos. En cuanto a mí, ya no tenía tiempo que perder. Llevaba conmigo más de mil sueños recogidos en otras regiones, cuyo retraso podía causarme serios problemas. Entonces les propuse que vinieran conmigo hasta el lugar donde había dejado el legajo y presenciaran con sus propios ojos el prodigio. Aceptaron, de modo que amontonados en el carruaje nos dirigimos al lugar de marras en las afueras de Jenisheher. El cartapacio estaba allí. Lo alcé del suelo, subí con él al pescante, azuzé con el látigo a los caballos y ellos empezaron otra vez a echar espumarajos y a relinchar sin dar un paso, como si hubiera montado en el coche el mismo diablo. Saqué el legajo, lo puse en manos de ellos y los caballos echaron a andar. Pensé en dejarlos allí con un palmo de narices y largarme, pero tuve miedo de las complicaciones e hice dar media vuelta a los caballos. "¿Lo veis?", les dije. "¿Os convencéis ahora?" Desconcertados, ellos murmuraron "¡Alá!", sin saber a qué carta quedarse. Mientras buscábamos un medio de salir del atolladero, el responsable de la sección, con el miedo metido en el cuerpo, presintiendo que él sería el primero en pagar las consecuencias por permitir el envío al Tabir de sueños tan diabólicos, tuvo la ocurrencia de que fuéramos sacando uno por uno los sueños del legajo hasta descubrir cuál de ellos era el culpable, y que así no salieran perjudicados los demás por su causa. Todos aplaudimos la idea y, sin esperar más, iniciamos la prueba tal corno había dicho él. No resultó difícil encontrar el sueño maléfico. Lo separamos del resto y así pude continuar mi camino.

—Eso no era un sueño sino puro veneno— afirmó alguien.

—¿Y qué van a hacer ahora con él?— preguntó el otro. —Ningún coche lo podrá traer, ¿no es así?

—Ojalá no lo traigan nunca— dijo el de la voz ronca.

—Pero puede que sea un sueño importante, teniendo en cuenta los poderes extraordinarios que tiene...

—Que sea lo que le dé la gana— dijo el correo, —como si es de oro. Si los caballos se niegan a transportarlo significa que no es un sueño sino cosa del diablo. Me entiendes, ¡el diablo cornudo en persona!

—Sin embargo...

—No hay sin embargo que valga. Los caballos no lo quieren traer, se tendrá que pudrir allí, en ese maldito agujero de Jenisheher.

—No es así— dijo un viejo correo, —yo no sé cómo será ahora, pero antes en casos parecidos se recurría a correos de a pie.

—¿Existían de verdad esos correos?

—Desde luego— respondió el otro. —Los casos de caballos que se negaban a transportar los sueños eran raros, pero los había. Por eso existían los correos de a pie. Algunas reglas antiguas eran buenas.

—¿Y cuánto tiempo necesitaría un correo de a pie para traer el sueño desde allí?

—Eso depende de la distancia. Pero calculo que desde Jenisheher llevaría alrededor de año y medio.

Dos o tres de los presentes lanzaron silbidos de asombro.

—No os sorprendáis tanto— dijo el viejo correo. Gobierno es capaz de atrapar una liebre con una yunta de bueyes!

Iniciaron en ese mismo instante otra conversación y Mark-Alem se apartó un poco más allá. En todas partes imperaba el mismo parloteo ruidoso, a la entrada del recinto, dentro de él y ante las ventanillas de Recepción, donde los correos, de acuerdo con un orden cuyas reglas no logró descifrar, hacían la entrega de los legajos. Uno de ellos que, según oyó decir, había perdido la mochila llena de sueños en una posada en la que se había emborrachado, se mantenía apartado con los ojos enrojecidos como brasas y seguía bebiendo y refunfuñando.

Del exterior del patio llegaba la algarabía incesante de las voces, el traqueteo sobre el empedrado de las ruedas de los carruajes, unos recién llegados de lejanas tierras, otros partiendo tras haber hecho la entrega, y los relinchos incesantes de los caballos, que hacían estremecerse a Mark-Alem hasta lo más hondo de su alma. Y así continuará hasta el alba, pensó con el cerebro aturdido. ¡Hasta mañana, Dios mío!, se repitió poco después, mientras se abría paso entre la batahola para alejarse de allí.

IV

El día de descanso

Dos o tres veces se despertó aterrado por la idea de llegar tarde. Su mano se disponía a apartar el cobertor cuando su cerebro todavía nebuloso por efecto del sueño era fugazmente atravesado por el recuerdo de que aquel día tenía descanso y de nuevo se hundía en una somnolencia atormentada. Era la primera vez, desde su entrada en el Palacio de los Sueños, que le concedían un día de asueto.

Por fin abrió los ojos. A través de las cortinas aterciopeladas penetraba la luz del día que llegaba suavemente hasta su almohada. Se desperezó durante un buen rato, apartó después las ropas y se incorporó. Debía de ser tarde. Se acercó al espejo y observó su cara abotagada por el sueño. Sentía la cabeza pesada como el plomo. Nunca habría creído que en su primer día de descanso se fuera a levantar de la cama más cansado que el resto de las mañanas, cuando se apresuraba a salir a las calles mojadas y llenas de bruma para no llegar tarde al trabajo.

Un vez lavada la cara, le pareció sentirse algo más fresco. Tenía la impresión de que, por poco que se esforzara, podría recordar un par de breves sueños que había tenido hacia el amanecer. Soñaba rara vez desde que trabajaba en el Tabir Saray, como si los sueños, sabedores de que conocía la raíz de todos sus secretos y que podría mandarles a engañar a otro, no se atrevieran a acudir a él.

Mientras bajaba las escaleras percibió el grato aroma del café y el pan tostado. Su madre y Loke llevaban tiempo esperándolo para desayunar.

—¡Buenos días!

—¡Buenos días!— le respondieron ellas mirándolo con ternura. — ¿Has dormido bien? Pareces descansado.

Él dijo sí con la cabeza y se sentó junto al brasero encendido, al que habían acercado la mesita con el servicio del té. Como tenía que salir todos

los días por la mañana temprano y con prisas, casi había olvidado aquel momento grato en que el brillo del servicio de plata, de las brasas y de los utensilios de cobre del viejo brasero de la casa creaban, junto con la parca luminosidad del día, la sensación de una mañana eterna y bañada de nostalgia.

Mark-Alem comió pausadamente y después tomó café junto con su madre. Terminado el último sorbo, como tenía por costumbre, ella volcó la taza sobre el platillo y Loke se acercó para leer en los posos el destino. Antes ésta era la hora en que uno u otro contaba el sueño que había tenido durante la noche, pero ahora, después que Mark-Alem se hubiera incorporado a su nuevo trabajo, nadie se atrevía a mencionar nada por el estilo. Fue desde que se produjera un pequeño incidente, a la semana de su ingreso en el Tabir Saray, cuando una de sus tías apareció alborotada y hablando por los codos para contarle el sueño que había tenido esa noche. Estamos de enhorabuena, exclamó, ahora tenemos la llave para descifrar los sueños en nuestra propia casa, ya no tenemos necesidad de andar en busca de nigromantes y cingaros. Mark-Alem palideció y no recordaba haber experimentado un acceso de cólera semejante. ¿Cómo osaba aquella cotorra exigirle interpretar sus sueños estúpidos y sin ningún interés? ¿Por quién lo tomaba? Su tía se quedó desconcertada y con la boca abierta, después se marchó ofendida y a duras penas lograron calmarla más tarde las primas de Mark-Alem.

Observaba las ascuas del brasero, que se ocultaban circunspectas bajo la capa blanca de ceniza.

—Hoy hace buen tiempo— dijo su madre. —¿Vas a salir un rato?

—En eso pensaba— respondió su hijo.

—No hace sol, pero de todas formas te sentará bien tomar un poco de aire.

Mark-Alem sacudió la cabeza.

—La verdad— dijo, —es que hace mucho tiempo que no salgo.

Permaneció un rato en silencio, con los ojos quietos sobre el brasero, después se levantó, se puso la pelliza, saludó a su madre y salió a la calle.

Tal como le había dicho ella estaba nublado. Levantó la cabeza como buscando el menos las huellas del sol en aquel cielo despoblado, cuya vaciedad le pareció de pronto insoportable. Llevaba tiempo sin ver el cielo sobre la ciudad a aquella hora del día y le pareció sorprendentemente pobre, con unas cuantas nubes tontas y pájaros escasos, aburridos. Desde que lo admitieran en el Tabir recorría el camino hasta el trabajo muy temprano por la mañana, en general con mal tiempo y la cabeza aturdida por el insomnio,

y regresaba casi al anochecer, sin que el cansancio le permitiera fijarse casi en nada. De modo que ahora contemplaba la ciudad como quien regresa a ella tras una breve ausencia. Sus ojos miraban con cierta sorpresa a derecha e izquierda. Ya no era sólo el cielo sino todo lo demás, los muros de los edificios, los aleros, los carruajes, los árboles de los parques, todo se le antojaba descolorido e insípido. ¿Que está pasando?, se preguntó. El mundo entero parecía haber perdido sus tonalidades, empalidecido como después de una prolongada enfermedad.

Sentía que una especie de frío gélido le invadía el pecho, mientras las piernas, que habían alejado obedientemente su cuerpo de la calle en que vivía, lo conducían hacia el centro de la ciudad. A un lado y a otro de la calzada, las aceras estaban desbordantes de gente, pero los movimientos de las personas eran rígidos, de una precisión malsana; igual de mezquinos le sonaron el rodar de los carruajes y un heraldo pobrecito en la plaza del Islam, que parecía proclamar el aburrimiento del mundo.

¿Qué les había sucedido a la vida, a las personas, a todas las cosas de *aquí*. *Allí...* (Mark-Alem sonrió para sus adentros sintiéndose poseedor de un secreto sagrado) *allí...* en sus expedientes, el mundo entero era distinto, tan hermoso y rebosante de fantasía... Los colores de las nubes, los árboles, la nieve, los puentes, las chimeneas, los pájaros, todo era más encendido y más vivo. Y los movimientos de las personas y de los objetos más libres, fluidos y armoniosos, como una carrera de ciervos a través de la niebla, desafiando a cada paso las leyes del espacio y del tiempo. ¡Qué encadenado le resultaba este mundo, qué mezquino y tedioso al lado del otro al cual servía!

Con aire ausente observaba el gentío, los coches de caballos, los edificios. ¡Todo era trivial y miserablemente entristecedor! Había sido una excelente decisión no salir en los últimos meses ni tratarse con nadie. Puede que ésta fuera la razón de que se concedieran muy rara vez permisos a los funcionarios del Palacio de los Sueños. Ahora se daba cuenta de que tampoco a él le hacía ninguna falta el día de descanso. Ni tenía objeto alguno volver a recorrer aquella ciudad desnaturalizada.

Los ojos de Mark-Alem continuaban presenciando con frialdad lo que lo rodeaba. Cada vez se convencía más de que la sensación que experimentaba no tenía nada de fortuito sino que el mundo de allá, por más que a veces lo irritara, era mucho más atrayente que el de aquí. Jamás habría imaginado que lo decepcionara tan pronto su mundo de siempre tras una ausencia de pocos meses. Había oído hablar de viejos empleados del Palacio de los Sueños que se aislaban del mundo en vida y que cuando alguna vez,

por azar, se dejaban ver en sociedad, daban la impresión de estar en la luna. ¿Acabaría también él por transformarse, al cabo de unos años, en un ser semejante? Bueno, ¿y qué?, se dijo. ¡Vaya un hermoso mundo que vas a abandonar! La gente sonreía burlonamente ante los torvos funcionarios del Palacio, pero no eran siquiera capaces de imaginar hasta qué punto su propia existencia resultaba estéril y mísera a los ojos de los visionarios del Tabir.

Había llegado por fin ante el Café de las Cigüeñas, donde acudía habitualmente cuando estaba... (de modo fugaz su cerebro eludió la palabra "vivo" y después "despierto"). Había llegado pues ante el local al que acudía de forma cotidiana cuando no era más que un joven desocupado de la capital. Empujó la puerta y entró. Sin echar siquiera una mirada en torno, caminó hacia el rincón izquierdo del salón, donde acostumbraba instalarse, y se sentó en un sillón. Le gustaba aquel lugar porque, al contrario que los salones de té a la vieja usanza, los divanes y cojines habían sido sustituidos por sillones bajos tapizados de cuero muy confortables.

El rostro del patrón le pareció ceniciento.

—¿Mark-Alem?— exclamó sorprendido acercándose con la cafetera en la mano. —¿Dónde te has metido todo este tiempo? Imaginé que estarías enfermo porque, si quieres que te diga la verdad, me resistía a creer que hubieras dejado de ser mi cliente.

Mark-Alem sustituyó la explicación que el otro le demandaba por una sonrisa. Su interlocutor sonrió también y, acercando la cabeza, le dijo en voz baja:

—Pero después me enteré de qué se trataba... El café, ¿como de costumbre con poco azúcar?— añadió al comprobar que el rostro de Mark-Alem se tornaba adusto.

—Sí, como siempre— afirmó Mark-Alem sin levantar los ojos.

Hizo lo posible por ahogar un suspiro, siguiendo con la vista el chorro de café que se vertía en la gruesa taza. Después, cuando el camarero se hubo alejado, miró con cautela alrededor en busca de los parroquianos habituales. Estaban prácticamente todos allí, el *mulla* de la mezquita vecina en compañía de dos hombres altos de los que jamás se oía una palabra; el acróbata Alí, rodeado como siempre de un grupo de admiradores; un hombre calvo y bajito, doblado como de costumbre sobre unos viejos escritos, acerca de los cuales el patrón daba explicaciones distintas, de acuerdo con su propio humor. Unas veces afirmaba que eran manuscritos antiguos que su cliente, un erudito, se esforzaba por transcribir; otras documentos de un viejo pleito perdido; otras, en fin, unos garabateos inútiles y carentes de sentido, hallados en no se sabe bien qué baúl mohoso

de puro viejo.

Allí están también los ciegos, se dijo Mark-Alem. Estaban sentados en el lugar que solían ocupar, a la derecha del mostrador. ¡La que me ha caído encima con ellos!, se había lamentado un día el camarero. "Yo podría tener sin duda una clientela respetable si esos tipos, con ese aspecto repulsivo, no vinieran a diario y ocuparan, como a propósito, el lugar más visible del café. Pero qué le voy a hacer, estoy atrapado. Los protege el Estado, es imposible echarlos." Mark-Alem le preguntó qué significaba "los protege el Estado" y entonces el patrón, que esperaba la pregunta, le relató algo que lo dejó estupefacto. Los ciegos que acudían al café no lo eran por causa de una enfermedad o algún accidente, ni tampoco por haber sido heridos en la guerra. De ser así él les daría gustoso la bienvenida en su establecimiento. Pero la causa de su ceguera era bien distinta y, por otro lado, de muy difícil explicación. Le contó que todos ellos habían sido antes personas sin tara alguna, ¡vaya si veían perfectamente!, pero sus ojos no eran como los de la gente normal sino que poseían una mirada maléfica y, como el señor Mark-Alem debía saber, el gran Estado Otomano, con objeto de defenderse a sí mismo y a todos sus súbditos, había dictado un decreto especial por el que los ojos de estos individuos debían ser arrancados, en compensación por lo cual, en su magnanimidad, el Estado les asignaba una pensión vitalicia. "¿Comprendes ahora por qué no puedo echarlos del café? Se sienten orgullosos del sacrificio de sus ojos. A saber por quién se toman a sí mismos, seguro que por verdaderos héroes."

Mark-Alem no conocía la existencia de tal decreto y el relato del camarero, que sin duda repetía a cada uno de sus parroquianos, le pareció producto de su cerebro trastornado. No obstante se informó más tarde acerca del asunto y le confirmaron que, en efecto, el decreto existía y se aplicaba en todo el Imperio.

Era curioso, pero ni siquiera con su trapo negro mal atado sobre la frente le parecían ese día tan espantosos a Mark-Alem. Él había visto *allí* infinidad de miradas que helaban la sangre, y ahora que los recordaba, majestuosos y terroríficos a un tiempo, eran ojos que no se abrían sobre una frente humana sino en la misma orilla del cielo o en las entrañas de un monte, bañados a veces por un llanto de luna que chorreaba helado de sus bordes, como las aguas con la escarcha.

Ni aquel asunto de la condena de los hombres de mirada maléfica, que al escucharlo de labios del camarero le había producido espanto (las cartas denunciando a gente poseedora de dicha mirada podían depositarse en cualquier buzón de correos), ni la reunión mensual de la comisión estatal

que, tras un examen minucioso de cada caso, decidía quiénes de entre los infortunados detenidos tenían verdaderamente ojos maléficos que debían ser extirpados, ni el mismo tormento impuesto en "aras del bien común", como se decía en el discurso tradicional que se pronunciaba ante la multitud de los recién cegados, hacían ya estremecerse como antes a Mark-Alem. A veces pensaba que al cabo de unos años no le causarían la menor impresión las maravillas ni los horrores de este mundo; a fin de cuentas no eran más que pálidas copias de los de *allí*, que habían logrado franquear la línea divisoria entre este mundo y el otro. Infierno y paraíso están juntos allí, se decía cuantas veces escuchaba las palabras *qué maravilla* o *qué horror*..

La puerta del café se abrió para dejar paso a funcionarios del consulado extranjero cuyo edificio se encontraba enfrente. Así que continúan viniendo a tomar café aquí, pensó Mark-Alem. En la mesa del acróbata se hizo un breve silencio. Antes también él acogía con cierto desconsuelo la entrada de los extranjeros y sus ojos admiraban secretamente sus indumentarias europeas, pero hoy, qué extraño, también ellos se le antojaban desprovistos de todo misterio.

Era mediodía, la hora de mayor afluencia en el café. Mark-Alem reconoció a los funcionarios de la Banca Vaki*, que se encontraban a unos veinte pasos; después entró el policía de la esquina que, al parecer, acababa de terminar el servicio; y tras él algunos clientes desconocidos. En la mesa del acróbata y sus admiradores se dejó oír una risa apagada. Por qué no vais a reír, se dijo Mark-Alem, para vuestros cerebros huecos el mundo es un lecho de flores...

De repente, como una nube negra, invadió su mente el recuerdo de la cena, dos días atrás, en casa de su poderoso tío, el Visir. Llevaba casi un año sin verlo y cuando, al volver del trabajo, vio en la puerta de su casa la carroza con la *Q* esculpida en las portezuelas, se estremeció como siempre que la veía. Pero aún se sorprendió más cuando su madre le dijo que el Visir había enviado el carruaje para recogerlo a él y que lo esperaba en su casa.

Aunque lo recibió con cariño, a Mark-Alem le pareció fatigado y sombrío. Tenía los ojos enrojecidos, como si no consiguiera dormir. En cuanto a su lenguaje, era entrecortado, parecía tragarse la mayor parte de lo que pretendía decir. Los desvelos del poder, pensó. Su tío le preguntó por su trabajo y él, al principio con cierta torpeza, después con mayor fluidez, comenzó a contarle, pero mientras lo hacía tenía la impresión de que el Visir lo escuchaba sin concentrarse, con la mente en otra parte. Más tarde, en la

* *Banca Vaki*. Bienes de mano muerta, propiedad de la jerarquía musulmana.

soledad de su dormitorio, recordó con sonrojo aquel instante en que creía haber estado contándole algo interesante al Visir, el cual, como comprendió después, no sólo conocía de sobra todo aquello sino que sabía del Palacio de los Sueños mucho más que quienes trabajaban allí. Le habló de ello pausadamente, con frecuentes interrupciones, dejando gran cantidad de aspectos entre nebulosas y, sin embargo, durante aquella conversación Mark-Alem aprendió más sobre el Tabir que durante todo el tiempo que llevaba trabajando en él.

Estaban los dos solos, cosa que no había sucedido en ninguna otra ocasión anterior, con las tazas de café ante ellos, y Mark-Alem no alcanzaba a comprender por qué lo había hecho ir. El Visir hablaba en voz baja, atizando una y otra vez las ascuas del brasero, cuya presencia en la habitación parecía imponerse a la de Mark-Alem. Dijo algo acerca de las relaciones de los Qyprilli con el Palacio de los Sueños. Como su sobrino habría oído decir, dichas relaciones habían sido extraordinariamente complicadas durante cientos de años. Se disponía a añadir algo más, quizás acerca de los desesperados esfuerzos de los Qyprilli por acabar con el Palacio de los Sueños, cosa que Mark-Alem había oído en efecto murmurar, mas se arrepintió al parecer y durante largo rato, manejando con gestos nerviosos el atizador, se dedicó a remover las brasas. —No es ningún secreto para nadie que hace unos años el Tabir Saray se hallaba bajo la influencia de los bancos y de los propietarios de las minas de cobre— le dijo, —pero en los últimos tiempos ha vuelto a aproximarse al clan del Seyhul-Islam. Tú dirás ¿y qué importancia puede tener eso? Bien, pues la tiene, y mucha. No en vano se dice últimamente que quien tiene en sus manos el Palacio de los Sueños, posee las llaves del gobierno del Estado.

Algo había oído decir también acerca de esto, pero nunca de modo tan categórico y mucho menos de labios de una personalidad gubernamental tan encumbrada. Se quedó sorprendido y, por si aquello no hubiera bastado, el Visir le preguntó si sabía lo que se hacía con los miles de sueños que se analizaban en el Tabir Saray. Avergonzado, él se encogió de hombros para decir que no. Se sentía tan humillado en ese instante que hubiera deseado que se lo tragara la tierra. A decir verdad llegó a preguntarse en alguna ocasión: ¿Qué harán con ellos? Y de inmediato se había respondido de la forma más ingenua que, tras haber elegido el Sueño Maestro, lo mismo que se extrae el grano de las espigas, el resto de los sueños inútiles eran empaquetados y enviados al Archivo. Mas, en cuanto el Visir le planteó el interrogante, supo que era una insensatez pensar que toda aquella montaña de sueños fuera a desperdiciarse una vez engendrada la rara flor del Sueño

Maestro. El Visir le explicó entonces en pocas palabras que la elección del Sueño Maestro era una de las misiones, sin duda fundamental, de los empleados del departamento y de la cual procedía su denominación. Sin embargo, los encargados del Sueño Maestro tenían también el cometido de elaborar indicaciones dirigidas a las principales instituciones del Estado, así como relaciones y estudios secretos sobre cuestiones diversas, esencialmente las psicosis que hacían presa de las diversas castas y los innumerables pueblos del Imperio.

Mark-Alem escuchaba absorto sus palabras.

—Naturalmente, el Sueño Maestro continúa siendo un elemento esencial— subrayó su tío, —tanto más en los momentos presentes y sobre todo por lo que se refiere a nuestra familia.

El Visir miró largamente a su sobrino, como para convencerse de que en verdad comprendía que los Qyprilli no se habían visto concernidos en sueños cualesquiera sino exclusivamente en Sueños Maestros.

—¿Me entiendes?— le dijo. Sus ojos se cubrieron de una pátina sombría pero chispeante. —Es sobre el Sueño Maestro donde convergen todos los..

El discurso del Visir volvió a tornarse nebuloso, repleto de vacíos intercalados. —Corren muchos rumores al respecto— continuó, —pero a mí no me interesa si son verdaderos o falsos, lo que pretendo hacerte entender es que un Sueño Maestro es capaz de generar transformaciones importantes en la vida del Estado—. Los ojos del Visir desprendieron un fugaz brillo irónico. —Fue un Sueño Maestro el que proporcionó la idea de la gran matanza de los cabecillas albaneses en Monastir. ¿Has oído hablar de ella? Y fue asimismo un Sueño Maestro el que trajo consigo el cambio de política respecto a Napoleón y la caída del gran visir Jusuf. Y algunos otros casos... No es simple rumor que tu director, modesto en apariencia y desprovisto de títulos, rivaliza en poder con nosotros, los visires más influyentes.

Sonrió lleno de amargura.

—Y si rivaliza— continuó pausadamente, —es porque su terrible poder se funda en la ausencia de hechos.

Mark-Alem no podía apartar la mirada de los labios de su tío. "Un terrible poder fundado en la ausencia de hechos", se repitió completamente fascinado, mientras el Visir continuaba explicándole cómo del Tabir Saray no había salido ni podía salir nunca orden alguna, que el Tabir no tenía necesidad de eso. El lanzaba ideas y su asombroso mecanismo las dotaba al instante de una potencia siniestra porque aquellas ideas se extrañan, según él, de las profundidades inmemoriales del espíritu colectivo otomano.

—Como te decía, nosotros los Qyprilli hemos tenido frecuentemente que ver con los Sueños Maestros—. Las palabras del Visir surgían como silbidos de sus labios apretados. —Hemos padecido con frecuencia sus golpes...— Mark-Alem recordó las noches de susurros y de angustia en su gran residencia. En su imaginación, los Sueños Maestros se habían transformado en serpientes rabiosas. Sentía que las palabras del Visir se tornaban cada vez más confusas. Algo se descubría a veces por su inquietud, pero él se apresuraba a esconderlo de nuevo.

—Tú debías haber entrado antes en el Tabir Saray— dijo, —pero quizás aún no sea tarde...

La conversación era cada vez más sombría, cargada de interrupciones y de esperas. Mark-Alem no comprendía lo que se esperaba de él. Era evidente que el Visir no quería revelarle el fondo de sus pensamientos.

¡Oh, Dios, tiene razón! pensaba Mark-Alem, él es un hombre de Estado y yo no soy más que un simple funcionario. Le estaba dando a entender, le estaba diciendo casi abiertamente que él no había ido a parar allí de forma casual. Debía abrirse paso, llegar a comprender todo el funcionamiento del mecanismo y, por encima de todo, abrir los ojos para, cuando llegara el momento... Pero, ¿para qué? ¿qué momento?, ansiaba preguntar Mark-Alem sin atreverse. Todo era tan vago...

—Volveremos a hablar— le decía el Visir, pero era evidente que se resistía a franquearse con él. Volvía sobre la conversación interrumpida, arrojaba sobre ella dos o tres destellos de luz y al momento se precipitaba a apagarlos.

—Habrás oído decir, imagino, que en períodos de crisis el poder del Tabir tiende a decaer o bien a incrementarse. Asistimos ahora a uno de esos períodos y, desgraciadamente, el poder del Tabir está en ascenso.

Mark-Alem no se atrevió a preguntar de qué crisis se trataba. Algo había llegado a sus oídos acerca de un proyecto de grandes reformas que había irritado al clero y a la casta militar, pero no sabía nada preciso. ¿Sería posible que los Qyprilli estuvieran implicados en el asunto?

—Vivimos una hora crítica— insistió el Visir. —El Sueño Maestro puede volver a golpear.

Mark-Alem se esforzaba por no perderse un solo detalle de las palabras de su tío. Ahora el Visir le decía francamente que abriera los ojos:

—Deberías haber entrado antes— murmuraba entre dientes. —Pero bien, ése ha sido mi error. Quizá no sea tarde todavía... La cuestión radica— prosiguió tras un largo silencio —en cuál de los dos mundos domina al otro.

Dios mío, otra vez se aleja del asunto, pensó Mark-Alem. Y justo

ahora cuando parecía que iba al grano.

—Algunos piensan— prosiguió el Visir —que el mundo de las pesadillas y de los sueños, en una palabra, vuestro mundo, es el que dirige a este otro de *acá*. Mas yo tengo la convicción de que es este mundo el que lo dirige todo. Es él, a fin de cuentas, el que decide qué sueños, pesadillas o delirios, conviene sacar a la superficie, como un cubo saca el agua de un pozo profundo. ¿Entiendes lo que quiero decir? Es este mundo el que elige en ese abismo lo que le interesa.

El Visir acercó aun más la cabeza a la de su sobrino. En sus ojos brillaba un resplandor temeroso color azufre.

—Se dice que, a veces, el Sueño Maestro no es más que un montaje— dijo en voz baja. —¿Se te ha pasado alguna vez por la cabeza una cosa semejante?

Mark-Alem estaba petrificado de terror. ¿Un montaje el Sueño Maestro? Jamás habría imaginado que un cerebro humano osara siquiera concebir un espanto parecido, mucho menos que ordenara a su boca expresarlo con palabras. El Visir continuaba relatándole lo que *se decía* del Sueño Maestro y Mark-Alem pensó en dos o tres ocasiones: ¡Oh, Señor, es evidente que eso es lo que piensa él mismo! No se había repuesto aún del aturdimiento y la voz del Visir llegaba a él igual que a través del estruendo de un derrumbamiento. Se decía, por tanto, que varios de los Sueños Maestros habían sido falsos, que habían sido fabricados en el Tabir Saray por los propios funcionarios, a la medida de los intereses de los poderosos grupos rivales en el poder o según el antojo del Soberano. Y si no completamente falsos, al menos en parte.

Mark-Alem sentía un deseo incontenible de arrojarse de rodillas ante el Visir y rogarle: "¡Deja que me marche de allí, tío, no permitas que me pierda!". Pero sabía de sobra que jamás se lo pediría, ni siquiera estando al cabo de que su trabajo pudiera terminar conduciendo su propia cabeza al verdugo.

Aquel gemido angustioso se repitió varias veces en el interior de su pecho mientras se alejaba bien entrada la noche de la casa del Visir. El carruaje rodaba por las calles con los faroles apagados y Mark-Alem tuvo la intuición de que, confinado en aquella carroza negra con la *Q* estampada en los costados como un sello fatal, solo y aislado, cabalgaba en la frontera entre dos mundos, de los que se ignoraba cuál de ellos dirigía al otro.

Debía abrir los ojos cuando llegara el momento... Pero ¿qué señal sería la que le revelaría ese momento, qué ángel o demonio acudiría a traérsela, cómo la reconocería, a quién se confiaría entonces, perdido entre

los jirones de niebla del Tabir Saray?

Todo aquello lo evocaba Mark-Alem en el café, mientras hacía girar la taza vacía entre sus manos. Incluso ahora, pasados varios días, la angustia le oprimía el corazón. Algo lo impulsaba a volver la cabeza hacia la mesa de los admiradores del acróbata Alí, quienes habían interrumpido su charla y lo observaban con los ojos cargados de estupor.

Se puso nervioso. El patrón, al parecer, había terminado por contarles que trabajaba en el Tabir Saray. Sabía que era incapaz de contener la lengua, pero no que fuera chismoso hasta ese punto. A fin de cuentas, al diablo él y todos los demás curiosos. No pensaba volver a poner los pies en aquel café más de dos o tres veces en toda la temporada. Puede que menos, si es que volvía.

Al aproximarse la hora del almuerzo, el café se desalojaba. Los diplomáticos extranjeros ya se habían ido, igual que los empleados del banco. Se levantaron también uno tras otro los admiradores del acróbata, no sin antes echarle a Mark-Alem una última mirada inquieta. Sólo los ciegos permanecieron inmóviles en su mesa y, como hacía ya un buen rato que habían dado fin a todos los temas de conversación, mantenían los cuellos rígidos, como hacen las personas de perenne mal humor o resentidas con el mundo entero. Aquellas cabezas silenciosas parecían decir: "¿Los asuntos del Estado marchan mejor ahora que nuestros ojos, que tanto parecían perjudicarlo, han sido arrancados? Por lo que podemos oír, el mundo está igual que estaba, si es que no se ha vuelto peor."

Mark-Alem pagó por fin su café, se levantó y salió. Se encaminó lentamente hacia su casa y al cabo de un rato se arrepintió de no haber cogido un coche de punto. Había llegado a la calle donde vivía cuando oyó voces cuchicheando: "Ése trabaja en el Tabir Saray..." Aparentó no haber escuchado y continuó su camino con la cabeza erguida. El asador de castañas y el policía de la esquina lo saludaron con particular deferencia. Desde que se habían enterado dónde trabajaba, en su mirada se leía prevención y estupor, como si les asombrara el hecho de estar viendo aún en carne y hueso a quien debía ser ya semietéreo.

Tras la celosía de una ventana del edificio de enfrente distinguió una silueta. Sabía que allí vivían dos hermosas hermanas, acerca de las cuales le gustaba fantasear, pero hoy incluso aquella celosía, siempre atrayente, le pareció vacía.

Tu primera visita al mundo de los vivos toca a su término, se dijo mientras empujaba la puerta de hierro del jardín. Una suerte de frufú de alas acompañaba su andar, como si fueran adhiriéndose a su cuerpo hebras

del más allá. Unas noches antes, en casa del Visir, la idea de que se exponía a morir lo había acongojado, pero ahora lo dejaba indiferente. El mundo era tan gris que no merecía la pena atormentarse ante la posibilidad de perderlo.

Abrió la puerta interior y sin volver la cabeza para ver lo que dejaba atrás, entró. Mañana, pensó imaginándose las salas heladas, con los legajos esperándolo sobre las mesas. Mañana estaría de nuevo allí, en el mundo extraño donde el tiempo, la lógica de las cosas, todo se regía por leyes radicalmente distintas. Y supo que, aunque otra vez le concedieran un día de descanso, no volvería a salir a la ciudad.

V

El Archivo

Justo después de la pausa de la mañana, le avisaron que lo reclamaba el supervisor. Caminando de puntillas para no hacer ruido, se acercó a la mesa de su superior, sobre la cual reconoció el legajo que le había entregado aquella mañana.

—Mark-Alem— le dijo el otro, —creo que harías bien si acerca de uno de estos sueños...— los dedos del supervisor hojearon con rapidez el legajo, —aquí está— dijo cuando hubo encontrado lo que buscaba, —así que creo que acerca de uno de ellos, precisamente éste— sacó la hoja del montón, —deberías bajar al Archivo para consultar la interpretación que se ha dado hasta ahora a sueños de esta clase.

Mark-Alem miró un instante la hoja, en cuyo margen inferior estaba escrita su propia interpretación del sueño, después alzó los ojos hacia el rostro del supervisor.

—Tú haz lo que quieras— dijo el otro, —pero creo que deberías hacerme caso. A mí este sueño me parece importante y habitualmente en casos así es aconsejable consultar la experiencia acumulada.

—Por supuesto— dijo Mark-Alem, —ni siquiera lo pongo en duda. Sólo que...

—¿No has estado nunca en el Archivo?— lo interrumpió el supervisor.

Mark-Alem negó con un gesto. El supervisor sonrió.

—Es algo muy sencillo— dijo. —Allí hay gente encargada específicamente de eso. Deberás decirles sólo de qué naturaleza es el sueño acerca del cual quieres hacer la consulta. En este caso es bien fácil: los sueños vistos en vísperas de enfrentamientos sangrientos están todos agrupados. Estoy seguro de que una ojeada a parte de ellos te ayudará a

resolver más correctamente este de aquí— el supervisor golpeó con el dedo sobre la hoja.

—Desde luego— dijo Mark-Alem y alargó la mano para coger el papel.

—El Archivo está abajo, en el sótano— le aclaró el supervisor. — Pregunta en los pasillos y encontrarás fácilmente el camino.

Mark-Alem salió con paso sigiloso. En el pasillo respiró hondo antes de decidir en qué dirección debía partir. Por fin recordó que debía bajar primero a la planta baja y una vez allí comenzar la búsqueda.

Así lo hizo. Necesitó casi media hora hasta encontrarse por fin en los sótanos del Palacio. ¿Y ahora?, se dijo cuando se halló en una galería de techo bajo, abovedado, cuyos muros estaban iluminados por débiles faroles. Le pareció oír unos pasos cerca y se apresuró para alcanzar al desconocido, pero los pasos se apresuraron igualmente. Se detuvo y el otro se detuvo también. Comprendió entonces que no eran sino sus propios pasos. ¡Oh, Dios!, exclamó para sus adentros, ¡siempre la misma historia en este maldito Palacio! ¡Qué costaría poner pequeños letreros para indicar las cosas? Ahora tenía la impresión de que la galería era de forma circular. A veces oía ecos de pasos lejanos, pero podía tratarse del eco de sus pasos, o pasos de gente que caminaba por otras plantas. Era extraño, pero se sentía tranquilo. Comoquiera que fuese, terminaría por salir de allí, lo mismo que otras veces. Ya estaba acostumbrado a aquello. Mientras caminaba descubrió que la galería circular era cruzada por otras, más o menos anchas que ella misma pero, por miedo a extraviarse más aún, no se atrevió a aventurarse por ninguna de ellas. Estoy dando vueltas como un caballo en la noria, se dijo al cabo de una media hora, cuando le pareció que la galería lo había devuelto al punto de partida. Se detuvo un momento, aspiró profundamente y echó a andar con mayor resolución. Esta vez dobló por la primera galería lateral que le salió al encuentro. Y no se equivocó. En cuanto dio unos pasos por ella distinguió una puerta en uno de los muros. Más allá otra. Aquí es donde están, se dijo aliviado, sin decidirse a cuál llamar. Caminó más allá; otras puertas se alzaban una junto a la otra, a ambos lados del pasadizo. Se acercó a una, mas de nuevo se abstuvo de llamar. Probaré en la siguiente, se prometió, pero al punto cambió de idea. ¿Cómo iba a irrumpir así, sin saber siquiera dónde se encontraba? Mejor esperaría a que alguna de las puertas se abriera y saliera por ella alguien a quien preguntar. Permaneció de pie, sin saber qué hacer. Pero si pasaba alguien y lo veía allí plantado en medio como un poste, le diría: "¿Y tú qué pintas aquí?". Vaya, cuántas complicaciones, se dijo y avanzó un poco más. Siempre la misma historia.

Le parecía ahora que desde su entrada en aquel Palacio no hacía más que deambular por los pasillos sin encontrar lo que buscaba. Al diablo, se dijo por fin, y que sea lo que Dios quiera; y sin esperar más llamó a la primera puerta que encontró. Retiró la mano bruscamente y habría retirado también la llamada si hubiera sido posible, pero el golpe había resonado ya al otro lado. Esperó unos segundos, pero no se oyó ninguna voz en el interior. Llamó por segunda vez, luego se decidió a mover el picaporte, pero la puerta no se abrió. Está cerrada con llave, pensó. Tanta duda para nada. Avanzó unos pasos y con menos precauciones esta vez llamó a otra puerta. También estaba cerrada. Probó suerte con varias más. Estaban todas cerradas. ¡Cómo es esto?, pensó, ¿será que el Archivo no está aquí?

Cierta irritación interior lo impulsó a apretar el paso y, según marchaba, con movimientos impetuosos, sin llamar, con un furor cuyo origen no lograba explicarse, se abalanzaba sobre los picaportes de hierro. Sentía un incontenible deseo de aporrear aquellas puertas mudas. Y a buen seguro así lo habría hecho si, justo cuando ya no lo esperaba, una de las puertas no se hubiera abierto de forma repentina. Su empujón había sido tan fuerte que a punto estuvo de caer al suelo. Al instante su mano se alargó tratando de recuperar el picaporte para tirar de él hacia atrás, pero ya era tarde. La puerta se había abierto de par en par y dos ojos estupefactos ante la irrupción de aquel individuo con aire de perturbado, lo miraron con frialdad.

—¿Qué pasa?— se escuchó una voz desde las profundidades.

Los ojos fríos del hombre se clavaron en Mark-Alem con gesto inquisitivo.

—Perdone— balbuceó Mark-Alem dando un paso atrás. —Le ruego que me perdone.

La frente se le había cubierto de sudor.

—¡Le pido disculpas!

—Aga Shahin, ¿que es lo que pasa?— volvió a escucharse la voz de las profundidades.

—Nada para inquietarse— respondió el otro. —¿Qué busca?— preguntó sin apartar los ojos de Mark-Alem.

Éste estaba completamente desconcertado y abrió la boca sin tener ni idea de lo que iba a decir. Por suerte, su mano fue a parar al bolsillo donde había guardado la hoja de papel.

—Yo venía para consultar unos legajos... como es costumbre... por un sueño. Pero, por lo que se ve, me he confundido de puerta. Perdone, es la primera vez...

—Pues quizá no te hayas equivocado...— escuchó la segunda voz, la

que al inicio había sonado detrás de unos estantes y que hasta ahora no había localizado. Una cara que le resultó familiar, de ojos claros y sonrientes, apareció por fin.

—Usted...— balbuceó Mark-Alem en voz baja y en ese instante recordó su primera e inolvidable mañana en la cafetería del Tabir Saray, donde había conocido a aquel hombre. —¿Usted trabaja aquí?

—Sí, aquí trabajo. De modo que me recuerda—dijo el otro mirándole con expresión de afecto.

—Desde luego. Aunque no he vuelto a verle desde aquella vez.

—Yo sí te vi un día a la salida, pero tú no te fijaste...

—¿Ah, sí? A saber cómo fue. Habría sido un placer si...

—Parecías triste. ¿Cómo te va el trabajo?

—Bien.

—¿En Selección, como siempre?

—No— contestó Mark-Alem con orgullo.

—Ahora trabajo en Interpretación.

—¿Ah, sí?— se sorprendió su interlocutor. —Has progresado deprisa. ¡Enhorabuena! Me alegro mucho, con toda sinceridad.

—¡Gracias! ¿Esto es el Archivo?

—Sí, el Archivo. Has venido a hacer una consulta, ¿no es así?

Mark-Alem asintió con la cabeza.

—Yo te ayudaré.

El archivero dijo algo en voz baja a su compañero, en cuyos ojos la frialdad dejó paso a una evidente curiosidad.

—¿En qué sector deseas buscar?

Mark-Alem se encogió de hombros.

—Qué sé yo. Es la primera vez que bajo aquí.

—Entonces iré contigo y te echaré una mano.

—Le estaré muy agradecido.

El archivero salió de la estancia y Mark-Alem lo siguió.

—Imaginaba que te encontraría algún día— dijo el archivero mientras caminaban por la galería. —No lo he visto nunca en la cafetería.

—¿Cómo me vas a ver? Con el tremendo barullo que se forma allí...

Sus pasos resonaban con un ritmo irregular.

—¿Todo esto es el Archivo?— preguntó Mark-Alem, señalando con la cabeza las numerosas galerías que se entrecruzaban.

—Sí— respondió el archivero. —Es un verdadero laberinto. Se puede uno perder con mucha facilidad.

—Menos mal que lo he encontrado— dijo Mark-Alem, —de lo

contrario no sé muy bien qué habría hecho.

—Algún otro te habría ayudado— contestó el archivero. Caminaba sin volver la cabeza, seguido de Mark-Alem, quien se torturaba por no encontrar las palabras adecuadas para expresar su agradecimiento.

—No cabe duda de que hubieras encontrado a alguien que te ayudara— repitió el otro, —pero yo te voy a mostrar todo el Archivo.

—¿De verdad?— exclamó Mark-Alem mientras una nueva oleada de agradecimiento lo invadía. —Pero quizá le haga perder el tiempo, —añadió en voz baja —no quisiera importunarle.

—¡De ninguna manera! Me siento honrado de poder prestar un pequeño servicio a un amigo.

—Mark-Alem no sabía qué decir.

—Si el Tabir Saray es como el sueño en relación con la vida, el Archivo es un sueño más profundo aún en el interior del sueño del Tabir— continuó el archivero empujando una puerta. —Un sueño dentro del sueño.

Mark-Alem penetró con él en un habitáculo largo y estrecho, cuyos muros estaban cubiertos de anaqueles hasta el techo.

—Hay decenas de cuartos así— y señalaba las estanterías con la mano. —¿Ves los legajos? Los hay a millares, por no decir decenas de millares.

—¿Y todos están llenos?

—Naturalmente— le respondió mientras salía. —Vamos a pasar por todos los cuartos y podrás comprobarlo por ti mismo.

Caminaban por un estrecho corredor cuyo suelo le pareció a Mark-Alem un poco pendiente. Faroles lejanos, sin duda de las otras galerías o de la galería circular, lo iluminaban débilmente.

—Aquí está todo— dijo el archivero aminorando el paso. —¿Entiendes lo que te quiero decir? Si el globo terrestre desapareciera un día, si, por ejemplo, la Tierra se estrellase contra un corneta, se despedazara y se volatilizase o simplemente se precipitara en el abismo, si por tanto nuestro globo desapareciera sin dejar otro rastro que este sótano repleto de cartapacios, este sótano bastaría para comprender lo que había sido este mundo—. El archivero volvió la cabeza como para comprobar si sus palabras habían llegado a la conciencia de Mark-Alem. —¿Ves lo que quiero decir? Ninguna historia, enciclopedia, libro santo o similar, ninguna academia, universidad o biblioteca podrían proporcionar la verdad acerca de nuestro mundo, de forma tan condensada como este Archivo.

—Pero ¿no resultaría esa verdad un tanto desnaturalizada?— se atrevió a discrepar Mark-Alem.

De perfil, la sonrisa del archivero le pareció más irónica de lo que hubiera sido de frente.

—¿Quién ha dicho que lo que vemos con los ojos abiertos no está desnaturalizado y que, por el contrario, esta de aquí no es la verdadera imagen de las cosas?— Aminoró el paso ante una puerta. —¿No has oído a los viejos murmurar: "Ah, la vida no es más que un sueño"?

Empujó la puerta y entró en primer lugar. Era una estancia extraordinariamente larga y, lo mismo que en la otra, las estanterías repletas de cartapacios llegaban hasta el techo. Quizá por falta de espacio, una pila de legajos estaba tirada sin más en el suelo. Dos personas se afanaban al fondo entre los anaqueles.

—¿De qué se trataba tu sueño?— preguntó el archivero.

Mark-Alem tocó con la mano el papel que llevaba doblado en el bolsillo.

—Anunciaba grandes pérdidas humanas en la guerra.

—Ah, se trata entonces de los sueños vistos en vísperas de grandes matanzas. Esos están en otro sector, pero no te preocupes, los encontraremos. Estos de aquí— señaló los estantes de la derecha, —son *los pueblos ensombrecidos*, mientras que estos otros son *los pueblos radiantes*.

Mark-Alem habría querido preguntarle por el significado de aquellas palabras, pero no se atrevió. Caminaba tras él por los estrechos espacios entre las estanterías. El otro se detuvo ante un estante combado bajo el peso de su carga.

—Aquí está el fin del mundo según los pueblos que tienen inviernos muy ventosos—. Palmoteó el estante como si pretendiera enderezarlo, después se volvió hacia Mark-Alem: —A veces los intérpretes que bajan al Archivo son jactanciosos e inoportunos. Tú me caes bien, eres muy atento y es un verdadero placer enseñártelo todo.

—Te lo agradezco mucho— dijo Mark-Alem.

La larga sala se comunicaba con otra mediante una puerta muy baja. El olor a papel viejo era cada vez más intenso y Mark-Alem tuvo la sensación de que le dificultaba la respiración.

—La Resurrección de los Muertos— explicó el archivero y mostró con la mano uno de los estantes. —¡Alá, que horrores hay aquí!... Pero bueno, continuemos más allá. El Caos: la tierra y el cielo confundidos— continuó mostrando. —Todos estos estantes de aquí. La vida en la muerte o la muerte en la vida, como tú prefieras... Proyectos de vida de origen femenino. De origen masculino. Vamos más allá. Los sueños eróticos. Toda esta sala y las que le siguen están llenas de ellos. Crisis económicas,

devaluaciones de la moneda, renta de la tierra, bancos, quiebras, todo está reunido aquí. También tienes ahí los complots. Los golpes de Estado, aplastados en embrión. Las intrigas gubernamentales.

Mark-Alem tenía la sensación de que la voz del archivero se tornaba cada vez más lejana. A veces, sobre todo al caminar por las galerías para pasar de una nave a otra, no distinguía bien sus palabras. La bóveda las revestía de un eco tembloroso.

—Ahora... ra... ra veremos... mos... mos... los sueños de la esclavitud... tud... tud... tud... ños... tud.

A cada gemido de las puertas a Mark-Alem se le estremecía hasta el tuétano de los huesos.

—Los sueños del primer período de servidumbre— indicó el archivero señalando unos estantes, —o según los llaman también *sueños de la primera servidumbre*, para distinguirlos de los posteriores, es decir de los correspondientes a la *servidumbre profunda*. De hecho son completamente distintos unos de otros. Es como el primer amor, diferente de los demás, je, je. Desde aquí hasta el final de la nave están agrupados los legajos de los grandes delirios.

Los grandes delirios..., se repitió Mark-Alem sin apartar los ojos de los estantes. ¿Hasta cuándo seguiría vagando por aquel infierno?

—Ayer, los encargados del Sueño Maestro estuvieron rebuscando por aquí hasta muy tarde— le confió el archivero bajando la voz.

—Y no es para sorprenderse, pues aquí puedes encontrar los mayores desastres, empezando por lo que algunos pueblos denominan últimamente *renacimiento nacional*. ¿Me comprendes?, no la resurrección de un muerto sino la de una nación entera, y hasta cosas que mis labios no osarían siquiera pronunciar... Bueno, vamos más allá. Aquí está el sector que tú necesitas, si no me equivoco, los sueños en la víspera de derramamientos de sangre, ¿no es así?

—Sí, eso es.

—Aquí tienes los cartapacios. Por lo general se trata de sueños vistos la noche precedente a las grandes batallas, parte de ellos hacia el amanecer... La batalla de Kerk-kili, la de Bayezid Yeldrem contra Tamerlán, las dos campañas de Hungría.

—¿La batalla de Kosova está aquí?— preguntó en voz muy baja Mark-Alem.

El archivero alzó las cejas.

—Debes referirte a la primera, la de 1389, la que se libró, si no me equivoco, contra la confederación balcánica.

—Exactamente.

—Seguro que está aquí. Espera un poco.

Le volvió la espalda y se perdió entre las estanterías que amenazaban derrumbarse con su peso en busca, al parecer, del funcionario encargado de aquella nave. Regresó con él poco después.

—Aquí tienes, son alrededor de setecientos sueños, vistos la noche que precedió al día fatídico—dijo el archivero mirando alternativamente a Mark-Alem y al funcionario de la sección, cuya cabeza canija asentía ante cada palabra.

—Deben de haber sido más, pero probablemente se han perdido—comentó el funcionario con voz aflautada hasta lo inverosímil.

—Incluso, buena parte de los que se han conservado están a medias, tal como los transcribieron de prisa y corriendo por la mañana temprano.

—¿Ah, sí?— exclamó Mark-Alem sin poder controlarse. En casa había oído hablar con frecuencia de aquella batalla trágica.

—El mismo Sueño Maestro fue escogido de igual modo, apresuradamente, para llevarlo a la tienda del Sultán al despuntar el día.

—¿Tuvieron tiempo de elegir el Suprasueño?— se extrañó Mark-Alem, conmovido.

—Qué duda cabe. ¿Cómo iba a ser de otro modo?

—¿Y está aquí?

—No, ése se conserva junto con todos los demás en la Sala de los Sueños Maestros.

—Iremos también allí, no tengas cuidado— afirmó el archivero.

—Yo puedo decirle poco más o menos su contenido— dijo el funcionario con la voz aun más quebrada. —Naturalmente si es que lo desea.

—Sí, desde luego me interesa.

El archivero le dirigió una mirada fugaz y bajó los párpados en señal de comprensión. Cómo no te va a interesar, decía su mirada. Tú eres un Qyprilli...

—Uno de los soldados había visto en sueños a un camarada suyo, muerto tiempo atrás, que lo invitaba con la mano a reunirse con él detrás de un talud. "¿Qué haces ahí tú solo?", le dijo, "¿no te aburres? ¿por qué no vienes con nosotros? Aquí estamos la mayoría"— relataba el funcionario con una voz que parecía verdaderamente de ultratumba. —Eso significaba que la jornada sería extraordinariamente sangrienta, tal como sucedió en efecto.

—¡Por Dios, no era broma!— intervino el archivero. —Allí quedó

aniquilada para siempre la coalición balcánica.

Mark-Alem miraba por turno a uno y a otro.

—Todavía hoy, al cabo de cinco siglos, los balcánicos sueñan a menudo con aquella batalla— dijo el funcionario. —Un compañero mío, que trabaja en los *pueblos ensombrecidos* me lo ha dicho.

—Es comprensible— añadió el archivero sin apartar los ojos de Mark-Alem.

—¿Desea que abramos los legajos?— preguntó el funcionario.

—Por ahora no— se adelantó el archivero. —Vamos a volver dentro de un momento, ¿no es así?— se volvió a Mark-Alem. —Echamos primero una mirada al resto del Archivo, luego puedes regresar aquí y quedarte cuanto quieras.

—Bien— dio su conformidad Mark-Alem.

Volvieron a salir a la galería, donde la voz del archivero se escuchaba duplicada por el efecto del eco.

—Ahora... ra... vamos a ver... mos... er... mos... mos... mos... er... los paleosueños... ueños... otomanos... nos...

—¿Cómo?— preguntó Mark-Alem cuando traspusieron una puerta y el archivero retornó a su habla normal.

—Los viejos sueños otomanos— le respondió. —Los sueños iniciales de los fundadores del Imperio o paleosueños como también se los llama.

—¿Es que se conservan?

—En cierto modo— respondió el archivero, —en la misma medida en que se conservan las viejas pinturas murales. He aquí donde están, esos cartapacios de ahí.

Mark-Alem saludó con un gesto de cabeza al silencioso funcionario que se dejó ver entre los *estantes*.

—Son escasos, por eso mismo son también muy preciados. A decir verdad, han llegado tan deteriorados hasta nosotros que a duras penas se puede sacar algo en claro de ellos. Aunque se han hecho sucesivas restauraciones, así es como han quedado, igual que los frescos antiguos, unas cuantas imágenes deslavazadas, sin ligazón entre sí. De todos modos son sagrados, pues han servido de fundamentos para el Estado. Los intérpretes actuales recurren con frecuencia a ellos para consultar el modo como han sido explicados. ¿No es así Fuzul?— se dirigió al funcionario.

—Así es— confirmó el interpelado. —Ayer mismo estuvieron muchos de ellos hasta muy tarde.

—¿De nuestro departamento?— preguntó Mark-Alem.

—Del Sueño Maestro. ¿Trabaja usted allí?

Mark-Alem enrojeció.

—No— dijo, —trabajo en Interpretación.

—Parece que los encargados del Sueño Maestro estuvieron ayer por todas partes— comentó el archivero en voz baja, que a Mark-Alem le pareció insinuante.

—Gracias, Fuzul— le dijo al funcionario y atravesó el vano de la puerta. —Resulta difícil llegar a entender algo de esos paleosueños aunque están restaurados— continuó dirigiéndose a Mark-Alem. —He visto varios de ellos y me han parecido completamente descoloridos, como los viejos tapices en los que ya no se distinguen las figuras. No obstante, los intérpretes se pasan horas enteras sobre ellos—. El archivero pareció reír para sus adentros. —Pero me juego el cuello a que no se enteran de nada. Lo hacen por pura rutina, simulan devanarse los sesos para descubrir sus mensajes ocultos, cuando en realidad se dedican a pensar en sus mezquinos problemas familiares, en el sueldo que no les llega o qué sé yo en qué otros asuntos. Ah, aquí están por fin los Sueños Maestros...

Mark-Alem se estremeció como si el otro le hubiera mostrado un nido de serpientes. Sólo que aquellas de allí habían agotado su veneno tiempo atrás. No obstante, incluso así, no resultaban menos terroríficas.

—Son alrededor de cuarenta mil en total— dijo el archivero y suspiró: —¡Alá!

Mark-Alem suspiró igualmente.

—Y ahora vamos a ver los sueños de los soberanos— prosiguió el otro.

Mark-Alem esperaba penetrar en una sala imponente, pero era igual que las demás. También los estantes eran idénticos, con la única diferencia de que los cartapacios llevaban estampado el sello imperial. Debajo estaban escritos los nombres de los soberanos. *Sueños del sultán Murat I, Sueños del sultán Bayazid, Sueños del sultán Mehmet II, Sueños del sultán Solimán el Magnífico*. Y así sucesivamente.

—Estos legajos no pueden abrirse más que por orden del Soberano— susurró el archivero. —Quienquiera que infrinja esta regla, se juega la cabeza. —Y movió horizontalmente el canto de la mano ante su propia garganta.

Recorrieron todavía otras salas en las que se encontraban clasificados los sueños de los pueblos *gavur*^{*}, los de la esclavitud profunda, las pesadillas que llenaban por completo tres naves, las alucinaciones, sobre las que

* *Gavur*. Apelativo despectivo aplicado a los no musulmanes. Infieles.

durante largo tiempo se había discutido si debían ser analizadas o no por *el* Tabir Saray, así como el sueño de los locos, la última sala del Archivo.

—Bien, ahora ya tienes poco más o menos una idea de lo que es el Archivo— dijo el archivero mientras salían de la última estancia.

Mark-Alem lo miró con unos ojos que parecían implorar misericordia. Regresaron nuevamente al lugar donde se encontraba el cartapacio de la batalla de Kosova y allí se separaron.

—Cuando termines, sigue por este corredor hasta dar a la galería circular— le indicó su acompañante. —Una vez allí, en cualquier dirección que camines, te acabarán saliendo al paso las escaleras.

El funcionario del servicio le ofreció a Mark-Alem que se sentara ante una pequeña mesa y colocó ante él el legajo. Con los dedos entumecidos comenzó a hojear los viejos y gruesos pliegos, de una clase de papel que ya no se utilizaba hacía tiempo. Casi todos estaban repletos de tachaduras. La tinta de la escritura estaba desvaída, muchas palabras apenas podían leerse. Inesperadamente, Mark-Alem sintió un agudo dolor de cabeza, como si alguien lo hubiese golpeado con una espada. Los ojos se le llenaron de luces. Los cerró durante unos momentos para descansar y volvió a abrirlos. Comenzó a leer lentamente, sin lograr concentrarse. Algo lo apartaba del sentido del texto, lo tornaba tembloroso, como había sucedido con las palabras del archivero mientras pasaban bajo las bóvedas de las galerías. No obstante se forzó a prestar atención. El lenguaje era arcaico, muchas palabras no las comprendía; sobre todo su orden en las frases le resultaba antinatural: un verdadero cesto de cangrejos. Pero debía contentarse con ello. Era la primera vez que leía un texto tan antiguo, cinco veces centenario. Poco a poco, impelido por la satisfacción de ir comprendiendo, a medida que descifraba las frases fue sumergiéndose en la lectura con creciente fluidez. La mayor parte de los sueños estaban relatados muy brevemente, dos o tres renglones en total; los había incluso de una sola línea, de modo que la consulta del legajo no resultaba tan penosa como había imaginado al principio. Si no fuera por la interpretación que seguía a los textos, su lectura sería cosa de unas pocas horas.

Era curioso, pero Mark-Alem sintió que se esfumaba su cansancio. Sus ojos se acostumbraban con rapidez a aquel estilo de escritura, hacía mucho tiempo en desuso. Por otra parte, el orden insólito de las palabras había terminado por atraerlo. Poco a poco, aquellos renglones escasos, mutilados, cercenados, lo succionaban hasta su mundo. El llano de Kosova, en Albania del Norte, donde él no había estado nunca, se desplegaba lentamente en su imaginación en la forma de una visión onírica e inestable,

tal como suele ser un decorado concebido por cientos de cerebros dormidos. Y por si esto no fuera suficiente, aquellas visiones nebulosas y carentes de sentido iban acompañadas de su correspondiente interpretación, que las tomaba aun más etéreas. Sin embargo, ya por la angustia compartida por todos los soñantes en la víspera del día fatal, ya por la que experimentaban las personas encargadas de la transcripción apresurada de los sueños, ese producto común de centenares de cerebros aletargados cada uno por su lado, toda aquella estampa abigarrada, constituía una sorprendente unidad. Antes de la aurora, cuando la llanura aún no estaba empapada más que por el rocío, en el sueño de los soldados aparecía cubierta de grandes charcos de sangre que se espesaba y ennegrecía con el despuntar del día, mientras sobre los charcos más antiguos chorreaban borbotones de sangre fresca, de color más claro, que iba oscureciéndose poco a poco aunque no con tanta rapidez como para no diferenciarse de la sangre más vieja. Seguía después el desenlace de la batalla con la caída del crepúsculo, la degollina de las tropas balcánicas y la muerte del Sultán, justo en el momento en que se regocijaba con su victoria. Y la tienda donde conducían el cuerpo del soberano asesinado, cuya muerte se mantuvo oculta a todo el ejército, y los visires reunidos deliberando, y más tarde el mensajero que era enviado a convocar a uno de los dos hijos del Sultán, Jakub Çelebi. Ven, tu glorioso padre te llama... El príncipe caminando hacia la tienda donde esperaba encontrar a su padre, su entrada en ella y su asesinato a sangre fría, a hachazos, a manos de los visires, con objeto de evitar toda pugna por el poder entre los dos hermanos...

Mark-Alem se restregó los ojos, cual si quisiera apartar de ellos un velo. ¿Cómo habría sido en realidad? ¿Resultaría posible reconocer la verdad cuando sus raíces se hundían en el sueño? Tanto más cuanto que no existía una frontera precisa entre los sueños y la realidad sino que todo en aquella llanura, el relieve, la meteorología, los acontecimientos, los testimonios, se hallaban entrelazados. Las ánimas blancas de trescientos mil balcánicos formaban un manto de nieve inabarcable que vagaba por aquel solar, en sus últimos esfuerzos antes de abandonar este mundo. ¿Por qué corría el Gran Sultán, con gesto enloquecido, entre aquella masa demente como si deseara escaparse junto con ella? "¿Dónde vas de ese modo, Badijá? ¡Vuelve en ti!", había gritado en sueños el jenízaro Selim y, una vez despierto, corrió a relatar su sueño. Más allá, el príncipe Jakub Çelebi, ensangrentado, recorría la llanura bajo la forma de un caballo con las crines arrancadas. Y de nuevo charcos inmensos de sangre, y el verano y el invierno y las estaciones mezcladas unas con otras, y sobre la llanura

simultáneamente la lluvia y el sol, la nieve y el verdor, las flores y la desolación invernal a un tiempo. Y debería llover semanas enteras, incluso meses, y aún no lograría lavarse aquella sangre, y después la nieve habría de cubrirlo todo de blanco para que en apariencia desapareciera finalmente aquella pesadilla. Pero a la primavera siguiente, cuando los regueros fluyeran bajo el manto immaculado, arrastrarían consigo grumos de sangre coagulada, como si la nieve estuviera herida. Y así, ¡oh, Alá!, cada año, y así en invierno y en verano bajo el viento y bajo la lluvia muda, aquella llanura *allá*, en Albania del Norte.

Mark-Alem recordó de pronto que aquella noche su madre y él estaban invitados a cenar a casa del Visir. Era la cena tradicional durante la cual escucharían a los rapsodas procedentes de los Balcanes. Seguro que, junto con los bosnios, esta vez estarían también los albaneses, invitados por Kurt.

Cerró el cartapacio y se levantó. Le dolía la cabeza de tanto leer, o quizá a consecuencia de las emanaciones del carbón, que en los sótanos se notaba más que en los pisos superiores. Saludó con la cabeza a los funcionarios del servicio y salió. Sus pasos comenzaron a resonar solitarios por la galería. ¿Qué hora sería? No tenía la menor idea. Allá arriba podía ser la hora de comer lo mismo que media tarde, incluso de noche. Por un momento lo asaltó una inquietud: ¿y si se le había hecho tarde para la cena? Después se tranquilizó: el tiempo no podía haber pasado tan deprisa. Aquella cena le parecía perteneciente a otro mundo, en algún lugar allá arriba, casi en las nubes, mientras a sus costados se alzaban los muros sordos de las galerías, detrás de los cuales, cobijado en miles y miles de legajos, descansaba el sueño del mundo. Sentía los párpados pesados. ¿Qué me pasa?, se preguntó varias veces. ¿Qué adormecimiento era aquel que se apoderaba de sus miembros? Se estremeció de terror, pero pronto recuperó el sosiego: era sin duda el vaho del carbón lo que lo adormecía. La mayoría estamos aquí. ¿Qué haces ahí tú solo?, ¿por qué no vienes con nosotros...?

Apretó el paso para salir cuanto antes a la galería circular, pero ésta no aparecía por ninguna parte. Cuanto más avanzaba mayor sensación tenía de estar perdido. ¿Y si se desmayaba y lo invadía el sueño en uno de aquellos corredores solitarios? Nuevamente sentía los párpados pesados como el plomo. ¿Por qué habré tenido que bajar aquí?, pensó. Apresuró la marcha aun más y por fin echó a correr. El sonido de sus pasos multiplicado por el eco lo aterrorizó. No me dormiré, se repetía. No voy a caer en vuestra trampa.

Quién sabe lo que hubiera durado aquella carrera demencial, si en una

encrucijada de galerías no se hubiese tropezado con un hombre.

—¿Qué pasa?— preguntó el otro en tono nada tranquilo. —¿Qué ha sucedido?

—Nada— respondió Mark-Alem. —¿Dónde está la salida?

—Estás pálido como la cera. ¿Te has enterado de lo que está pasando?

—¿Qué— se extrañó Mark-Alem. —Yo estoy buscando la salida.

—Pensé que sabrías algo... Tienes la cara descompuesta.

—Quizá sea por el carbón.

—Pues yo al verte imaginé que...

—¿Dónde está la salida?

—Por aquí.

Mark-Alem habría deseado decirle: pues tú tienes la cara como un cirio, ¿por qué te impresiona tanto la mía?, pero no quiso detenerse allí ni un momento más. ¡Abandona de una vez este pozo!

Finalmente le salieron al paso las escaleras y las subió de cuatro en cuatro. Cuando alcanzó la planta baja estaba sin aliento. Le pareció oír ruido. Volvió la cabeza y para su sorpresa divisó un grupo de personas cubiertas con largos capotes que se alejaban velozmente hacia el fondo del corredor.

En la primera planta se cruzó con otro grupo de gente de rostro sombrío. A lo lejos, entre los pasillos, se percibía más ruido de pasos. ¿Qué sería aquel ajeteo?, se preguntó y le vino a la memoria el hombre con el que había tropezado en la galería del Archivo. Parecía estar sucediendo algo en el Tabir Saray. Se apresuró para llegar cuanto antes a Interpretación. El color ceniciento de los vidrios de las ventanas le hizo saber que el día estaba declinando.

—¿Dónde estabas?— le preguntó su compañero de mesa. —¿Dónde te has metido todo el día?

—He estado en el Archivo.

Los ojos del otro estaban desorbitados. Hacía una semana que lo habían puesto a trabajar junto a él, y Mark-Alem estaba ya convencido de que la pasión principal en la vida de su compañero era el cotilleo, sobre todo de política, los cuchicheos al oído, prohibidos y peligrosos, cuyo riesgo era la salsa que los tornaba más sabrosos. Era verdaderamente sorprendente que aún no se hubiera enterado de que Mark-Alem era un Qyprilli.

—Algo está sucediendo— dijo arrimando todo su cuerpo al costado izquierdo de Mark-Alem. —¿No lo notas?

Mark-Alem se encogió de hombros.

—En el pasillo he notado cierto movimiento, pero otra cosa no sé— se

limitó a responder.

—Tres veces han llamado a nuestro jefe y las tres ha vuelto con el terror grabado en el rostro. Hace poco que lo llamaron por cuarta vez y aún no ha vuelto.

—¿Qué puede ser?— preguntó Mark-Alem.

—Vete a saber. Cualquier cosa— le respondió su colega.

Mark-Alem sentía deseos de mencionarle al hombre de rostro asustado que había visto en el Archivo, pero eso habría provocado una nueva avalancha de murmullos entre ambos. Retornaron a su mente las palabras del archivero, según las cuales los encargados del Sueño Maestro habían estado toda la noche revolviendo en el Archivo. Era evidente que algo estaba sucediendo.

—Puede esperarse cualquier cosa— oyó susurrar a su vecino. Para no llamar la atención hacía esfuerzos por hablar sin volver la cabeza, torciendo únicamente la comisura de los labios, intentando orientar el flujo de su murmullo. —Puede suceder cualquier cosa— repitió, —desde el despido de funcionarios, hasta el cierre del Palacio.

—¿El cierre del Tabir Saray?

—¿Y por qué no? Tanta inquietud... Esas sospechosas idas y venidas por los corredores... Yo llevo años trabajando en el Tabir Saray y conozco sus manías... El día de hoy no me ha gustado nada. En un día así puede esperarse cualquier cosa...

—¿Han cerrado alguna vez el Tabir?— preguntó con voz temblorosa Mark-Alem.

—Hum, vaya pregunta— murmuró entre dientes su compañero.

—Si las cosas llegaran a ese punto, pobres de nosotros... De hecho, yo he sido testigo de días negros en que el Soberano, mediante un decreto especial, suspendió todo recurso a los sueños. Pero una cosa así sucede rara, muy rara vez ¿me entiendes? Entonces sólo se tienen en cuenta los sueños del Soberano. El Tabir Saray se hunde verdaderamente en el luto. Algo semejante a unas ruinas, por cuyos pasillos vagan los funcionarios como almas en pena. Todo parece extinguirse, a punto de expirar. Todos esperan, con la sangre helada, el anuncio del cierre. A decir verdad, entre ese estado de luto y el cierre no hay más que un paso...

Mark-Alem sintió la angustia trepándole desde el estómago a la boca. Recordaba confusamente las palabras del Visir. ¿No sería aquél el momento a que se había referido en su conversación, sin acabar de explicarse con claridad? Su vecino continuaba parloteando, pero él ya no lo escuchaba. Las sienes le estallaban, sus ideas se enmarañaban... En todas las interminables

conversaciones familiares sobre el Tabir Saray, igual que en su reciente encuentro con el Visir, Mark-Alem había creído comprender que cuanto peor le fueran las cosas para el Palacio de los Sueños, tanto mejor marcharían para los Qyprilli. En consecuencia, cuanto más funesto resultara aquel día para el Tabir, tanto más alegre debía sentirse él. Debía sentirse... Sin embargo no era ni mucho menos así. Aquella incertidumbre que reinaba en torno no le proporcionaba alegría alguna, por el contrario hacía que le temblaran hasta los huesos.

Prestó oído a los susurros de su vecino, pero resultaba difícil sacar nada en limpio de ellos. Parecía, más que nada, hablar para sí mismo. Recordó a su abuela, en una ocasión en que le había preguntado: "Abuela ¿por qué murmuras en voz alta?". "Para que seamos dos, hijo", le había dicho ella, "para no sentirme sola". Mark-Alem sintió deseos de murmurar en voz alta, lo mismo que su abuela entonces. Estaban tan solos ante aquellas mesas frías, sobre las que se desplegaban visiones casi demenciales de cerebros ajenos, sin vínculo alguno entre ellos.

—Pero, ¿por qué?— interrumpió Mark-Alem con voz sofocada el mascullar de su vecino. —¿Por qué ocurrirá esto?

—¿Por qué ocurre?— a Mark-Alem le pareció que las comisuras de los labios desencajados del otro, en vez de palabras, lanzaban sobre él un chorro de sonrisa helada. —Dios mío, ¿pero cómo puedes preguntar por qué entre los muros de este Palacio?— dijo. —¿Acaso puede saberse nunca el porqué de las cosas aquí?

Mark-Alem suspiró. El completo oscurecimiento de los cristales de las ventanas dejaba adivinar que la noche había caído de lleno. La luz de los faroles iluminaba débilmente las frentes inclinadas sobre las mesas.

—Ahí está el jefe— Mark-Alem oyó la voz de su vecino, —ha vuelto el jefe.

Mark-Alem miró hacia allí.

—Pues no veo que su rostro esté tan sombrío como tú decías— comentó con un hilo de voz.

—¿Ah, sí?— el otro calló durante unos instantes. —¿Sabes que tienes razón? Tampoco a mí me lo parece ahora. Ojalá haya buenas noticias.

Mark-Alem sintió las garras de la angustia en el estómago.

—Me parece hasta contento— dijo.

—Yo no diría tanto, pero de todos modos tiene la cara más animada.

—¿Cuándo acabará este día!— exclamó Mark-Alem sin apartar la mirada de la cara del jefe. En los ojos de éste le pareció apreciar un brillo febril. —¿Dios, protégenos!— imploró.

—El día acabará, pero ¿podremos nosotros marcharnos de aquí?— se preguntó el vecino.

—¿Cómo dices?

—En un día así, puedes hacerte cargo, es posible que amanezcamos aquí dentro.

Mark-Alem se acordó de la cena y estuvo a punto de decir: "Pero yo estoy invitado hoy a casa del Visir". Sea como sea, pediré permiso para salir. ¿Se atreverían a impedirle que fuera a cenar con su poderoso tío? Se frotó la frente con la palma de la mano. ¿Y si todo aquello no fuera más que el producto de una imaginación calenturienta? A fin de cuentas, no eran sino suposiciones: alguna gente en el corredor, la cara del jefe unas veces desencajada y otras alegre. ¡Cómo diablos se podía confiar en indicios así! Su vecino estaba verdaderamente loco y él era un insensato por dejarse arrastrar por sus lucubraciones.

La campana señalando el fin de la jornada le hizo temblar. Su vecino y él se miraron a los ojos y Mark-Alem deseó en ese instante espetarle en plena cara: "Idiota, me has envenenado la sangre por nada; éste es un día normal como todos los demás, ahí tienes la campanilla sonando a la hora de siempre: ¿a qué viene que pretendas meterme un cerote en el cuerpo, idiota?"

Su vecino cerró el cartapacio antes que él y, echándole una mirada que parecía decir ¡sal de aquí a toda prisa mientras puedas!, se marchó apresuradamente. Salió tras él. Los pasillos y las escaleras estaban repletos. El ruido de los pasos, sordo, anónimo, parecía hacer temblar todo el edificio. Mezcló sus propios pasos entre aquella multitud zapateante con la tranquilidad que siente el hombre asustado al camuflarse entre la muchedumbre. Dos o tres veces tuvo la sensación de que aquél era un fin de jornada completamente ordinario y otras tantas le pareció lo contrario. Con el rabillo del ojo miraba las caras de la gente, en cuyas pupilas creía adivinar el resplandor de la fiebre, reflejo de un fuego desatado en lo más hondo de sus cráneos. No era simple exaltación, más bien una efervescencia impaciente ante lo desconocido. Insensateces, se dijo poco después, no había nada de eso en aquellas caras abotagadas por el cansancio y las divagaciones de los sueños. Todo era producto de sus nervios alterados...

Después de trasponer las puertas exteriores se apartó de la muchedumbre de funcionarios y cuanto más se alejaba, más carentes de sentido le parecían sus figuraciones. Me ha sacado de quicio ese maníaco, se dijo varias veces. Era verdaderamente para echarse a reír lo sucedido entre los dos.

Buscó con la mirada por ver si encontraba algún carruaje que le permitiera ganar tiempo. Temía llegar tarde a la cena. Levantó la mano en un par de ocasiones para detener los coches que pasaban, pero o bien no lo veían los cocheros, o bien iban ya cargados. No se contaba entre las personas capaces de ponerse a dar voces desde la acera. Prefería resignarse a hacer el camino a pie, bajo la lluvia o la nieve, antes que dar semejante espectáculo. Afortunadamente, los transeúntes en las aceras eran más escasos que de costumbre, de modo que podía caminar más deprisa. Si todo el camino hasta su casa estaba así, medio desierto, le sobraría tiempo no sólo para cambiarse de ropa sino incluso para darse un baño.

Ensimismado en sus cavilaciones, casi había olvidado sus temores de poco antes, cuando algo que no fue capaz de definir, un pequeño grito de sorpresa, un paso apresurado o un cuchicheo junto a él, le hizo levantar la cabeza y mirar hacia la plaza. Dos patrullas militares aparecían en mitad de ella, vigilando con mirada recelosa a los transeúntes. ¿Qué sucedería? Aún no había llegado a sacar ninguna conclusión cuando sus ojos tropezaron con otra patrulla más allá, e inmediatamente otra. Hay soldados por todas partes, pensó. La angustia, de la que creía por fin haberse librado al salir del Palacio de los Sueños, lo atenazó de nuevo. El resto de los transeúntes miraba también de soslayo a las patrullas. Algunos volvían la cabeza para verlas una vez más al alejarse.

Poco después, cuando había recorrido un buen trecho sin encontrar más soldados, se dijo ¿será una casualidad? La gente entraba y salía de las pequeñas tabernas situadas a ambos lados de la calle y en parte alguna se percibía la menor muestra de alarma. Allí estaba también la cafetería *Las noches del Ramadán*, donde, como era habitual, se escuchaba música. Sin duda era casualidad, se repitió por décima vez. Además, ya en otra ocasión había visto patrullas militares en aquella plaza. Recordaba incluso que identificaban a la gente. Sí, sí, sin duda era pura casualidad. Allí cerca estaba la Banca Nacional y, quién sabe, alguna sospecha de atraco, o una mera medida de precaución...

Le pareció que ante el ministerio de Finanzas la guardia había sido reforzada, pero no tuvo valor para volver la cabeza y comprobarlo. Las farolas alumbraban escasamente y él murmuró: "Que se vayan al diablo", sin saber a quién maldecía de aquel modo. El temblor que se esforzaba en apartar de sí lo acosaba de nuevo. Cuando se halló ante el Palacio de Seyhul-Islam, se convenció de que nada era casualidad y de que algo estaba sucediendo de verdad. Una inusitada aglomeración de soldados y policías, casi medio batallón, pululaban ante las verjas de hierro. Algo está pasando,

repitió a media voz. Algo... pero ¿qué será? ¿Un complot? ¿Un intento de golpe de Estado? ¿Estado de sitio? Habría deseado acelerar el paso, pero no fue capaz. Una parte de la angustia se había concentrado en sus rodillas. Rápido, se repetía, más rápido, pero sentía que todo esfuerzo era inútil. Le vino a la memoria la cena y la vieja costumbre, mencionada incluso en la canción de gesta, de que entre los Qyprilli no se suspendía jamás una cena.

En el Puente de la Media Luna volvió a ver a soldados con casco, pero ahora su estado de ánimo era tal que ya nada podía empeorarlo ni aliviarlo. Divisó por fin su calle, los troncos oscuros de los castaños, las luces encendidas de la segunda planta de su casa. Ante la puerta distinguió desde lejos la silueta del carruaje y, cuando se hubo acercado más, la *Q* esculpida en su portezuela. Aliviado, tomó aliento y entró.

VI

La cena

Con el fin de no inquietarla, Mark-Alem no hizo a su madre ningún comentario acerca de sus sospechas al llegar. Sin embargo, cuando una hora después subieron ambos al carruaje para dirigirse a casa del Visir, no pudo contenerse:

—Hoy ha habido cierta agitación en el Tabir

—¿Cómo?— exclamó ella, tomándole la mano. —¿Qué agitación? ¿Por qué?

—No logré enterarme de nada con precisión. Pero al volver a casa me crucé en la calle con varias patrullas militares.

Sintió la mano de ella temblar sobre la suya y al instante se arrepintió de haber hablado.

—Quizá no sea nada a fin de cuentas— dijo. —Quizá todo se reduzca a murmuraciones sin fundamento.

—¿Qué murmuraciones?— preguntó su madre con voz temblorosa.

—¡No eran más que bobadas!— se esforzaba por dar a su voz un tono despreocupado. —Se decía que el Soberano había rechazado el Sueño Maestro de ayer. Pero puede que no haya nada de cierto en ello. Quizá la agitación se deba a cualquier otra causa.

En medio del silencio, el traqueteo de las ruedas de la carroza resultaba insoportable.

—Si el Soberano hubiera rechazado verdaderamente el Sueño Maestro, el asunto no carecería de importancia— dijo su madre.

—Ya te digo que quizá no sea eso.

—Tanto pero entonces. Será cualquier otra cosa, todavía peor.

No debía habérselo dicho, pensó.

—¿Y qué podría suceder aun más grave?— dijo en el mismo tono de forzada despreocupación. La madre suspiró.

—¿Quién sabe? Yo no conozco bien vuestros asuntos allí. Pero tú mismo me has hablado de posibles errores de interpretación, inspecciones repentinas... Mark-Alem, dime la verdad. ¿No estarás metido en algún lío?

El intentó reír.

—¿Yo? Yo no sé nada, te lo juro. Hoy me he pasado todo el día en el sótano, en el Archivo. Sólo cuando subí oí decir que estaba sucediendo algo.

Entre el ruido de las ruedas volvió a distinguir un hondo suspiro de su madre y después, a media voz: "¡Dios mío, protégenos!"

Al otro lado de los cristales de las ventanillas, a la débil luz de las farolas, apenas se distinguían en la semioscuridad las edificaciones sombrías a ambos lados de la calle y algún raro transeúnte aquí y allá. ¿Y si la cena se hubiera aplazado para otra noche?, se preguntó Mark-Alem. Esta idea comenzó a torturarlo con creciente intensidad, a medida que se acercaban al palacio del Visir. Pero eso era imposible, se argumentaba a sí mismo, especialmente teniendo en cuenta que aquella cena estaba vinculada con la epopeya familiar, con los fundamentos de los Qyprilli, por tanto. No, en modo alguno podía suspenderse. En realidad, él mismo no era capaz de decidir si deseaba o no que la cena se suspendiera. No obstante, cuando divisó a lo lejos los faroles encendidos en la entrada exterior del palacio y después los carruajes de los invitados alineados junto a la acera, experimentó una sensación de alivio. Le pareció que también su madre suspiraba aliviada. Allí estaban los guardias del Visir junto a la verja de hierro y después todo lo demás, como era habitual en las cenas: los candelabros encendidos a ambos lados de la vereda que conducía desde la verja a la escalinata, el mayordomo anciano a la entrada, un agradable olor a menta en el interior. De pronto tuvo la certidumbre de que la inquietud del día que terminaba no era capaz de penetrar en el interior de los palacios.

Mark-Alem y su madre entraron en la gran sala de recepciones. Dos enormes braseros de plata situados en medio de la estancia esparcían un cálido aroma que parecía armonizar a la perfección con el rojo oscuro de los tapices y el suave murmullo de las conversaciones.

Estaban allí varios primos cercanos, todos con elevados puestos, algunos viejos amigos de la familia, un muchacho alto y rubio, el hijo del cónsul austriaco —con quien Kurt Qyprilli se entendía en francés— y otros dos o tres invitados que Mark-Alem no conocía. Oyó que su madre preguntaba en voz baja a uno de los sirvientes dónde estaba el Visir, a lo que éste respondió que el Visir estaba en sus habitaciones y bajaría enseguida. Mark-Alem se sintió reconfortado. La angustia glacial que lo había poseído durante todo aquel final de jornada se volatilizaba de su cuerpo como la

humedad malsana ante el calor.

Los criados servían *rakí* en pequeñas copas de plata. A través del rumor de las conversaciones se esforzaba por escuchar el francés del tío Kurt y del austriaco. Tras una copa de *rakí* que apuró de un trago sintió que lo invadía una oleada de satisfacción. Un instante después sus ojos se encontraron con los de su madre y apartó rápidamente la mirada. Le pareció que ella quería decirle: "¿Qué locuras eran esas de que me hablabas en el carruaje?"

La entrada del Visir en el salón congeló instantáneamente la atmósfera. No era sólo su gesto adusto, al que la mayoría de los presentes estaba acostumbrada sino cierta ausencia que se percibía en sus facciones, como si se sorprendiera de verlos allí y esperara que le explicaran la causa de la reunión. Después de saludarlos se situó de pie junto a uno de los braseros, extendiendo las manos sobre las brasas, como si intentara entrar en calor. Las arrugas bajo sus ojos le parecieron a Mark-Alem más profundas que en aquella cena inolvidable.

Al parecer, comprendiendo que debía intervenir para restablecer el clima normal, Kurt le susurró a su hermano mayor algo que Mark-Alem no pudo oír bien, pero que debía guardar relación con el austriaco, pues el Visir respondió dirigiéndose a ambos a un tiempo y el austriaco comenzó a cabecear en señal de respeto, mientras Kurt le traducía las palabras de su hermano. El diálogo alivió en cierta medida la situación. Los invitados se pusieron nuevamente a charlar por parejas, mientras el austriaco continuaba su conversación con el Visir, siempre por medio de Kurt. Mark-Alem quiso acercarse a escuchar, pero un primo suyo calvo, el que había estado cenando en su casa el día de su entrada en el Palacio de los Sueños, le preguntó en voz baja:

—¿Cómo va tu trabajo en el Tabir?

—Bien— le respondió, mientras con las comisuras de los labios ensayaba una expresión que habitualmente significaba: "Más o menos".

—¿Trabajas ahora en Interpretación?

Asintió, a la vez que le parecía distinguir en los ojos de su primo un destello de ironía. Pero le daba lo mismo. El estaba pendiente de su tío preferido, Kurt. Nunca le había parecido tan hermoso, tan apuesto, con el cuello duro de una blancura impecable, que transmitía a su rostro un brillo encantador. Mark-Alem se convencía cada vez más de que el centro de aquella cena era precisamente él, Kurt, quien había concebido la sorprendente invitación de los rapsodas albaneses. Apenas era capaz de soportar la espera hasta poder escuchar por fin la versión albanesa de la epopeya, hasta

entonces desconocida, como la cara invisible de la luna.

Un invitado, por lo visto el último que esperaban, entró pidiendo excusas por la tardanza.

—Afuera hay cierta agitación— dijo. —Están haciendo controles en las calles.

Los ojos de algunos de los presentes buscaron la mirada del Visir, pero aquellas palabras parecían haber pasado junto a él sin rozarlo siquiera. Seguro que sabe lo que está pasando, pensó Mark-Alem, de lo contrario no se mostraría tan indiferente ante las palabras del recién llegado. Tampoco había evidenciado interés alguno por su presencia, se diría que la conversación deslavazada que habían sostenido dos semanas atrás no hubiese tenido lugar. Unas horas antes, en el interior del carruaje, le había asaltado una duda: ¿no debería contarle al Visir lo sucedido en el Tabir Saray? ¿No habría llegado aquel instante para el que debía estar preparado? Pero ahora, al verlo tan indiferente, él mismo se sintió liberado.

Observaba con sosiego las filigranas del enorme tapiz persa, el mayor y el más hermoso que había visto Mark-Alem en su vida, obsequio de cumpleaños del Soberano. Era una de las pocas cosas que conservaba toda su belleza ahora que, una vez metido en el Palacio de los Sueños, el mundo entero había empalidecido ante sus ojos.

Apartó la vista de él al sentir que se hacía el silencio en torno. El Visir se disponía a hablar. Anunció a los invitados que poco más tarde tendrían la oportunidad de escuchar a los rapsodas procedentes de Albania y a continuación, durante y después de la cena, de acuerdo con la tradición, los rapsodas eslavos les cantarían fragmentos de la epopeya de los Qyprilli.

—Hazlos pasar— ordenó al mayordomo.

Entraron al poco, en medio de un profundo silencio. Era tres, vestidos con sus trajes típicos, dos de mediana edad, el tercero más joven, sosteniendo cada uno en las manos su frágil instrumento musical. Toda la atención de Mark-Alem se concentró en aquellos instrumentos, *lahutas*, según los llamaban, muy semejantes a las *guslas* de los rapsodas eslavos. Experimentó la misma sorpresa, por no decir desengaño, que había sentido al ver por vez primera las *guslas*. Como había escuchado hablar tanto de la famosa epopeya, imaginó que los instrumentos musicales con que se acompañaría serían igualmente extraordinarios, pesados, majestuosos, sobrecogedores y que los rapsodas apenas podrían arrastrarlos. Y la *gusla* resultó ser un sencillo instrumento de madera, que se sostenía fácilmente en la mano, y con una cuerda sola. Era completamente increíble que aquel pedazo de madera provisto de una cuerda fuera capaz de dar vida a la

gigantesca y secular epopeya. Ahora, al ver la *lahuta*, la decepción le pareció aun más hiriente. Desde que había oído hablar a Kurt de la versión albanesa de la epopeya, sin saber él mismo la causa, creyó que el aspecto de la *lahuta* restañaría la herida que la *gusla* había causado a su fantasía. Esperaba encontrarla no sólo pesada y enorme sino casi salpicada por la sangre de las crueldades que la epopeya narraba. Sin embargo era tan tosca como su hermana eslava. La misma madera con un hueco abierto por la cara superior y la misma cuerda solitaria atravesándola.

Los rapsodas continuaban de pie entre los dos grupos de invitados que se habían formado espontáneamente a ambos lados de ellos. Tenían los cabellos claros, igual que los ojos. Más que menosprecio, sus miradas parecían expresar la negativa a que penetrara en su interior el cuadro que los rodeaba.

Los criados les sirvieron *rakí* en copas semejantes a las del resto de los presentes, pero ellos se limitaron a humedecerse los labios.

—Bien, entonces pueden empezar— dijo en albanés el Visir.

Uno de los rapsodas se sentó en un escabel dispuesto allí por el mayordomo, colocó la *lahuta* sobre sus rodillas y permaneció en silencio un rato, con los ojos fijos sobre la cuerda. A continuación su mano derecha alzó el arco y rozó la cuerda con él. Los primeros sonidos del instrumento eran bajos y monótonos, y expresaban una suerte de obstinación en volver al punto de partida. Eran como una larga, extraordinariamente larga queja, que provocaba angustia en el pecho. A Mark-Alem le pareció que, de continuar unos instantes más, todos ellos sentirían que se quedaban sin aire. ¿Cuánto tardarían en acompañar con palabras aquellos sonos corrosivos? Esta pregunta parecía leerse en los ojos de todos. Era preciso revestir con palabras semejante música, de lo contrario la cuerda, con su estridencia prolongada, les laceraría el alma hasta hacerla sangrar.

Cuando por fin el rapsoda abrió la boca para cantar, Mark-Alem sintió alivio. Pero duró poco, pues, igual que el sonido del instrumento, la voz del rapsoda tenía algo de inhumana. Se diría que mediante una operación singular hubieran arrancado de ella todas las entonaciones cotidianas, para dejar sólo las eternas. Era una voz en la que la garganta del hombre y la garganta de la montaña parecían haberse concertado largamente hasta eliminar toda diferencia. Después se habían concertado con otras voces cada vez más distantes, hasta llegar a los gemidos de las estrellas. Además, tanto la voz como las palabras mismas eran de tal condición que parecían poder brotar tanto de las bocas de los vivos como de los muertos. La concertación, pues, alcanzaba también a los espíritus y puede que esta última fuera la más

íntima, la más lograda.

Mark-Alem no apartaba los ojos de la delgada cuerda solitaria tensada sobre la boca de la oquedad. Era la cuerda la que daba origen al gemido, y la oquedad bajo ella la que lo devolvía, ampliándolo hasta proporciones aterradoras. Súbitamente a Mark-Alem se le reveló que aquella cavidad era la caja torácica que alojaba el alma de la nación a la que él pertenecía. Desde allí se alzaba vibrante el gemido secular. Ya había conocido antes retazos de ella, pero sólo ahora tenía la ocasión de escucharla completa. Sentía en su propio pecho la cavidad vacía de la *lahuta*.

El otro rapsoda se puso entonces a cantar la *Balada del Puente*, y en el profundo silencio que reinaba, Mark-Alem tuvo la impresión de distinguir los golpes de los albañiles que, bajo el sol frío, construían el puente salpicado por la sangre del sacrificio, el puente que no sólo había dado su nombre a los Qyprilli sino que los había marcado también con su fatalidad.

Aunque la angustia le oprimía el pecho sintió bruscamente un irreprimible deseo de desembarazarse de la mitad asiática de su nombre y adoptar uno nuevo, uno de los que llevaba la gente de su tierra natal: Gjon, Gjergj o Gjorg.

Mark-Gjon Ura, Mark-Gjergj Ura, Mark-Gjorg Ura..., se repetía como intentando habituarse a la nueva mitad de su nombre cada vez que oía pronunciar la palabra *ura*, la única que comprendía en el relato del rapsoda.

De pronto, de forma desvaída, tal como acude un sueño a la memoria, atravesó su cerebro el sueño de cierto mercader, acerca de un instrumento musical emitiendo sus sonidos en mitad de un terreno polvoriento. No recordaba los detalles, sólo que en una ocasión había deseado arrojarlo al cesto de los papeles, pero por fin lo había dejado pasar. Y ahora, repentinamente, creía reconocer en aquel instrumento que aparecía en el sueño, una asombrosa semejanza con la *lahuta*.

El rapsoda continuaba con la misma voz vibrante. Kurt, con los ojos encendidos como por un acceso de fiebre, no apartaba la vista de él. De vez en cuando, le traducía en voz baja algo al austriaco, seguramente algún verso, que a su vez escuchaba con gran atención. El Visir, con los ojos congestionados, cuyas ojeras se tornaban cada vez más oscuras, permanecía con las manos cruzadas sobre el pecho. Mark-Alem lograba captar algún verso suelto pero la mayoría le resultaba difícilmente comprensible:

Has hallado la tumba, oh tú, ligado por la besa...

Mark-Alem se aproximó muy despacio al lugar donde se encontraba su tío con el austriaco. Kurt intentaba traducirle precisamente aquel verso. Mark-Alem entendía algo el francés y prestó atención.

—*C'est très difficile á traduire*— decía Kurt. —*C'est presque impossible.*

Entre lo que alcanzaba a comprender por su cuenta y lo que captaba de la traducción de Kurt, Mark-Alem intentaba seguir el texto de la epopeya.

—Es el vivo que acude ante la tumba de su enemigo y lo reta a duelo— le explicaba Kurt al austriaco. —*C' est macabre, n' est pas?*

—*C' est magnifique!*— respondía el otro.

—El muerto sufre al no poder levantarse, se agita, gime— continuaba explicando Kurt.

¡Oh, Dios, resulta tan diáfano!, se dijo Mark-Alem. Todo estaba verdadera y definitivamente claro. Aquella cavidad de la *lahuta* era justo la tumba donde se debatía el muerto. Sus gemidos surgían desde las profundidades, estremecedores como ninguna otra cosa.

—Y ahora los cuclillos que anuncian la desgracia— siguió Kurt en voz baja.

El austriaco subrayaba cada una de sus frases con un cabeceo de asentimiento.

—Es el paladín Zuk, cegado traicioneramente por su madre y el amante de ésta, que vaga por las cumbres invernales sobre su montura igualmente cegada.

—¡Cegado por la madre! *Mon Dieu!*— exclamó el austriaco. —¡Pero eso es justamente la Orestiada! *Das ist die Orestiaden!*

Mark-Alem estaba ahora muy cerca de ellos, de modo que no se le escapara una sola palabra. Kurt abrió la boca para proseguir su explicación, cuando en ese mismo instante se oyó un ruido insólito procedente del exterior. La mayor parte de los presentes volvieron la cabeza, unos hacia la puerta, otros hacia las ventanas. El ruido se repitió, mezclado con algo semejante a gritos agudos. Después, entre el estrépito, se distinguieron fuertes golpes en la puerta.

—¿Qué es eso? ¿Qué ocurre?— exclamaron varias voces. Luego todos callaron. El rapsoda interrumpió su canto y el silencio se hizo más profundo. Los golpes se escucharon nuevamente, esta vez más fuertes.

—Dios mío, ¿qué es esto?— gritó alguien.

Todos se volvieron hacia el Visir, cuyo rostro se convirtió de pronto en una máscara de cera. Se oyó abrirse una puerta, otro grito, éste muy breve, después pasos pesados aproximándose. Los invitados, petrificados, tenían los ojos vueltos hacia las puertas. Por fin éstas fueron empujadas con brutalidad desde fuera y en el umbral apareció un grupo de gente armada. Algo, quizá las luces del salón, el aspecto de los invitados o un grito que

nadie supo de qué garganta procedía, los contuvo en la entrada. Sólo uno de ellos siguió adelante y, con ojos que parecían no ver ni encontrar lo que parecían buscar, dijo sin mirar a nadie.

—La policía del Soberano.

Nadie respondió.

—¿El visir Qyprilli?— preguntó el oficial, que aparentemente había encontrado por fin lo que buscaba. Dio dos pasos más en dirección al Visir y se inclinó profundamente. —Excelencia, he recibido una orden del Soberano. Permitidme que la cumpla.

Dicho esto, extrajo de su pecho un decreto que desplegó ante la mirada del Visir. Todos los cambios que hubiera podido experimentar el semblante de este último ya se habían producido con anterioridad, de modo que la cera de su máscara permaneció rígida.

Pero para el oficial aquella rigidez bastaba como señal de aprobación.

—Su documentación— gritó volviéndose de pronto hacia los invitados, mientras con un movimiento de cabeza hacía saber a sus hombres que debían entrar en el salón.

Eran una media docena, todos armados, con el emblema de la policía del Emperador en la solapa y en el casco.

—¡Yo soy súbdito extranjero!— se escuchó entre el leve murmullo la voz del austriaco.

Mark-Alem buscaba en vano a su madre con la mirada. Una voz severa, aunque demasiado suave para serlo, repetía una y otra vez: "Por aquí, por aquí".

Habían abierto la puerta lateral que daba a una sala aneja y por ella empujaron a parte de los invitados.

—Kurt Qyprilli— pronunció en alta voz uno de los policías, volviéndose hacia el oficial. —éste de aquí.

El oficial se dirigió a él. Tuvo tiempo de sacar las esposas del bolsillo antes de llegar.

Mark-Alem vio cómo el oficial, con movimientos rápidos y firmes, unía con una mano las muñecas de Kurt, mientras con la otra le ponía las esposas. Cosa extraña, Kurt no hizo la menor resistencia; se limitó a contemplar las esposas con cierta sorpresa. Lo mismo que una parte de los invitados, Mark-Alem volvió la cabeza hacia el Visir, esperando que pusiera fin de una vez a aquella situación demencial, que ya se había prolongado en exceso. Pero el rostro de su tío continuaba impertérrito. Cualquier otro habría pensado que aquella impasibilidad del poderoso Visir ante la violencia que se le hacía en su propia casa, estaba provocada por el miedo,

pero Mark-Alem adivinó enseguida que la causa era otra. Era el viejo mecanismo de los Qyprilli que, en instantes así, repetidos decenas y decenas de veces en la historia de la familia, engendraba la máscara del divorcio de la realidad. Había en ella fatalismo, ausencia y hastío a un tiempo. Mark-Alem sintió ganas de gritarle: "Despierta, vuelve en ti, Visir, tío, ¿no ves lo que está a punto de suceder?". Pero los ojos del Visir, aunque como los de todos los demás observaban la salida de Kurt esposado, tenían una mirada de aparente sumisión. Era perceptible que su verdadera mirada se hallaba lejos, en el interior de quién sabe qué pozo misterioso, desde donde, quizá, se ponía en movimiento la maquinaria estatal que había engendrado aquella calamidad. Dios Santo, puede que esté pensando cómo detener ese mecanismo, se dijo Mark-Alem y se aproximó a él, para comprobar si era efectivamente así. Y quizá porque se acercó más de lo debido, o bien por pura casualidad, la mirada del Visir se clavó fugazmente en la suya. En ese breve instante, en aquella mirada que más parecía una fugaz raspadura en la frente, Mark-Alem creyó comprender el significado de su confusa conversación en aquella cena inolvidable y de pronto, dolorosamente, su cerebro fue atravesado por la idea de que todo aquello tenía relación sin ninguna duda con el Palacio de los Sueños, con él mismo, con Mark-Alem, y que en esta ocasión los Qyprilli se habían retrasado en algo...

Sintió dos manos que lo empujaban brutalmente hacia la puerta del salón adyacente. En el momento en que trasponía el umbral su mirada tropezó con los rapsodas, que continuaban apartados, inmóviles, entre la pequeña multitud de invitados.

—Mark-Alem— escuchó la voz tenue de su madre una vez que estuvo en la otra estancia. Habría esperado un grito o un sollozo pero comprobó con cierto desconcierto que aquella voz era casi apacible. —¿Qué pasa allí?

Se encogió de hombros, sin responder.

—Estaba pensando en ti— murmuró ella con el mismo sosiego de antes —¡Dios, qué es este desastre!

Mark-Alem comprobó entonces que la mayoría de los invitados se había reunido ya en aquel salón. Alguien preguntaba sin cesar: ¿Qué pasa allí? ¿Hasta cuándo va a durar esto?

—¿Se han llevado a Kurt?— preguntó su madre.

—Me parece que sí.

Se domina, pensó él. No en vano era una Qyprilli. De todos modos comprobó que estaba pálida como la cera.

De pronto, al otro lado de las puertas que separaban ambos salones, se escucharon gritos agudos, después golpes y un quejido.

Siguiendo el impulso de todos los demás, Mark-Alem quiso dar un paso en dirección a las puertas, pero su madre lo sujetó por el brazo.

Del otro lado volvieron a oírse gritos y ruido de cuerpos al caer.

—*Was ist los?*— dijo el austríaco.

—Las puertas están cerradas.

Mark-Alem sentía los dedos de su madre clavados como garras en su brazo. Se escuchó un nuevo grito desgarrador, que se apagó bruscamente.

—¿Quién ha gritado?— dijo alguien. —Esa voz...

—No era el Visir.

Volvió a oírse el ruido sordo de cuerpos derribados y un "aah" estremecedor.

—¡Gran Dios, qué está sucediendo!

Durante unos instantes reinó el silencio. Después una voz lo atravesó:

—Están asesinando a los rapsodas.

Mark-Alem se llevó las manos a la cara. Del gran salón llegaba ahora un taconeo de botas que se alejaban. Alguien movía los picaportes de las puertas.

—¡Abrid, si es que tenéis Dios!

Pero las puertas debían de estar cerradas con llave. Se abrió sin embargo otra que daba a un corredor interior. Alguien decía: "¡Por aquí, por aquí!"

Los invitados salieron uno tras otro como sombras, a excepción de uno que se había derrumbado en el diván. El corredor débilmente iluminado se llenó de pasos. "¿No habrán matado a Kurt?", preguntaba alguno. "No, se lo han llevado." "Por aquí, señores", decía un criado. La salida es por aquí. *Wo ist Kurt?*

La hilera de invitados volvió a salir al pasillo principal, junto al gran salón, detrás de cuyas puertas de cristal opaco se distinguían aún siluetas humanas. Con fuerza, casi con brutalidad, Mark-Alem liberó su brazo de las manos de su madre y se acercó a mirar lo que sucedía en el interior. Una de las hojas estaba entreabierta casi un palmo y a través de la abertura vio una parte del salón en completo desorden. Después sus ojos tropezaron con los cuerpos de dos de los rapsodas, desplomados prácticamente el uno sobre el otro. El tercer cadáver estaba más allá, junto al brasero volcado, con una parte del rostro cubierto de ceniza. Ya no había policías, sólo los criados pisaban silenciosamente sobre la alfombra llena de cristales rotos. Antes de ver al Visir distinguió su sombra inmóvil en la pared, y hubo de empujar un poco la puerta para verlo a él, en la misma actitud rígida de poco antes. Dios mío, todo ha sucedido ante sus ojos, pensó Mark-Alem. Los ojos del Visir

tenían algo en común con los cristales rotos, salpicados por el salón.

Sintió la mano de su madre tirando de él con insistencia y no tuvo fuerzas para oponerse. Tenía ganas de vomitar.

El pasillo estaba casi desierto. Por la puerta principal, que habían dejando abierta, se distinguían las linternas encendidas de los carruajes, que se marchaban uno tras otro.

—Se van todos— dijo su madre con voz apagada. —¿Y nosotros?, ¿qué vamos a hacer nosotros?

Él no respondió.

Uno de los criados apagaba las lámparas de la araña. Tras las puertas del gran salón proseguía el trajín silencioso. Poco después, los criados sacaron los cadáveres de los rapsodas, sosteniéndolos por los brazos y los pies. La cara del tercero de los cuerpos, medio cubierta de ceniza, resultaba particularmente pavorosa. La madre de Mark-Alem volvió la cara hacia otro lado. Él apenas lograba contener los vómitos aunque se sentía incapaz de alejarse de allí. Un último criado salió con los instrumentos musicales en las manos. Casi enseguida regresaron todos al salón.

—¿Qué vamos a hacer ahora?— susurró su madre.

No sabía qué decirle.

Las puertas del salón estaban abiertas de par en par y pudieron ver cómo los sirvientes recogían la enorme alfombra salpicada de manchas de sangre.

—No puedo seguir presenciándolo— dijo ella. —No tengo fuerzas.

En el salón estaban apagando las lámparas: Mark-Alem volvía la cabeza a un lado y a otro, incapaz de emprender movimiento alguno. Sin duda los invitados se habían marchado ya todos. Quizás ellos debieran hacer lo mismo. ¿O debían quedarse, como hacen los allegados cuando la desgracia se cierne sobre una casa? Pero aunque desearan marcharse, no tenían con qué. Su casa estaba lejos y en una noche como aquella no se podía ir caminando. En cuanto a encontrar un coche de punto, no merecía la pena intentarlo siquiera.

La mayor parte de las lámparas estaban ya apagadas. Únicamente continuaban alumbrando algunos faroles aquí y allá, en las escaleras y en los pasillos interiores. La gran mansión se llenaba de susurros. Los escasos sirvientes iban y venían como sombras con candelabros en las manos, cuya luz amarillenta temblaba al fondo de los corredores.

—¡Oh, Dios mío!— exclamaba una y otra vez la madre de Mark-Alem. —¿Qué calamidad es ésta!

Una de las puertas crujió y de la semioscuridad del gran salón salió de

pronto el Visir. Caminando a grandes zancadas, como un sonámbulo, ascendió las escaleras con rapidez y atravesó la penumbra.

—El Visir— dijo su madre, cogiendo de la mano a Mark-Alem. —
¿Lo has visto?

Poco después, uno de los criados bajó las escaleras de cuatro en cuatro, pasó como una exhalación junto a ellos, salió con el mismo ímpetu y a poco oyeron el ruido de un carruaje que partía en dirección desconocida.

Mark-Alem y su madre permanecieron largo rato en la penumbra, siguiendo con la mirada las luces de los candelabros que se trasladaban en una u otra dirección, por los recovecos del enorme palacio. Nadie les hizo caso. Sin decir una sola palabra salieron por la puerta entornada y caminaron hacia la cancela exterior. Los centinelas continuaban allí, a ambos lados de las hojas de hierro. Mark-Alem apenas recordaba el camino hacia su casa. Tampoco su madre tenía la menor idea, pues siempre había hecho el recorrido en coche.

Una hora más tarde estaban caminando aún y se preguntaban si lo hacían en dirección a su casa o si se habían extraviado. Se oyó a lo lejos el estrépito de las ruedas de un carruaje que se aproximaba velozmente. Se apartaron contra la pared y cuando la carroza pasó junto a ellos, Mark-Alem creyó distinguir en la oscuridad la *Q* esculpida en la portezuela.

—Me ha parecido una de las carrozas del Visir—dijo en voz baja. —
Puede que sea la que salió antes.

Su madre no le respondió. El frío y la humedad de la noche la hacían tiritar.

Pasado cierto tiempo se toparon con otro carruaje, que se acercó a ellos con idéntico apresuramiento y, aunque la calle carecía de toda iluminación, a Mark-Alem le pareció volver a distinguir la *Q*, incluso llegó a tender la mano en la oscuridad con la esperanza de que se detuviera y los llevara hasta su casa. Pero el coche pasó raudo a su lado perdiéndose entre la niebla y él comprendió que era una locura esperar ayuda de nadie en aquella noche de pesadilla, surcada por aquellas *Q*, que zumbaban a sus costados como aves de mal agüero.

Cuando llegaron a casa hacía rato que la medianoche había pasado. Como si presintiera el desastre, Loke no se había acostado. En pocas palabras le contaron lo sucedido, para pedirle a continuación que les hiciera un café para reaccionar. En el brasero quedaba aún un rescoldo, que Loke había cubierto de ceniza para poder encender el fuego por la mañana, como de costumbre, pero resultaba del todo insuficiente para quitarles el temblor que estremecía sus cuerpos.

Mark-Alem no tardó en retirarse a su habitación, pero le fue imposible dormir. Cuando se levantó hacia el amanecer, las encontró a las dos tal como las había dejado, acurrucadas junto al brasero casi frío.

—¿Adónde te propones ir, Mark-Alem?— lo interrogó su madre con voz aterrada.

—A trabajar— respondió él. —¿Dónde si no?

—Dios mío, ¿estás en tus cabales? En un día así...

Loke y ella se esforzaron por convencerlo de que aquel día, sería sólo aquel día, no fuera a su maldito trabajo, que pretextara cualquier indisposición, que invocara incluso una razón más grave para justificar su inasistencia, pero que no fuera, bajo ningún concepto, de ninguna manera. No hubo modo de convencerlo. Volvieron a rogarle, sobre todo su madre, que le besó las manos, se las regó con sus lágrimas, le argumentó que en semejante día probablemente el Tabir Saray ni siquiera habría abierto sus puertas. Pero cuanto más insistía ella, más irreductible se mostraba él. Logró finalmente desasirse de sus manos y, cerrando la puerta tras de sí, salió a la calle.

La mañana era fría como pocas. Avanzó con paso vivo por la calle que, como de costumbre a aquella hora, estaba casi desierta. Los escasos transeúntes, con los rostros envueltos en bufandas, parecían aún adormilados. Esta vez su cabeza no estaba menos embotada que la de ellos. Todavía no se había repuesto de lo sucedido la víspera. Igual que ciertas criaturas marinas segregan a su alrededor una nube defensiva, al parecer su cerebro había encontrado el modo de precaverse de todo pensamiento preciso. A veces llegaba incluso a dudar que en verdad hubiera sucedido algo. Imaginaba en esos fugaces momentos que todo había sido un delirio, de aquellos que abarrotaban los cartapacios allá en el Tabir Saray. Mas la verdad, como una aguja, conseguía traspasar un instante su cerebro, aunque éste no tardaba en recuperar su embotamiento, para de nuevo, tras un breve respiro, sufrir la misma punzada dolorosa de lucidez. Había observado que con motivo de tormentos de esa naturaleza, el instante inmediato al despertar era particularmente insoportable. Pero él se encontraba ahora en un estado amorfo, ni dormido ni despierto. Y de igual modo le parecía el mundo en torno, los muros de los edificios salpicados de manchas de humedad, los caminantes de rostros grises que se tornaban más numerosos a medida que se aproximaba al centro. No le resultaba difícil distinguir entre ellos a los funcionarios de los ministerios y de las instituciones centrales, que apresuraban el paso de una manera especial, unidos quizá por su común horario de trabajo.

Ante el palacio de Seyhul-Islam divisó a los soldados de la guardia, más numerosos que el día anterior. Sobre sus cascos húmedos por el relente nocturno flotaban reflejos turbios. También había soldados en la encrucijada frente a la Banca. Al parecer, continuaba el estado de emergencia. No, nada había sido un delirio. Y Kurt se encontraba en prisión... Incluso... La alfombra ensangrentada que los criados habían enrollado ante sus ojos se empecinaba en envolver todos sus pensamientos. Cómo podría en adelante pisar una alfombra sin sentir vértigo. Conservaba todavía el sabor de los vómitos en el fondo de su garganta.

El Palacio de los Sueños está abierto, se dijo, al divisar desde lejos las puertas. Los funcionarios las atravesaban en grandes grupos. La mayor parte no se conocían entre sí, de modo que ni siquiera se saludaban, mucho menos conversaban. Ni siquiera en el pasillo que conducía al departamento de Interpretación se encontró con ningún conocido. Afortunadamente su vecino estaba allí, en la mesa.

—Eh —dijo éste cuando Mark-Alem tomó asiento junto a él. —¿Te has enterado de algo?

—No, no sé nada— mintió Mark-Alem. —Acabo de llegar. ¿Qué ha sucedido?

—Tampoco yo sé nada concreto, pero es evidente que ha ocurrido algo importante. ¿Has visto a los soldados en la calle?

—Sí. Tanto anoche como ahora.

El otro, simulando ocuparse de su expediente, acercó un poco más la cabeza.

—Parece que les ha sucedido algo a los Qyprilli. Pero no se sabe qué. Mark-Alem sintió que los latidos de su corazón se amortiguaban.

Idiota, dijo para sí. Tú lo sabes todo, ¿por qué te asustas de las palabras de otro? No obstante preguntó:

—¿Entonces?

Su voz sonó apagada, como si temiera que lo sucedido sólo pudiera acabar de materializarse al ser expresado por alguien.

—No sé nada seguro. Es sólo un rumor. Quizá sea un chisme.

—Quizá— dijo Mark-Alem y se inclinó sobre su legajo mientras se repetía: idiota, ¿crees que las cosas van a remediarse así?

Sus ojos eran incapaces de leer. Era un sueño demente al que él, diez veces más demente, debía proporcionar un sentido. Los demás funcionarios estaban encorvados sobre sus legajos. Se oía sin cesar el murmullo de las hojas que pasaban.

—Continúa percibiéndose cierta inquietud aquí susurró su vecino. —

Algo va a suceder, seguro.

¡Qué más puede suceder! pensó Mark-Alem.

La cabeza le pesaba como el plomo. Sentía que estaba a punto de quedarse dormido allí mismo, sobre el cartapacio abierto, y de derramar directamente en él su propio sueño, fresco aún, como el rocío recién caído. Insensateces, se dijo, frotándose la frente con la mano. Insensateces y nada más. Puede que no debiera haber venido hoy.

Nunca había ansiado tanto el anuncio del descanso. Sus ojos se entrecerraban sobre un sueño ajeno, descrito en la hoja de papel que tenía delante. Un poco más y su sueño se fundiría con aquel otro para formar uno solo, del mismo modo que se unen ciegamente los destinos de las personas.

La campana del descanso lo hizo estremecerse. Con paso torpe se incorporó al gentío que descendía a los sótanos. Imperaba en él la algarabía acostumbrada de todos los días, como si nada hubiera sucedido. En realidad nada les había sucedido a ellos. Se esforzó por atrapar alguno de los cuchicheos que lo rodeaban, pero no tenían relación alguna con lo ocurrido. A fin de cuentas, qué falta me hace, pensó. Nadie sabía más que él acerca de ello. De modo que no tenía ninguna necesidad de sus ociosos chismorreos.

Tomó un café y lentamente comenzó a ascender las escaleras. A su lado la gente continuaba charlando acerca de los más diversos asuntos. Dos o tres veces le pareció oír las frases "estado de emergencia", "¿has visto a los guardias?", pero continuó su camino murmurando para sí: ¡qué me importa todo esto!

De este modo trataba de convencerse a sí mismo de que no sentía ningún deseo de enterarse de nada, ni siquiera por simple curiosidad; sin embargo, una vez sentado ante su mesa, se dio cuenta de que esperaba con impaciencia el regreso de su vecino.

Éste apareció por fin en la puerta. Sus propios andares denotaban que traía novedades.

—Parece que ha sido un sueño la causa de todo — susurró apenas se acercó.

—¿La causa de qué?

—¿Cómo de qué? Del infortunio de los Qyprilli.

—¡Ah! ¿De modo que es verdad?

—Sí. Está confirmado. Han recibido un duro golpe. Oh, Dios, como si lo hubiera presentido. Ayer tarde ya se notaba en el ambiente...

—¿Y qué sueño era ése?

—Un sueño extraño, enviado por un vendedor de verduras. Hum, a primera vista parecen siempre las cosas así, inofensivas, cuestión de

verduras, de campos de hierba, pero después resulta que detrás se oculta el desastre. Éste era un sueño de éstos, un sueño con un puente y una flauta, o un violín, o no se qué instrumento musical.

—¿Un puente, un instrumento musical...? —murmuró Mark-Alem.
—¿Y después? ¿Qué más había?

—También un animal rondando, pero lo principal era el puente con el violín ¿me comprendes?

Sintió como si le aplastara el pecho una pata de elefante. Era precisamente aquél maldito sueño que había pasado dos veces por sus manos.

—Pero ¿qué te pasa? —le preguntó su vecino. —Tienes aspecto de no encontrarte bien.

—No es nada. Ayer estuve indispuerto. He estado vomitando toda la noche.

—Se te nota enseguida. De modo que... ¿por dónde iba?

—El sueño ése...

—¡Ah sí! pues ésa fue la señal. Se descifró el significado y la conclusión fue evidente. Se vinculó el puente con el nombre de los Qyprilli, me entiendes, Qypri o Köprü significa puente, de donde se estableció la relación, después el ovillo se desenredó por sí solo.

¡De modo que así había sido! Sintió que se le secaba la boca. Recordó que entonces se había esforzado en vano por establecer una relación entre el puente y el toro enfurecido, que representaba sin lugar a dudas una fuerza destructiva, y así había clasificado el sueño en el cartapacio de los sueños sin descifrar.

Ahora que otro lo había desentrañado, con tanto éxito además, quizá le pidieran cuentas por no haberlo logrado él mismo. Sospecharían que lo había hecho intencionadamente, para borrar el rastro: era lo más natural ¿no era él un Qyprilli? Podía esgrimir en su defensa el hecho de que mientras estuvo en Selección, bien podía haber hecho desaparecer el sueño y, sin embargo, lo había transmitido a Interpretación. Mas ello no le impedía temer seriamente que sus explicaciones fueran a parar a oídos sordos.

—Además, estaba ese violín, o no sé qué instrumento musical— continuó su vecino, —que parece guardar relación con una epopeya que se canta en los Balcanes sobre los Qyprilli. Pero oye, ¿a ti qué te pasa? ¿Otra vez te encuentras mal?

Mark-Alem asintió con un gesto, incapaz de hablar. Más con el propósito de desviar la atención de su compañero de mesa que de escucharlo, le hizo señas de que continuara. Mencionada la epopeya se

había esfumado la última esperanza de que todo fuera producto de su fantasía. La detención de Kurt, los rapsodas asesinados eran la prueba de que la epopeya estaba verdaderamente de por medio y que el sueño había sido la causa del desastre. Le parecía ahora claro como la luz del día: los Qyprilli (el puente), por medio de su epopeya (el instrumento musical) emprendían una acción contra el Estado (el toro enfurecido). ¿Cómo no se le había pasado por la cabeza antes? Tuvo en sus manos la posibilidad de evitar la matanza y no había hecho nada. La cena con el Visir, sus confusas advertencias de que se mantuviera alerta, no habían sido casuales, pero fue incapaz de captar la señal, se durmió sobre sus legajos y la fatalidad se había abatido sobre los suyos.

—¿Te encuentras mejor ahora?

—Sí. Algo mejor.

—Estupendo. No te preocupes, se te pasará. Resulta entonces que esa epopeya era la vieja causa de las fricciones entre los Qyprilli y el Soberano. No en vano los partidarios de la familia llevaban largo tiempo aconsejándoles que renunciaran a esa epopeya. Bien, pues ellos se negaron a escucharlos, aun a sabiendas de que por su causa habían sufrido frecuentes desgracias. Y todavía hay más: como si la canción de gesta eslava no fuera suficiente, habían invitado también a unos rapsodas albaneses, ¿te das cuenta? ¡Madre mía! Se habían cavado ellos mismos la fosa bajo sus propios pies. Fue precisamente eso lo que provocó la ira del Soberano. Está muy apesadumbrado. Ha decidido ponerle fin a esta historia de una vez y para siempre, y arrancar de raíz esa epopeya maldita. Incluso parece que se ha designado a un grupo de funcionarios que van a ser despachados con urgencia a los Balcanes con ese cometido, especialmente para hacer desaparecer la epopeya albanesa, pues por lo visto era el núcleo originario a partir del cual se extendió la semilla dañina.

—¿Ah, sí?— exclamaba Mark-Alem una y otra vez, mientras se decía: ¿cómo habrá podido enterarse de todo eso?

—¿Estás mejor ahora? Te lo dije, se te pasará. ¿Qué estaba diciendo? Ah, sí, además de eso y con motivo del extrañó acontecimiento, se espera un deterioro de las relaciones con Austria y, en cambio, un acercamiento con Rusia. Anoche, en la recepción oficial, el embajador ruso apenas lograba ocultar su satisfacción.

Mark-Alem recordó la expresión aterrada del hijo del cónsul austriaco en la cena. ¡Oh, Dios, resulta que todo es verdad!, se dijo y sin embargo le susurró a su vecino:

—¿Y qué pinta Rusia en relación con esas epopeyas funestas?

—¿Qué pinta Rusia? Bueno, también yo me hice esa pregunta, pero las cosas son más complicadas de lo que aparentan, amigo. No son meros asuntos de versos y de banquetes como pueden parecer a primera vista. Si así fuera, nuestro Soberano ni siquiera se rebajaría a perder el tiempo con ellos. Así pues, las cosas son complejas, y mucho. Todo guarda relación con el asentamiento y desplazamiento de pueblos en los Balcanes, con la proporción entre los pueblos eslavos y no eslavos, como es el caso de los albaneses; en una palabra, está en juego el mapa de los Balcanes. Porque esa epopeya, según ya te he dicho, se canta en dos lenguas: en albanés y en eslavo, de modo que está directamente vinculada con cuestiones de fronteras étnicas en el interior del Imperio. Eso pensaba también yo al principio: ¿qué tiene que ver Austria, y mucho menos Rusia, en esta historia?, pues ya ves, están implicadas tanto la una como la otra. Austria defiende a los pueblos no eslavos; en cuanto al padrecito Zar, como llaman los eslavos al emperador ruso, interviene de forma constante ante nuestro Sultán sobre la situación y condiciones de los pueblos de su raza. Por todas partes tiene gente que le informa. Y esa epopeya está vinculada precisamente con las relaciones entre los pueblos de los Balcanes. Dicen que los rapsodas albaneses fueron asesinados allá en la casa de los Qyprilli, y sus instrumentos musicales despedazados junto con sus dueños. ¿Te sigues encontrando mal?

Mark-Alem tenía los ojos entornados.

—No te preocupes. Ya se te pasará. Yo también he padecido molestias de esa clase... Pues así son las cosas, amigo, siempre más complejas de lo que parecen. Nosotros aquí nos creemos que sabemos algo, cuando en realidad no conocemos más que unos cuantos sueños, pura niebla...

Continuó hablando durante cierto tiempo, después su parloteo se fue tornando cada vez más quedo, hasta que se redujo a un susurro dirigido a sí mismo. El cerebro de Mark-Alem no cesaba de darle vueltas a cuanto había escuchado. ¡Ah, si hubiera hecho desaparecer el sueño ya entonces, en Selección, como se aplasta la cabeza a una víbora antes de que crezca... Pero lo había dejado escapar, reptar de cartapacio en cartapacio y de departamento en departamento, creciendo y acumulando veneno, hasta terminar por convertirse en un Sueño Maestro. El remordimiento le roía el pecho sin piedad. Una y otra vez se esforzaba por tranquilizarse a sí mismo: puede que el sueño hubiera encontrado de todos modos el camino para llegar donde debía, ya que clanes tan poderosos, incluso estados extranjeros estaban interesados en que así fuera. Además, aun cuando el sueño hubiera sido en verdad eliminado, ¿no podía... fabricarse otro? ¿No le había dicho el Visir casi abiertamente que se fabricaban toda clase de sueños, incluso los

Sueños Maestros? No, había obrado bien evitando mezclarse en aquella historia, bien y cien veces bien. Podía hacerse después una investigación minuciosa, descubrir a quien había hecho desaparecer el testimonio y entonces el castigo (que incluso ahora lo asustaba), habría caído con todo su horror no sólo sobre él sino sobre toda su familia. Ésta era quizá la razón de que el Visir no le hubiera dado instrucciones precisas sobre lo que debía hacer. Por lo visto, también él vacilaba, ni él mismo estaba seguro de cuál era la conducta apropiada. ¡Oh! se quejó Mark-Alem para sus adentros. ¡Qué falta me hacía a mí este trabajo maldito!

—Hoy se espera que lleguen las felicitaciones oficiales— escuchó la voz de su vecino.

—¿Felicitaciones? ¿Por qué?

—¿Cómo que por qué? Por el sueño que fue el origen de todo, desde luego. Qué aturdido estás, Mark-Alem. ¿De qué estábamos hablando hasta ahora?

—Ah, sí, sí...— suspiró Mark-Alem.

—Pero bueno, estás disculpado. Hoy no estás bien de salud. Olvídalo... Los de Selección ya han sido felicitados por la mañana temprano. Seguramente también lo hayan sido los demás departamentos, empezando por Recepción, y puede que hasta haya salido ya la felicitación, junto con la gratificación correspondiente, para ese vendedor de verduras. Una sola cosa me intriga y no alcanzo a comprender: ¿por qué se retrasa tanto la felicitación para el departamento de Interpretación?

—¿Se está retrasando?

—¿No te hablaba de cierto nerviosismo que se apreciaba por la mañana? Ahí lo tienes, quizá ésa sea la razón: la tardanza de las felicitaciones.

—¿Y por qué será?

—Vete a saber— continuó el otro. —Llevo un buen rato observando al jefe. Está inquieto. ¿No te lo parece a ti también?

—Sí— respondió Mark-Alem.

—La verdad es que tiene motivos. Si se trata de felicitaciones, Interpretación las merece antes que nadie. A menos que...

—A menos que se haya dado una interpretación errónea.

—Pero entonces, ¿cómo es posible que se haya rectificado la interpretación del sueño? No existe ningún otro departamento que se ocupe de eso además de Interpretación. Los del Sueño Maestro se limitan a elegir, ¿no es así?

—Tienes razón— dijo su vecino un poco sorprendido de que Mark-

Alem experimentara aquel repentino interés. —La verdad es que resulta difícil imaginar nada semejante. Pero bueno, tampoco el retraso de las felicitaciones tiene explicación alguna.

Durante un rato ambos se sumergieron en sus legajos. Ni uno ni otro llegaba a entender nada de lo que leía. ¡Si supiera que soy un Qyprilli!, pensaba Mark-Alem. Sin embargo, tarde o temprano llegaría a enterarse, lo mismo que su jefe, quien sin duda ya estaba informado aunque no diera muestra alguna de ello, incluso ahora que la desgracia de los Qyprilli constituía el tema del día. Mas puede que él tuviera hoy sus propias preocupaciones. Más adelante seguro que lo mirarían de otro modo, si es que no lo apartaban pura y simplemente de aquel trabajo.

—Llaman otra vez al jefe— murmuró su vecino. —Está lívido, ¿lo ves?

—Lo veo— dijo Mark-Alem.

—Ya te lo decía yo. No podía ser una buena señal eso de que no llegaran las felicitaciones. Ahora está claro que no las va a haber, ahora todo consiste en que no haya...

—¿Qué?— preguntó Mark-Alem con un hilo de voz.

—Todo consiste en si habrá o no sanciones.

—¿Tú crees? Pero, ¿por qué... por qué?

Una llama de esperanza comenzó a agitarse en el interior de Mark-Alem. Pero era tan tenue que temía que fuera a apagarse de un momento a otro.

—Vete a saber por qué. No hay quien entienda nada.

Se estaba poniendo visiblemente nervioso. La idea de que algo estaba sucediendo sin que él lograra enterarse, le resultaba, a juzgar por las apariencias, inaceptable. Su cabeza se volvía con movimientos impacientes hacia la puerta interior por la cual había salido el jefe y hacia la que daba al corredor.

—Algo está sucediendo. Eso no hay quien lo dude. Es terrible, terrible— murmuraba.

Era tan visible su excitación que no sabía si era terrible lo que sucedía o el hecho de que él no pudiera enterarse.

Nunca había deseado tanto Mark-Alem que las palabras del vecino fueran ciertas. Él, que había evitado a toda costa cualquier conversación que comenzara con las palabras "has oído, algo pasa", rogaba ahora desde lo más profundo de su corazón que sucediera algo en verdad. Si la felicitación por el maldito sueño no llegaba, si, por el contrario, se confirmaba la existencia de sanciones, significaba que la situación podía haber expe-

rimentado un giro en las últimas horas... Interrumpió el hilo de sus optimistas conjeturas con un miedo supersticioso a que, por el hecho de pensarlas, pudieran frustrarse. Por otra parte ¡parecía tan improbable un milagro así!

—Salta a la vista, hay que estar ciego para no verlo— murmuró su vecino con voz silbante, casi colérico, como si Mark-Alem se opusiera a que sus suposiciones se confirmaran.

Entre las mesas, los empleados cuchicheaban unos con otros, mientras los que trabajaban junto a las ventanas estiraban el cuello para mirar hacia el exterior. Por lo visto, parte de lo que estaba sucediendo había logrado penetrar hasta allí.

Mark-Alem evocó los carruajes marcados con la *Q*, que vagaban como dementes a través de la noche y, por primera vez, creyó en serio que en efecto algo había sucedido después de los acontecimientos presenciados por él. El Visir no había permanecido de brazos cruzados. Aquella salida furiosa del salón cuando todo hubo terminado, su ascenso por las escaleras como un sonámbulo, eran presagios de su respuesta. Después la carroza que había partido hacia algún lugar atravesando la noche, los carruajes que su madre y él habían encontrado entre las tinieblas, sin saber a dónde iban o de dónde volvían. ¡Dios mío, si fuera verdad!

—No, no puedo más— dijo su vecino. —Voy a ver si me entero de lo que pasa. Si me buscan, díles que he bajado al Archivo.

Sin más tardanza, con paso sigiloso para no llamar la atención, se escurrió como una sombra hasta la salida. Mientras lo seguía con la mirada, Mark-Alem sintió una oleada reconfortante. Al menos, pronto se enteraría de algo.

Pasó cierto tiempo con los ojos clavados en el expediente sin leer, naturalmente, nada. La impaciencia por escuchar cuanto antes las novedades se mezclaba con una suerte de satisfacción porque su compañero se retrasara, muestra segura de que las noticias serían más detalladas. No obstante, creía necesario hacer un esfuerzo sobrehumano para reprimir el nacimiento de una esperanza que podía estar injustificada. Sentía que un nuevo desengaño acabaría por derrumbarlo.

Ahora, no sólo quienes estaban instalados junto a las ventanas volvían la cabeza con creciente frecuencia para mirar al exterior sino que, cosa sin precedente alguno en aquella sala, otros funcionarios de las mesas vecinas se aproximaban a las ventanas con idéntico objetivo. Sin lugar a dudas estaba sucediendo algo extraordinario. Los ojos de Mark-Alem iban alternativamente de las ventanas a la puerta, por donde esperaba la aparición

de su compañero de mesa. ¿Acaso el Soberano había devuelto el Sueño Maestro, igual que una recién desposada, luego de demostrarse que no es virgen, es devuelta a su casa pasada la noche de bodas?

Bajo ningún concepto quería acariciar esperanzas prematuras, pero lo que estaba sucediendo era en verdad inconcebible. No eran los funcionarios de las mesas situadas en mitad de la sala los únicos que abandonaban sus sitios sino también los que se sentaban al fondo. Veía acercarse a las ventanas a gente que jamás osaba moverse de sus asientos, personajes que se diría formaban parte de sus mesas y que no sólo no debían haber pensado nunca en la posibilidad de aproximarse a los cristales para echar un vistazo por curiosidad sino que a buen seguro ni siquiera habían advertido que la sala donde trabajaban tuviera ventanas.

Sintió que la impaciencia lo devoraba. Aguantó cuanto pudo y al fin emprendió una acción que una hora antes le habría parecido descabellada: caminó a través de la sala para acercarse a uno de los grandes ventanales.

El corazón no le habría latido con mayor intensidad si se hubiera asomado al borde de un precipicio. Además, la luminosidad que penetraba a través de los cristales era tan especial... Aquí y allá los funcionarios, con el pecho apoyado en el alféizar, miraban hacia abajo.

—¿Qué pasa? ¿Qué es?— susurró Mark-Alem.

Uno de los que miraba volvió la cabeza, lo observó un instante con asombro y después murmuró.

—Allí abajo, en el patio, ¿es que no lo ves?

Miró abajo en la dirección que le indicaban los ojos del compañero. Por vez primera descubría que aquellos ventanales daban a uno de los patios interiores del Palacio de los Sueños. En el patio había soldados. Desde arriba parecían aplastados, pero sus cascos refulgían de manera extraña.

—Soldados— dijo Mark-Alem.

El otro no respondió.

—¿Por qué será?— dijo Mark-Alem al cabo de un instante. Volvió la cabeza y comprobó que su interlocutor se había marchado.

Observaba abajo a los hombres armados, que le parecieron soldaditos de plomo. Con el cerebro embotado recordó confusamente los carruajes con la *Q* esculpida en los costados, que siempre le hacían pensar, ignoraba por qué, en los pájaros nocturnos. A causa de la confusión de sus ideas encontraba casi normal que acudieran a su memoria tanto bajo su forma real de carruajes como bajo la de lechuzas revoloteando en las tinieblas.

—¿Qué es?— escuchó la voz de alguien a su lado, jalónada de toses asmáticas.

—Allí abajo, en el patio, ¿es que no lo ves?

La respiración del recién llegado parecía capaz de velar los cristales helados. Mark-Alem no supo cuánto tiempo permaneció allí inmóvil. El frío procedente de la ventana lo hizo volver en sí. Regresó con paso lento a su lugar. Su vecino había regresado.

—¿Dónde estabas?— le preguntó. —Hace rato que te espero.

Mark-Alem señaló las ventanas con la cabeza.

—Bobadas— respondió el otro. —¿Qué puedes ver desde tan alto? Escucha bien, traigo noticias sensacionales. Dicen que casi la mitad de los encargados del Sueño Maestro han sido arrestados.

—¿Qué?

—Espera, hay más. Se habla también de detenciones inminentes entre el personal de Interpretación. Empezando por el jefe.

Mark-Alem apenas pudo tragar saliva.

—El patio está lleno de soldados— murmuró.

—Sí, pero éstos están para otra cosa. Parece que una parte de los directivos del Tabir van a ser detenidos.

—¡Oh, Dios! y eso ¿qué significa?

—Los Qyprilli han dado el contragolpe. Era de esperar.

—¿Qué contragolpe?— balbuceó Mark-Alem. —¿Cómo? ¿Cuándo? ¿Contra quién?

—Espera... ¡qué impaciente eres! Ahora te lo cuento todo. Pero acerca un poco más la cabeza, de lo contrario terminaremos nosotros lo mismo que ellos. El Tabir Saray está en ebullición. Anoche, o mejor dicho hacia el amanecer de hoy, ha sucedido algo verdaderamente enigmático.

Los carruajes en forma de lechuza, pensó Mark-Alem. Creía haber oído incluso que había una clase de carruaje con nombre de pájaro.

—De modo que, según parece, los Qyprilli no se quedaron de brazos cruzados después de encajar el golpe. Se han movido durante la noche, han dado un contragolpe rápido de un modo que ni yo, ni tú ni nadie podemos adivinar, al menos por el momento. Hacia el amanecer, por lo que se ve, han conseguido asestar su mazazo. Pero tal como te digo, todo está envuelto en el misterio. Un enfrentamiento, un intercambio de golpes terribles pero sordos ha tenido lugar en las profundidades, en los cimientos mismos del Estado. Nosotros no hemos sentido más que el temblor superficial, como sucede con el terremoto cuyo epicentro se halla a gran profundidad. Así pues, en el transcurso de la noche se ha producido ese choque aterrador entre dos grupos rivales, o entre fuerzas, tómalo como quieras, que actúan de contrapeso en el interior del Estado. El resultado es que la capital entera

está presa de la fiebre y nadie sabe nada cierto, incluso nosotros que estamos aquí, donde tiene su origen el misterio.

Mark-Alem estuvo tentado de decir que él había tenido dos veces en sus manos aquel sueño maldito, pero no tuvo que pensarlo más que un instante para llegar a la conclusión de que sería una idiotez.

—Antes del amanecer se han visto carruajes yendo y viniendo entre las embajadas y el Ministerio de Exteriores— continuó su vecino con voz monocorde. —Pero eso no es todo. Los principales bancos del Imperio están implicados, según se dice, en el asunto, y también las grandes empresas mineras del cobre. Se habla incluso de una devaluación de la moneda.

—Fíjate, fíjate...

—Así están las cosas, verdaderamente embrolladas y bien distintas de lo que parecen en la superficie. Como hundidas en el fondo de un pozo muy profundo... Y entretanto nosotros, como ya te he dicho alguna vez, no vemos más que sueños, jirones de niebla.

El día transcurrió en medio de la ansiedad en el Palacio de los Sueños. Poco después del mediodía, el jefe de Interpretación fue efectivamente detenido, así como una parte de los directivos del Tabir. Durante toda la tarde se estuvieron esperando más detenciones. Pero llegada la noche no había sucedido nada nuevo.

Mark-Alem regresó a casa impaciente por contárselo a su madre. Le relató por orden cuanto sabía, un tanto sorprendido al no encontrar en los ojos de ella la alegría que esperaba provocar.

Enviaron recado a casa del Visir, con la esperanza de que les trajera de vuelta alguna buena noticia sobre Kurt, pero el hombre regresó sin informaciones al respecto.

Aunque apenas había dormido la noche anterior, Mark-Alem no llegó a conciliar el sueño. Para una vez que le pareció adormecerse, volvió bruscamente en sí a causa de un ruido lejano. Se levantó, se acercó a la ventana, pero no logró averiguar qué sucedía. Después distinguió un enrojecimiento pálido en el horizonte y por un instante pensó: ¿no se estará quemando el Palacio de los Sueños? Pero enseguida comprendió que el fuego era en otra dirección. Se echó nuevamente en el lecho, donde estuvo largo tiempo dando vueltas. No había amanecido aún cuando se levantó, se afeitó cuidadosamente y mucho más temprano que de costumbre se dispuso a encaminarse al Tabir Saray.

VII

La aproximación de la primavera

Lo que sucedió realmente aquella noche no se supo nunca. A medida que pasaban los días, la bruma que había envuelto, no sólo los detalles sino la naturaleza misma del acontecimiento, se fue tornando más espesa.

En el Palacio de los Sueños las detenciones continuaron toda la semana. El golpe se descargó con particular dureza sobre los encargados del Sueño Maestro. Quienes se libraron de la cárcel fueron apartados del departamento y trasladados a Selección, a Recepción y algunos a Copistería. Como contrapartida, empleados de Selección e Interpretación comenzaron a ser transferidos para llenar las salas desiertas del departamento sacrificado. Mark-Alem estuvo entre los primeros elegidos con ese destino. Dos días más tarde, antes de que pudiera recobrase de la conmoción causada por el cambio, lo convocaron a Dirección (una parte de cuyas oficinas había sido asimismo desalojada por las detenciones), para notificarle su nombramiento como jefe del departamento del Sueño Maestro.

Mark-Alem estaba anonadado. Un salto así en su carrera era casi inconcebible. Era evidente que los Qyprilli se apresuraban a recuperar el tiempo perdido.

Entretanto continuaban sin noticias de Kurt. El Visir estaba permanentemente ocupado. Mark-Alem no conseguía comprender cómo él, que había demostrado ser lo suficientemente poderoso como para remover los fundamentos del Estado Imperial, no conseguía sin embargo liberar de la cárcel a su propio hermano. Pero quizá tuviera razones para no apresurarse, pensaba Mark-Alem. Puede que considere que es mejor así.

El propio Mark-Alem estaba sumergido en su trabajo y no le quedaba mucho tiempo para dedicarse a hondas reflexiones. El departamento debía ser reorganizado de la cabeza a los pies. Los cartapacios sin analizar se amontonaban unos sobre otros. Y el viernes, el día de la presentación del

Sueño Maestro al Soberano, llegaba tan aprisa...

Se había tornado aun más sombrío e inabordable. A pesar de sus esfuerzos por continuar siendo el que había sido, sentía en sus gestos, en su habla, incluso en su modo de andar, que algo estaba cambiando poco a poco. Iba identificándose progresivamente con el género de personas que no había podido soportar a lo largo de toda su vida: los altos funcionarios.

En realidad, a medida que transcurrían los días se hacía más consciente del importante puesto que ocupaba en el Palacio de los Sueños. Disponía de un carruaje, pintado de azul claro, que lo esperaba permanentemente a la salida, y sentía que no sólo el carruaje sino su misma presencia irradiaba en torno respeto, silencio y temor. Aquello le hacía sonreír porque en verdad le parecía inconcebible que precisamente él, que había sido torturado más que ningún otro por el misterio y la sombra ominosa que proyectaban los órganos estatales, esparciera ahora a su alrededor ese mismo misterio, esa misma amenaza. Mas, pensaba a veces, quizá se tratara de la propia naturaleza de las cosas. Quizá precisamente por haber sido hipersensible ante su acción, había acumulado en sí mismo tanto misterio y tanta amenaza como para irradiarlos ahora en grandes cantidades sobre cuanto lo rodeaba.

Absorto en su trabajo no había notado que el invierno había comenzado a suavizarse. El mecanismo del Palacio de los Sueños trabajaba a pleno rendimiento. Como uno de sus principales directivos, leía todas las mañanas el informe especial del día, de carácter ultrasecreto. El gráfico del sueño de los pueblos variaba de acuerdo con los acontecimientos que se producían en sus territorios, y se había reclamado un informe especial sobre el insomnio que aquejaba a Albania. El vendedor de verduras que había enviado el sueño fatal llevaba muchos días en una de las cámaras de aislamiento, con el fin de que proporcionara las debidas explicaciones. Sus testimonios ocupaban ya más de cuatrocientas páginas. De manera general se esperaba un período de sueño inquieto, con un elevado porcentaje de delirios.

En los momentos de decaimiento, Mark-Alem había adquirido el hábito de restregarse largamente los ojos, como si tratara de arrancar el velo depositado en ellos por la lectura.

Una tarde, de regreso a casa como de costumbre, encontró a Loke con el rostro blanco como la cal. El antiguo y conocido vació de la angustia, en cierto modo olvidado hacía semanas, volvió a recrearse en su estómago y sus pulmones.

—¿Qué sucede?— preguntó en voz muy baja. —¿Kurt?— Loke

asintió con un gesto.

—Así que no lo liberan— murmuró. —¿Cuántos años?

Los ojos de ella, que parecían a punto de disolverse en la humedad que los inundaba, persistían en su expresión desolada.

—Cuántos años de cárcel, te estoy preguntando— repitió él, pero ella continuaba sin responder. Sus ojos lo miraban con la misma ausencia de esperanza. La cogió por los hombros, la zarandéó con brutalidad y, mientras comprendía poco a poco lo sucedido, su cuerpo comenzó a estremecerse. Kurt había sido condenado a muerte. La noticia de la decapitación acababa de llegar.

Subió a su habitación y se encerró en ella, mientras su madre lloraba en la suya en soledad. ¿Cómo es posible?, se repetía una y otra vez. ¿Cómo era posible que justo cuando su liberación parecía cuestión de días hubiera sido condenado a muerte, ejecutado incluso de forma sumaria. Se estrujaba las sienes con las manos. ¿De modo que el contragolpe de los Qyprilli, la reconquista de su poder, su vertiginoso ascenso, no eran más que pura ilusión, una prueba astuta, quizá premeditada, el preludeo de un nuevo golpe? Pero ahora tanto le daba. Que golpearan cuanto antes, con la mayor crueldad, y que acabara ya de una vez para siempre aquella historia.

A la mañana siguiente, pálido como la cera, fue al Tabir Saray con plena conciencia de que le notificarían su destitución para trasladarlo de nuevo a su puesto anterior, a Interpretación, quizás a Selección. Sin embargo sus subordinados lo recibieron con el mismo respeto de siempre, se diría incluso que su rostro empalidecido lo hacía aun más amenazante. Mientras le entregaban diversos escritos e informes, intentaba escudriñar en los ojos o en las palabras de ellos si estaban desarrollando una suerte de juego. Convencido de que no era así se tranquilizó un tanto. Pero su sosiego fue breve. La idea de que, aun cuando se hubiera adoptado ya la decisión de destituirlo, sus subordinados no podían haberse enterado con tanta rapidez hizo renacer su angustia. Encontró un pretexto para ir a la Dirección General y, cuando le dijeron que su titular, por motivos de salud, no había acudido aquel día a trabajar, tuvo la sospecha de que aquello formaba parte de la comedia que se escenificaba a su costa.

La angustia se prolongó durante varios días hasta que una mañana temprano (había observado que todo le sucedía cuando menos lo esperaba) el director general lo llamó a su despacho. Por fin, se dijo, levantándose. Era curioso pero no experimentó conmoción alguna. Se trataba más bien de cierta sordera, sólo interrumpida por sus propios pasos a través del corredor. El rostro del director era solemne. Naturalmente, pensó Mark-Alem, se trata

de la destitución de un Qyprilli. La gravedad es de recibo. En su familia, tanto los ascensos como las destituciones llevaban aparejada la solemnidad. No escuchaba las palabras del director. A fin de cuentas, le daba lo mismo lo que pudiera decirle aquel hombre. Deseaba salir cuanto antes de aquel despacho, marchar al departamento donde lo destinaran, a Selección o a la misma Copistería, y ocupar su puesto insignificante entre cientos de funcionarios insignificantes. En cierto momento quiso interrumpir al director. ¿Por qué no iba al grano, en lugar de darle tantas vueltas?, él no tenía necesidad de prolegómenos tan largos. Pero, en apariencia, al director le satisfacía jugar con él como el gato con el ratón. Quién podía saberlo, quizá le alegrara desembarazarse de aquel vástago de los Qyprilli. Puede que pensara que hacía peligrar su propio puesto. En una ocasión le pareció que hacía cierta alusión a ello. Mark-Alem arrugó el entrecejo. ¿Cómo podía hacer uso con él de un cinismo tan grosero? Su descaro rebasaba todos los límites. Mark-Alem no daba crédito a sus propios oídos: ¡el director le estaba dando la enhorabuena! ¿Y por qué no te vas a burlar?, se dijo y al poco pensó: esto es para volverse loco.

—Mark-Alem, ¿no se siente usted bien?— le preguntó el director con voz suave.

—Lo escucho, señor— dijo fríamente Mark-Alem.

Ahora le correspondía el turno al director de mirarlo con sorpresa. Sonrió tímidamente.

—A decir verdad, no habría siquiera imaginado que acogiera usted de este modo una noticia así...

—¿Cómo?— dijo Mark-Alem con la misma frialdad.

El director extendió los brazos.

—Desde luego, cada cual puede recibir noticias semejantes del modo que prefiera; con mayor razón usted, que pertenece a una ilustre familia presidencial...

—Puede usted ir más derecho al asunto— lo apuró Mark-Alem sintiendo que la frente se le cubría de sudor.

El director lo miraba con ojos desorbitados.

—Creo que me he expresado claramente— dijo en voz baja. —Y, a decir verdad, no soy capaz de comprender cómo es posible que llame a alguien a mi despacho para comunicarle...

A Mark-Alem le zumbaban los oídos. Lo que estaba escuchando era por completo increíble. Fragmentariamente, aunque con dificultad, lo que el otro le decía comenzaba a penetrar en su conciencia. Las palabras "nombramiento", "destitución", "sustitución del director", "puesto de direc-

tor", habían sido en realidad pronunciadas, mas en sentido opuesto a lo que él había interpretado. Hacía casi un cuarto de hora que el director general del Tabir Saray le explicaba que él, Mark-Alem, conservando su puesto de jefe del Sueño Maestro, era asimismo nombrado, y por orden directa de arriba, primer director adjunto del Palacio de los Sueños, por tanto segundo directo suyo, el director general quien, por razones de salud que Mark-Alem no desconocía, estaría ausente con frecuencia.

El director general continuaba mirándolo con sorpresa repitiendo lentamente todo lo que acababa de decir, con expresión de intentar comprender qué había en ello que justificara semejante reserva, junto a la que se presentía ahora una sombra de sospecha y desconfianza.

Mark-Alem se frotó los ojos y, sin apartar la mano de ellos, dijo a media voz:

—Discúlpeme, se lo ruego, la verdad es que no me encuentro bien. ¡Perdone!

—No es nada. No es nada Mark-Alem— dijo el director. —A decir verdad, al entrar ya me has parecido un poco cansado. Debes cuidarte, sobre todo ahora que vas a estar sobrecargado de trabajo. Fíjate en mí, me he descuidado y ahora lo tengo que pagar. ¡Enhorabuena una vez más! ¡Mis felicitaciones de todo corazón! ¡Buena suerte!

En los días que siguieron Mark-Alem recordaba la escena con el director con un sufrimiento casi físico. Su trabajo le exigía todavía más. El director general faltaba de verdad cada vez con mayor frecuencia a causa de su enfermedad y él debía sustituirlo numerosos días en sus funciones. Sumergido en innumerables asuntos, se había tornado aun más huraño. El mecanismo gigantesco que él dirigía, trabajaba, a efectos prácticos, noche y día. Sólo ahora llegaba a hacerse idea de las verdaderas dimensiones del Tabir Saray. Encumbrados funcionarios del Estado entraban temerosos en su despacho. El propio viceministro del Interior, que acudía a verlo con frecuencia, se cuidaba de no interrumpirlo nunca cuando hablaba. En sus ojos, igual que en los del resto de los altos funcionarios, tras la sonrisa de cortesía había siempre un punto helado, del que surgía siempre la misma pregunta: ¿hay algún sueño respecto a mí? Podían ser poderosos o respetados, ocupar altos puestos y disfrutar de influyentes apoyos, pero eso no bastaba, ni mucho menos. Aparte de lo que fueran en su vida, lo importante era su papel en los sueños de otros, los enigmáticos carruajes en que viajaban, los emblemas o inscripciones misteriosas que ostentaban estos últimos.

Todas las mañanas, al recibir el informe habitual, Mark-Alem

experimentaba la sensación de tener en sus manos la noche recién acabada de millones y millones de seres. Él, que imperaba en las zonas oscuras de la vida de la gente, poseía sin duda un inmenso poder. Cada día era más consciente de ello.

Un día, movido por un impulso repentino, se levantó de la mesa de su despacho y con paso lento descendió al Archivo. Reinaba el mismo olor pesado a carbón que había respirado tiempo atrás. Los funcionarios permanecían a su lado como sombras, dispuestos a servirle. Pidió el cartapacio de los Sueños Maestros de los últimos meses y, cuando se lo trajeron, después de ordenar a los funcionarios que lo dejaran trabajar tranquilo, comenzó a hojearlo con calma. Sus dedos le transmitían un creciente desasosiego a medida que pasaba las hojas. Los latidos de su corazón se habían tornado extremadamente lentos. En la cabecera de las hojas, a la derecha, estaban escritas las fechas y otras anotaciones de referencia. El último viernes de diciembre. El primero de enero. El segundo de enero. Ah, por fin el que buscaba, el Sueño Maestro fatal que había llevado a su tío a la tumba y lo había elevado a él a la dirección del Tabir. Lo leyó con dificultad, como si tuviera los ojos tapados con un trapo blanco que dejara pasar apenas ramalazos de luz lechosa. Era justo aquel sueño del vendedor de verduras de la capital que había pasado dos veces por sus manos, acompañado de la interpretación aproximativa que ya conocía: Puente-Köprü-Qyprilli. Instrumento musical-epopeya albanesa. El toro rojizo que, incitado por ella, embestía contra el Estado. ¡Oh, Dios!, se dijo. Conocía de sobra todo aquello, sin embargo el hecho de verlo escrito lo hizo estremecerse de la cabeza a los pies. Cerró el cartapacio y se marchó con el mismo paso parsimonioso.

Desde que se encontraba al frente del Tabir había tenido acceso a multitud de secretos aterradores, sin embargo no había logrado descubrir el enigma de aquella noche, el golpe recibido por los Qyprilli, seguido de su respuesta.

El interrogatorio del vendedor de verduras proseguía en su celda. Sus declaraciones habían sobrepasado ya las ochocientas páginas y estaba todavía lejos de terminar. Un día pidió que se lo trajeran y durante horas enteras se dedicó a estudiarlo. Era la primera vez que tenía un expediente semejante ante sus ojos. Cientos de páginas cubiertas de ínfimos detalles de la vida cotidiana del vendedor de verduras. Allí estaba anotado todo sin excepción: las clases de verduras y de frutas que vendía, las coliflores, los pimientos, las lechugas, las coles, la hora de llegada, la descarga, detalles sobre las charlas, los daños producidos por la descomposición, la disputa

con el proveedor acerca del asunto, la fluctuación de los precios, los clientes, sus conversaciones, los problemas caseros que se deducían de ellas, las estrecheces económicas, las enfermedades ocultas, las peleas, las crisis, los parentescos, toda clase de murmuraciones escuchadas a medias, frases de borrachos al final del día, de barrenderos, vagabundos, palabras de transeúntes desconocidos, conservadas quién sabe por qué en la memoria, y de nuevo la multitud de hortalizas, las espinacas, su venta al inicio y al final de la temporada, su riego para mantenerlas frescas, la obcecación de los campesinos que las traían, las disputas por los precios, por los daños, el rocío en la lechuga que incrementaba el peso, las historias de las amas de casa, sus conversaciones y cotilleos, y todo volvía a comenzar por el principio y parecía que nunca fuera a tener fin.

Al cerrar el grueso cartapacio, le pareció que se separaba de un huerto interminable preñado de verdor y de rocío, entre los que resultaba de todo punto inconcebible que se hubiese escondido una víbora. Junto al cansancio por la lectura de lo declarado experimentó una sensación de frescor y, sorprendentemente, cierta lástima por el vendedor, quien no parecía tener la menor idea de lo que había desencadenado con su sueño. Sin embargo, antes de que le llegara el turno al examen del sueño mismo, que ocuparía sin duda cientos de páginas más, surgiría el problema de saber si el vendedor había tenido aquel sueño de verdad. Pero, a fin de cuentas, tampoco eso tenía ninguna importancia especial. Lo que había de suceder había sucedido y ahora ya nadie podía darle marcha atrás.

Durante los días posteriores Mark-Alem no volvió a acordarse del vendedor de verduras. Se acercaba el cambio de estación, un período repleto de tensión para el Palacio de los Sueños y no le quedaba tiempo para perderlo en nimiedades. Los informes que le remitían estaban cada vez más cargados de problemas que requerían urgente solución. El insomnio de Albania proseguía, y había adquirido una amplitud sin precedentes. Ciertamente, no era misión del Palacio de los Sueños restablecer la calma; no obstante, dado que el ambiente continuaba siendo tenso, era preciso prestarle oídos a la preparación de los expedientes relativos a su sueño, que menguaban sin cesar. Para colmo, el director de la Banca Imperial le había hablado pocos días antes, durante una larga entrevista, de la posibilidad de una nueva devaluación de la moneda, que podía abrir paso a otra crisis económica. Eso significaba que el Palacio de los Sueños, una vez tomada buena nota de ello, debía redoblar su atención en lo tocante a los sueños vinculados con dicho tema que Mark-Alem, a pesar de su breve experiencia en Selección e Interpretación, no ignoraba eran cientos, distribuidos entre

los diversos cartapacios. Entretanto, otros importantes organismos del Estado, de manera indirecta, alertaban sobre la agitación reinante en los medios intelectuales judíos y armenios (oh, Dios, ¿no estarán reclamando una nueva matanza?), sobre cierto deterioro de los vínculos de los grandes bajalatos con la metrópoli, y la eterna llamada de atención, repetida puede que centenares de veces, sobre el relajamiento de los sentimientos religiosos entre la juventud, llamada de atención que, era sabido, procedía del Seyhul-Islam.

Absorto en todo esto, Mark-Alem ni siquiera percibía la aproximación de la primavera. El ambiente se había templado un tanto, las cigüeñas regresaban, pero él no había advertido nada aún.

Una tarde, prácticamente a la misma hora y en el mismo corredor de la primera vez, vio a un grupo de personas que sacaban silenciosamente un ataúd de una de las celdas. El vendedor de verduras, se dijo, sin volver la cabeza para comprobarlo ni siquiera por curiosidad.

Algo más tarde, mientras rodaba en el interior de su carruaje, la visión retornó a su memoria, pero se deshizo de ella al instante. A través de los vidrios de las ventanillas, bajo la luminosidad purpúrea del día que declinaba, se percibían los primeros brotes de hierba en los parques, entre los árboles todavía desnudos.

Al llegar a casa encontró en ella al mayor de sus tíos, el gobernador. No había vuelto a la capital después de la ejecución de Kurt. Hablaban de su próximo enlace. Su madre tenía los ojos velados, se diría que la primavera había logrado alcanzarla. Él escuchaba ausente y en silencio sus palabras. Sorprendido, como si estuviera haciendo un descubrimiento, pensó que tenía veintiocho años. Desde que había entrado en el Palacio de los Sueños, donde el tiempo discurría de acuerdo con otras leyes, había casi olvidado su propia edad.

Ellos, quizás estimulados por su silencio, hablaban animadamente de la muchacha que le estaba destinada. Diecinueve años, rubia, como le gustaban a él... Sacaban a colación el tema con extrema cautela, como si tuvieran en las manos un jarrón de cristal. Mark-Alem no dijo ni sí, ni no. En los siguientes días, para no poner en peligro el éxito que creían haber logrado, no volvieron a mencionarlo.

Aparte de las dos cenas que su madre ofreció en honor de su hermano mayor, la semana transcurrió con sosiego en su casa. El tallista encargado de las lápidas de la familia acudió a mostrar el modelo de los caracteres de la inscripción y los ornamentos de bronce que decorarían el sepulcro de Kurt.

Durante la semana siguiente Mark-Alem volvió muy tarde a casa. El

Soberano había reclamado un largo informe sobre el modo de dormir y los sueños del Imperio entero. En todos los departamentos del Tabir se había prolongado el horario de trabajo. El director general estaba nuevamente enfermo y Mark-Alem debía elaborar personalmente el texto definitivo del informe.

Ante su mesa de trabajo sentía con frecuencia que su cerebro estaba sobrecargado. Había instantes en que miraba con sorpresa las hojas escritas, como si no las hubiera escrito con su mano. Allí estaba el sueño lúgubre de uno de los imperios más grandes del mundo. Cuarenta y tantas nacionalidades, casi todas las creencias religiosas, casi todas las razas humanas. Si el informe hubiera tenido carácter mundial, el sueño del resto de la humanidad difícilmente le habría añadido gran cosa. Era, por tanto, en cierto modo, el sueño de todo el planeta, una negrura tenebrosa sin límite ni final, de cuyo abismo Mark-Alem se esforzaba por extraer algunos retazos de verdad. Hypnos mismo, la divinidad griega del sueño, no habría estado más informado que él en lo relativo a los sueños humanos.

Una tarde cogió de la biblioteca la *Chronique* familiar. La última vez que la había hojeado fue aquella mañana fría en que partió a trabajar como simple funcionario en el Palacio que ahora dirigía. Mientras sus dedos resbalaban sobre las hojas, aún no alcanzaba a comprender qué pretendía encontrar allí. Después sintió que no buscaba nada, tenía simplemente prisa por llegar al final, allí donde las hojas estaban en blanco... Era la primera vez que se le ocurría añadir algo a la crónica centenaria. Durante largo rato permaneció inmóvil sobre ella. Se habían producido acontecimientos importantes, la guerra con Rusia había acabado, Grecia se había separado del Imperio, el resto de los Balcanes permanecía en constante agitación. En cuanto a Albania... Como una estrella lejana y fría, se velaba ante sus ojos, cada vez más distante de él, y se preguntó si acaso era consciente de lo que había en su interior. Y si lo era ¿tenía derecho a hablar de ello...? De este modo permaneció dubitativo mientras la pluma iba haciéndose más pesada en su mano, hasta tocar finalmente el papel y, en lugar de la palabra Albania, escribir: *allí*. Miró aquel adverbio que sustituía el nombre de su patria y sintió de pronto todo el peso de lo que su conciencia denominó inmediatamente "tristeza qyprilliana", expresión que no se hallaba en ninguna lengua del mundo, pero que merecía ser incluida en todas.

Allí, ahora debe de haber caído la primera nieve... No añadió nada más, sólo alzó la pluma con brusquedad, como si temiera que fuera a quedarse allí clavada, petrificada por un hechizo. Esperó a reponerse de la turbación y describió después muy lacónicamente, en un estilo semejante al

de la crónica, la condena de Kurt Qyprilli y su propio nombramiento al frente del Palacio de los Sueños. Luego la pluma quedó de nuevo inmóvil en su mano, mientras la mente se le escapaba hasta aquel tatarabuelo lejano llamado Gjon que, muchos siglos atrás, en un día de invierno, tomaba parte en la construcción de un puente y junto con el puente construía su propio nombre. En aquel apellido, como en un mensaje secreto, estaba profetizado el destino de los Qyprilli generación tras generación. Para que el puente se mantuviera en pie, a sus plantas fue sacrificado un hombre. Había transcurrido tanto tiempo y sin embargo las salpicaduras continuaban alcanzándolos desde la distancia. Para que los Qyprilli se mantuvieran en pie...

Quizá precisamente por eso, igual que los antiguos griegos se cortaban los cabellos para acompañar un cortejo fúnebre de modo que el espíritu del fallecido, en caso de ser asaltado por una repentina cólera, no pudiera conocerlos ni causarles daño, del mismo modo los Qyprilli habían camuflado su apellido para hurtarse así a la identificación con el puente.

Él lo sabía, no obstante, como en aquella vela da fatal, volvió a sentir el deseo ardiente de desembarazarse de la máscara protectora, ese medio cascarón islámico de Alem, y adoptar uno de aquellos otros nombres que sembraban el peligro y estaban marcados por la fatalidad.

Y lo mismo que en otra ocasión se repitió: Mark-Gjerg Ura, Mark-Gjorg Ura... mientras sostenía aún la pluma en la mano, como dudando si añadir o no su firma a la vieja crónica.

Era una tarde de finales de marzo cuando acabó por fin el informe. Lo entregó a Copistería para que lo pasaran en limpio y ya relativamente aliviado subió a su carruaje para dirigirse a casa. Tenía la costumbre de arrellanarse en el fondo del asiento, en la sombra, donde los ojos de los curiosos, siempre abundantes en la calle, no pudieran distinguirlo. Así se sentó también aquel día, aunque después de cierto trecho sintió la atracción de la ventanilla con más fuerza que nunca. Algo había allí, tras el cristal, que lo llamaba con insistencia. Por fin, acercó la cabeza y a través del tenue velo que producía su aliento sobre el vidrio, comprobó que estaban atravesando el Parque Central. Los almendros están en flor, se dijo con nostalgia. Quiso retroceder en ese instante mismo a las profundidades del vehículo, tal como había hecho cuantas veces algo lo había tentado desde el exterior, pero fue incapaz de moverse. Al otro lado, a dos pasos de él, sabía que se encontraban la renovación de la vida, la calidez de las nubes, las

cigüeñas y el amor, todo lo que había fingido ignorar, temeroso de que pudiera arrancarlo del hechizo del Palacio de los Sueños. Adivinaba que si se había refugiado allí era precisamente con el fin de defenderse y que en el instante en que, atraído por la vida, saliera de su refugio, en el instante mismo de la traición, el encantamiento tocaría a su fin y cuando el viento volviera a soplar contra los Qyprilli, en un crepúsculo como aquél, vendrían por él como habían hecho con Kurt, puede que más quedamente, para conducirlo allá de donde no se regresa más.

Pensó todo esto y sin embargo no apartó el rostro del vidrio de la ventanilla. Desde ahora mismo le pediré al tallista una rama de almendro florecida para mi tumba, pensó. Aunque limpió el vaho del cristal con la palma de la mano, su visión continuaba siendo borrosa, surcada de refracciones e irisaciones. Comprendió entonces que sus ojos estaban velados por las lágrimas.

Tirana, 1981.